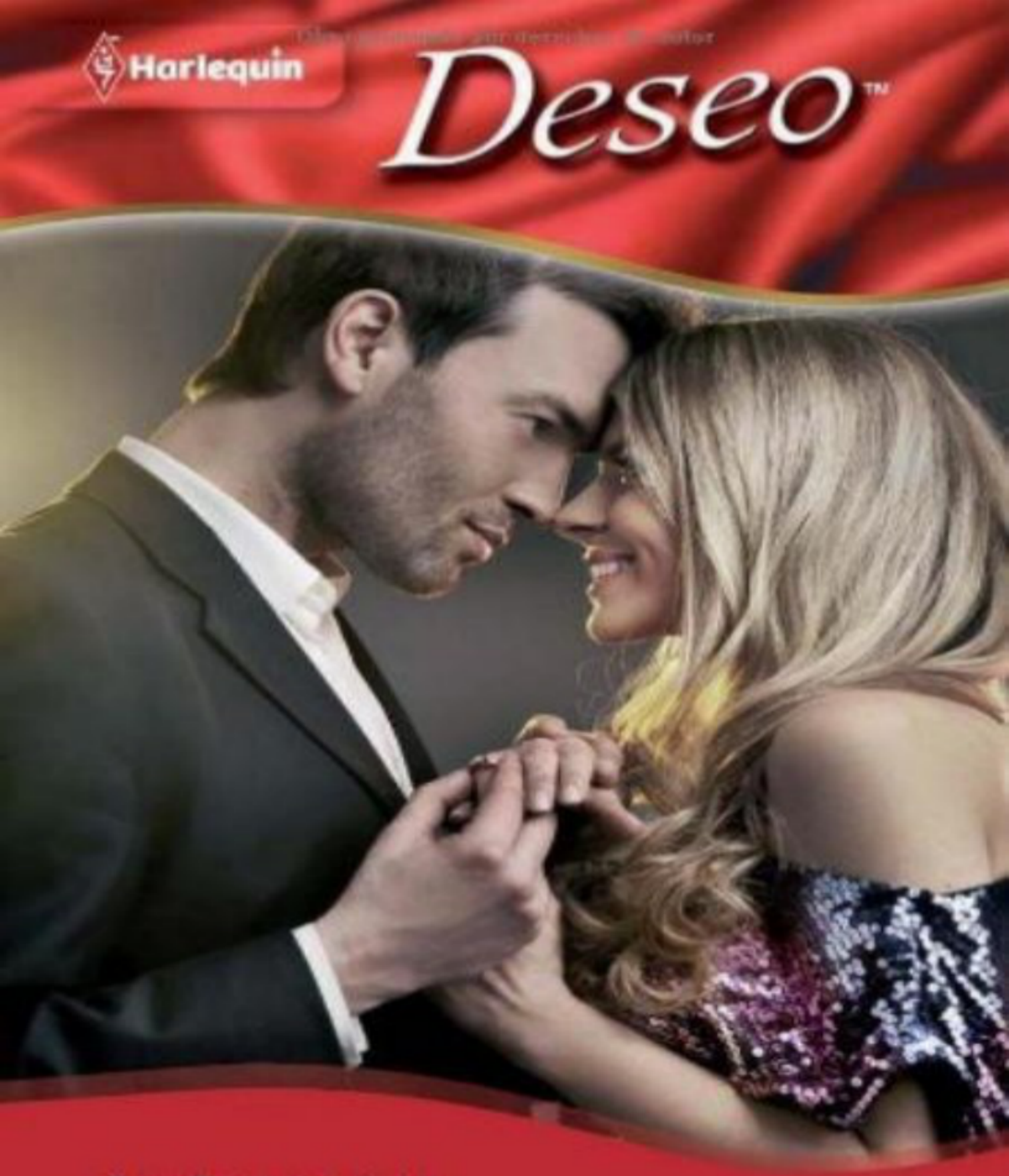


A primera vista

ELIZABETH BEVARLY



A primera vista

ELIZABETH BEVARLY

A primera vista
Elizabeth Bevarly
A PRIMERA VISTA, N.º 1805 - agosto 2011
Título original: Caught in the Billionaire Embrace

Argumento:

Nunca antes el multimillonario Marcus Fallon se había sentido hechizado. Pero cuando sus ojos se posaron en Della Hannan, una misteriosa y bella mujer, supo que tenía que ser suya. ¿Acaso no habían sido las casualidades lo que les había unido? ¿Por qué no aprovechar una oportunidad cuando se le presentaba?

Pero una sola noche no había sido suficiente para Marcus. Después de decirle a Della que quería más, ella le explicó que no tenía planes de quedarse. El célebre soltero se encontró con que la única mujer a la que quería no tenía intención de dejarse atrapar en sus brazos.

Capítulo Uno

Sólo había una cosa que podía hacer que la celebración del trigésimo cumpleaños de Della Hannan fuera mejor de lo que había pensado. Era algo con lo que no había contado y ya era mucho decir puesto que, siendo niña, había planeado todos los detalles de la celebración.

Se había criado en un vecindario en el que celebrar los cumpleaños era una cosa inasequible y, por eso, se ignoraban. Muchas cosas eran inasequibles y por tanto ignoradas. Por eso era por lo que Della se había prometido disfrutar de aquella celebración, porque, ya desde niña, había sabido que sólo podría contar consigo misma.

En los últimos onces meses, desde que conociera a Geoffrey, eso había cambiado. No le quedaba más opción que contar con él, aunque esa noche Geoffrey no estaría allí. Había decidido que no iba a pensar en él ni en nada más. Esa noche era especial. Era sólo para ella e iba a ser todo lo que una niña proveniente de uno de los barrios más desfavorecidos de Nueva York había imaginado.

Por entonces, Della se había prometido que antes de cumplir los treinta años habría abandonado las duras calles de su barrio, se habría convertido en millonaria y viviría cerca de Central Park. Se había imaginado que a aquellas alturas de su vida, se habría acostumbrado al estilo de vida de los ricos y famosos. No iba a renegar de su promesa porque estuviera celebrándolo en Chicago en vez de en Nueva York. Empezaría con una cena en un lujoso restaurante, seguida por un asiento en un palco en la ópera y una copa en un club que sólo permitiera la entrada a la *crème* de la *crème* de la sociedad. Vestía alta costura valorada en miles de dólares, se había adornado con rubíes y diamantes y se había peinado y hecho la manicura en la mejor peluquería de la ciudad.

Suspiró contenta mientras disfrutaba de la primera parte de la noche. El restaurante Palumbo's, en la calle State, era la clase de restaurante cuyos precios igualaban los presupuestos anuales de algunos países. Había pedido los platos más caros de la carta, todos ellos de nombres europeos cuya pronunciación había estado practicando durante toda la semana. Porque pedir los platos más caros era lo que cualquier persona sofisticada, elegante y rica haría el día de su cumpleaños, ¿no?

Aquel pensamiento hizo que mirara a su alrededor para asegurarse de que el resto de comensales, todos ellos sofisticados, elegantes y ricos, estuvieran disfrutando de su cena. Y

también para cerciorarse de que Geoffrey no la hubiera seguido, a pesar de que se las había arreglado para escaparse. No se pondría en

contacto con él hasta el día siguiente, cuando hiciera la llamada diaria habitual. De todas formas, era imposible que supiera a dónde había ido y mucho menos que se había escapado, algo que no debía haber hecho. Había planeado la escapada de esa noche incluso con más minuciosidad que la celebración de su treinta cumpleaños.

Para todos los que estaban allí, ella tenía la misma sangre azul que ellos y pertenecía a la misma clase social. Y, por suerte, no había señales de Geoffrey por ningún sitio.

Mientras esperaba que le trajeran un aperitivo de calamares, Della dio un sorbo a su champán sintiéndose a gusto. Llevaba años frecuentando sitios como aquél a pesar de no haber nacido en una familia rica. Había salido de su barrio y había subido peldaños en la escala social, estudiando e imitando a todos los de aquel mundo hasta conseguir hacerse pasar por uno de ellos.

Esa noche no era una excepción. Había gastado una fortuna alquilando el vestido de terciopelo de Carolina Herrera y los zapatos de Dolce & Gabbana, además de los pendientes de Bulgari y el abrigo negro de seda de Valentino. Los tonos rojos resaltaban sus ojos grises y el rubio oscuro de su pelo largo, recogido en una trenza.

Se llevó la mano al pelo para asegurarse de que el peinado seguía en su sitio y sonrió por lo mucho que le gustaba tenerlo largo. Toda su vida había llevado un corte de pelo masculino hasta comienzos de ese año. También había decidido dejar de teñirse el pelo de negro y llevaba su color natural. A lo largo de los años ni siquiera se había dado cuenta de que su rubio se le había oscurecido hasta adquirir un bonito color miel. Entre su color natural y el nuevo largo, nadie de su viejo vecindario podría reconocerla esa noche.

Pero se recordó que no iba a pensar en el pasado. Esa noche iba a ser perfecta, tal y como había planeado durante años.

Excepto por el hombre atractivo y elegantemente vestido al que el camarero había sentado en una mesa cercana a la suya unos minutos antes y al que no podía dejar de mirar.

De niña, nunca se había parado a pensar que pudiera tener compañía en una noche tan especial. No sabía muy bien por qué no. Quizá por la idea de que sólo se tenía a sí misma. O

quizá porque de niña, nunca se había imaginado un hombre como aquél. En su barrio, ir vestido elegantemente significaba llevar la camisa abotonada, y atractivo suponía que no le faltara ningún diente.

De pronto, el hombre levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Algo pasó entre los dos. El hombre inclinó la cabeza a modo de saludo y curvó ligeramente los labios esbozando una sonrisa. Después de un momento de duda, ella alzó la copa a modo de brindis. Vestía un

impecable esmoquin hecho a medida, que resaltaba cada centímetro de su físico. Sus ojos oscuros estaban iluminados por la cálida luz de la vela que tenía delante y su media sonrisa le provocó un estremecimiento en la espalda. Era la clase de sonrisa que le decía a una mujer que no sólo la estaba desnudando con los ojos, sino que estaba imaginando lo que podía hacer con su cuerpo.

Al sentir que se le ruborizaban las mejillas, apartó la vista. Se llevó la copa de champán a los labios para dar un sorbo y se fijó en otras cosas, como los manteles blancos, los platos de porcelana, la gente… Pero sin poderlo evitar, su atención volvió al hombre que estaba en la mesa de enfrente y quien seguía mirándola con mucho interés.

–Así que, ¿qué le parece? –preguntó él alzando la voz lo suficiente para ser oído dos mesas más lejos.

Della parpadeó desconcertada. Por primera vez en su vida, comprendía perfectamente lo que era el desconcierto: una mezcla de confusión con una extraña excitación en el estómago que no resultaba del todo agradable. Un montón de posibles respuestas asaltaron su mente, como por ejemplo, decirle que era el hombre más guapo que había visto jamás. O preguntarle qué iba a hacer en fin de año.

–Del menú –añadió él alzando la carta–. ¿Qué me recomienda?

Aquélla era una pregunta completamente diferente a la que pensaba que había hecho.

Menos mal que no se había precipitado en contestar.

–No estoy segura –respondió–. Es la primera vez que vengo a cenar aquí.

Por alguna razón, no le parecía que un hombre como él pudiera impresionarse si le decía que pidiera lo más caro de la carta para parecer elegante, sofisticado y rico. Era todas esas cosas simplemente por estar en el mundo.

Su respuesta pareció sorprenderlo.

–¿Cómo puede ser su primera vez? Palumbo’s lleva más de cien años siendo una institución en Chicago. ¿No es de Chicago?

No estaba dispuesta a contestar a esa pregunta. Sobre todo porque nadie excepto Geoffrey sabía que estaba en la ciudad y la estaba vigilando muy de cerca. Incluso aunque no supiera dónde estaba exactamente en ese momento, no iba a arriesgarse a que descubriera su pequeña escapada hablando más de la cuenta con alguien.

Así que no podía ni debía contestar a aquel hombre esa pregunta. Tendría que mentir, cosa que Della no hacía nunca, o su respuesta daría lugar a una conversación que la haría hablar de su pasado. O peor aún, de su presente. Y quería mantenerse al margen de ambas cosas esa noche, teniendo en cuenta que nada de su pasado o presente

le permitirían lucir vestidos de Carolina Herrera o diamantes y rubíes o comprar entradas de palco para *La Bohème*.

Así que decidió contestar a la primera pregunta que le había hecho.

–He pedido el especial. Me encanta el marisco.

Él permaneció callado y Della se preguntó si sería porque estaba valorando la respuesta o pensando en insistir para que contestara a la segunda pregunta.

–Lo tendré en cuenta –dijo él por fin.

Por alguna razón, parecía que lo que pretendía recordar era el hecho de que le gustara el marisco y no lo que le había recomendado para cenar.

El hombre abrió la boca para decir algo, pero el camarero llegó con un cóctel color ámbar que dejó delante de él y otro de color rosa que dejó en el asiento que había a su lado.

Della se dio cuenta de que estaba esperando a alguien. A juzgar por el color de la bebida, debía de ser una mujer. Las parejas no cenaban en sitios como Palumbo's a menos que su relación fuera estable o que uno de ellos pretendiera que así fuera. Aquel hombre estaba lanzándole miradas ardientes, incluso flirteando con ella, a pesar de que en cualquier momento le acompañaría una mujer. Eso quería decir que era todo un sinvergüenza.

Quizá la celebración de su treinta cumpleaños no fuera a resultar todo lo perfecta que había planeado, y no por estar sentada cerca de un sinvergüenza ni por haber alquilado el vestido y los accesorios en una boutique de la avenida Michigan en vez de escogerlos de entre los de su armario.

Quizá fuera porque, además de no llevar la vida de una millonaria, el actual modo de vida de Della ni siquiera era suyo. Todo lo referente a su vida, todo lo que hacía, cada sitio al que iba o cada palabra que decía, tenía que ser examinado y controlado por Geoffrey. Su vida no volvería a ser normal nunca. O, al menos, nunca sería la vida que se había forjado por sí misma o la que había planeado. Sería una vida creada y orquestada por otra persona.

Tan pronto se formó aquel pensamiento, lo apartó al fondo de su cabeza. Se recordó que esa noche no quería pensar en nada de aquello y se preguntó por qué le estaba resultando tan difícil conseguirlo. Porque esa noche no quería ser Della, sino la mujer que hacía dos décadas había soñado que sería. Nada iba a arruinar esa noche, ni siquiera aquel príncipe encantador que seguía observándola con mirada seductora mientras esperaba a su pareja.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, la camarera sentó a

un bullicioso grupo de cuatro en la mesa que había entre ellos, impidiéndole ver al hombre. Della se sintió agradecida, a la vez que decepcionada.

Porque aunque fuera un sinvergüenza, seguía siendo el hombre más atractivo que había visto jamás.

Hora y media más tarde volvió a verlo en el teatro, mientras buscaba su asiento. Al darse cuenta de que estaba en la zona equivocada del auditorio, Della pidió ayuda a un acomodador, que le indicó el palco al que debía dirigirse. Desde allí había una espléndida vista del escenario y del sitio donde estaba sentado el guapo desconocido que había visto en el restaurante. De nuevo, estaba sentado solo.

Ya al salir de Palumbo's había reparado en que su cita no había aparecido y en que seguía solo. Se había fijado por casualidad. Quizá le había surgido algún imprevisto a aquella mujer y no había llegado a tiempo o quizá se había dado cuenta de la clase de hombre que era.

Le daba igual cuál fuera el motivo.

Al avanzar por el pasillo hasta su asiento, se dio cuenta de que no sólo estaba en el mismo palco que ocupaba el hombre, sino en la misma fila también. Era un palco de tan solo tres asientos. También reparó en que había dejado un programa y una rosa en el asiento de al lado, como si en breve fuera a ser ocupado.

Della sintió mariposas en el estómago ante la perspectiva de sentarse tan cerca. Una vez se sentara en su butaca, no habría manera de escapar.

Respiró hondo y se obligó a avanzar hasta que llegó al extremo de la fila. Él levantó la cabeza y al reconocerla, esbozó aquella sonrisa que la hizo estremecerse de nuevo.

Al ponerse de pie, murmuró un saludo que Della apenas escuchó porque estaba ocupada tratando de no desmayarse. No sólo olía bien sino que era más alto de lo que le había parecido, lo que la obligó a echar hacia atrás la cabeza para mantenerle la mirada. Era algo a lo que no estaba acostumbrada puesto que con aquellos tacones que llevaba, superaba el metro ochenta. Ante aquel hombre, los ojos le quedaban a la altura de sus anchos hombros.

Pero fue su rostro lo que llamó su atención. Su mentón era firme, su nariz recta y bien definida, sus pómulos parecían esculpidos en mármol y sus ojos… Sus ojos eran del color del chocolate, un marrón tan oscuro y tan hipnotizador que Della fue incapaz de apartar la mirada. Luego se dio cuenta de que no era el color ni la profundidad de sus ojos lo que le habían cautivado. Había sido el reconocimiento de algo en ellos tan sugerente como su deslumbrante sonrisa.

En cuanto Della lo identificó, la mirada del hombre se ensombreció, como si pensara que era capaz de ver dentro de él.

–Tenemos que dejar de vernos así –dijo él ampliando su sonrisa.

El tono de humor en su voz la sorprendió, especialmente después de cómo había cambiado la expresión de sus ojos. A pesar de eso, no pudo evitar devolverle la sonrisa.

–Es extraño, ¿verdad?

–Lo cierto es que yo pensaba en otra palabra.

–¿Cuál? –preguntó a pesar de que no quería saber cuál era.

–Casualidad –contestó él rápidamente–. Pensaba que era casualidad.

No sabía qué decir, así que agitó la entrada y señaló su asiento.

–Si no le importa, ése es mi sitio.

Se quedó mirándola unos segundos. Esta vez, sus ojos no delataron lo que se le estaba pasando por la cabeza.

–En absoluto –dijo, saliendo al pasillo para dejarla pasar.

Della se dio prisa en tomar asiento y ponerse a leer el programa antes de que dijera algo que diera inicio a una conversación.

No obstante, él no se dio por enterado.

–¿Qué tal su cena?

–Magnífica –contestó Della sin levantar la vista del programa.

Su breve respuesta no sirvió para disuadirlo.

–Acabé pidiendo faisán. Estaba muy bueno –dijo y al ver que Della no contestaba, añadió–: Debería probarlo la próxima vez que vaya a Palumbo's. Se lo recomiendo.

Estaba intentando descubrir si vivía en la ciudad al igual que antes había intentado averiguar por qué no había ido nunca a Palumbo's. Estaba intentando saber si había alguna posibilidad de volver a encontrarse, a pesar de la rosa y la butaca vacía que había entre ellos.

–Lo tendré en cuenta –dijo ella y continuó leyendo el programa.

Aun así, él siguió sin captar la indirecta.

–¿Sabe? Apenas conozco gente de mi generación a la que le guste la ópera –dijo intentando una nueva vía–. Sobre todo para verla en directo o para pagar por asientos de palco. Debe de gustarle mucho.

Della suspiró para sus adentros, maldiciendo por el cambio de conversación. No había manera de que pudiera resistirse a hablar de una de sus aficiones favoritas.

–Lo cierto es que me encanta –dijo sin poder evitarlo, dejando caer el programa en su regazo.

Cuando volvió a mirarlo, su expresión dejaba bien claro que sentía pasión por la ópera y que estaba tan encantado como ella de estar allí. La tristeza que anteriormente había asomado en sus ojos había

desaparecido. Ahora se daba cuenta de que no eran del todo marrones, puesto que tenía destellos dorados.

–Me gusta la ópera desde niña –dijo ella–. Nuestra vecina era una gran aficionada y me enseñó a apreciar a los clásicos.

Lo que no dijo fue que su interés se debía a que la radio de la señora Klosterman se escuchaba a través de las finas paredes de su apartamento. Además, no se perdía los comentarios que hacía el presentador después de cada ópera.

–La primera vez que vi una en directo –continuó, sin mencionar que había sido en televisión–, me fascinó.

Lo cierto era que le hubiera gustado estudiar música y especializarse en ópera, pero ir a la universidad no había sido posible para una estudiante mediocre sin recursos económicos.

Por eso, después de acabar el instituto se había puesto a trabajar como mensajera en las oficinas de una de las casas de corretaje más conocidas y respetadas de Wall Street. Y aunque se había esforzado hasta llegar a ser secretaria, Della nunca había sacado tiempo para estudiar. Se había mantenido bastante bien con su salario, al menos mejor de lo que nunca había imaginado, y estaba contenta con cómo iba su vida. Hasta que su vida se había roto en mil pedazos y sólo le había quedado Geoffrey, que le había ofrecido una especie de refugio, no sin pagar un precio alto.

Como si la orquesta hubiera adivinado aquel pensamiento, la música empezó a sonar y las luces se fueron apagando. Della no pudo evitar dirigir una última mirada a su vecino de asiento, mientras el auditorio se quedaba a oscuras. Pero cuando vio que la estaba mirando, rápidamente dirigió su atención al escenario.

Después de eso, se concentró en el mundo de Mimi, Rodolfo y sus amigos bohemios, olvidándose de su realidad. Así, cuando las luces se encendieron en el intermedio, necesitó de unos segundos para regresar del París del siglo XIX al Chicago del siglo XXI. Parpadeó varias veces, respiró hondo y, antes de que pudiera evitarlo, miró a su compañero de butaca. Él la estaba mirando del mismo modo en que la había mirado cuando las luces se habían apagado, como si hubiera pasado la primera mitad de la ópera mirándola.

Volvió a sentir aquella extraña sensación en el estómago así que rápidamente miró a la gente que había a su alrededor. El esplendor de los vestidos de las mujeres, unido a las joyas que lucían, las hacía brillar en medio del teatro. Della observó que muchas mujeres tomaban del brazo a sus acompañantes al salir en el intermedio y cómo los hombres inclinaban la cabeza mientras ellas reían o hablaban.

Por un momento, sintió que aquella noche no pudiera durar para siempre. ¿No sería maravilloso poder disfrutar de noches como aquélla, sin tener que preocuparse de su coste o del riesgo de ser vista en un lugar donde no debería estar? Ni siquiera se acordaba de la última vez que había salido. Geoffrey la mantenía encerrada. Pasaba el tiempo leyendo libros, viendo películas o mirando las paredes que, al fin y al cabo, formaban parte de su prisión.

Aunque la casa que había conseguido Geoffrey carecía de rejas y tuviera muchas comodidades, Della se sentía como una prisionera. Y así sería hasta que Geoffrey le dijera que podía irse.

Pero esa idea tampoco le producía alivio, puesto que no tenía ni idea de a dónde iría o lo que haría una vez Geoffrey decidiera que ya no la necesitaba. Tendría que volver a empezar de cero, al igual que había hecho al dejar su antiguo vecindario.

Razón de más para disfrutar de esa noche, se dijo. ¿Quién sabía lo que le depararía el futuro en las próximas horas?

–¿Qué le parece de momento?

Se giró al oír la aterciopelada voz de barítono y sus latidos se aceleraron al ver su mirada. Tenía que controlarse. No sólo era un sinvergüenza por estar flirteando con una mujer cuando se suponía que estaba con otra, sino que era de la clase de hombres que estaba fuera de su alcance.

–Tengo que confesar que *La Bohème* no es de mis favoritas –admitió Della–. Creo que Puccini fue algo comedido al componerla, comparado con la euforia de obras como *Manon Lescaut*. Pero me está gustando mucho.

Claro que eso tenía algo que ver con su acompañante de palco, pero no tenía por qué decírselo.

–¿Y usted? ¿Cuál es su veredicto? –preguntó ella.

–Creo que la he visto demasiadas veces como para ser objetivo –respondió él–. Pero es interesante eso que dice de que Puccini fuera comedido. Siempre he pensado eso. De hecho, me gusta más la interpretación de Leoncavallo del libreto de Murger.

–A mí también –dijo ella sonriendo.

–Somos minoría.

–Lo sé.

–De hecho, me gusta más *La Bohème* de Leoncavallo que su *Pagliacci*, una opinión que puede hacer que te echen de muchos teatros de ópera.

Ella rió.

–A mí también me gusta más que *Pagliacci*. Parece que a los dos nos echarían.

Él también sonrió y ambos se quedaron en silencio, como si ninguno de los dos supiera qué decir. Después de unos tensos segundos, fue Della la que rompió el silencio.

–Bueno, si ya ha visto muchas veces *La Bohème,* y le gustan más otras óperas, ¿por qué está aquí esta noche?

–Tengo abonos de temporada –contestó encogiéndose de hombros.

Había hablado en plural, lo cual significaba que el asiento vacío del al lado era suyo también. Quizá había alguien que lo había ocupado otras noches. ¿Su esposa tal vez?

Miró su mano, pero no vio anillo alguno. Aun así, había muchas personas casadas que no llevaban anillos. Della se preguntó quién solía acompañarlo y por qué no había ido esa noche. Esperó a ver si daba alguna explicación sobre la misteriosa butaca vacía.

–Por eso sé que no suele venir en las noches de estreno y ocupar esa butaca –dijo sonriendo–. Me habría dado cuenta.

Della intentó ignorar las mariposas de su estómago.

–Es la primera vez que vengo aquí –confesó.

–Su primera vez en Palumbo's, en el Lyric… Se acaba de mudar a Chicago, ¿verdad?

Se ahorró contestar porque los dioses la estaban sonriendo. Una pareja se había acercado a saludar a su compañero de asiento, dirigiéndose a él como Marcus. Luego siguieron hablando hasta que las luces comenzaron a apagarse. La pareja se marchó y Marcus volvió a mirar a Della.

–¿Ve bien desde donde está? –dijo y dio unas palmadas a la butaca vacía–. Quizá vea mejor desde este asiento. Tiene que disfrutar del mejor ángulo para *Addio Dolce Svegliare Alla Mattina.*

Aquellas palabras en italiano fluyeron como si hablara aquel idioma a la perfección.

Aunque no le parecía que fuera a haber mucha diferencia entre un asiento y otro, Della se sintió tentada a aceptar su ofrecimiento. Quien fuera que solía sentarse allí, era evidente que no iba a ir. Y no parecía importarle. Así que quizá su relación con la persona que habitualmente ocupaba esa butaca no fuera una relación amorosa, a pesar de la rosa roja.

Quizá fuera mejor mantenerse alejada de aquel hombre y no compartir más que aquella conversación sobre ópera. Podía ser un recuerdo más de aquella estupenda noche.

–Gracias, pero veo bien desde aquí –dijo.

Y así era, se dijo ella. Al menos de momento y por esa noche. Pero, desgraciadamente, no para siempre.

Capítulo Dos

Marcus Fallon se sentó a tomar su bebida habitual en su mesa de siempre del club.

Estaba inmerso en extraños pensamientos o más bien, en pensamientos sobre una extraña mujer. Era completamente diferente a cualquier mujer que hubiera conocido antes y no sólo porque compartiera su pasión y su gusto por la ópera. Por desgracia, en cuanto había caído el telón, ella se había ido a toda prisa, dándole las buenas noches y mezclándose con el resto de la gente antes de que pudiera decirle nada. Se había ido así, sin más, como si nunca hubiera estado allí. Y no tenía ni idea de cómo encontrarla.

Volvió a dar otro sorbo a su whisky, saboreándolo, mientras miraba entre la gente que había allí como si estuviera buscándola. Pero sólo veía a los habituales en aquel salón de paneles oscuros, lujosamente decorado. Bernie Stegman estaba sentado como siempre en una butaca de cuero, junto a la chimenea, charlando con Lucas Whidmore, acomodado en una butaca idéntica. Delores y Marion Hagemann cenaban en la mesa del rincón con Edith y Lawrence Byck. Cynthia Harrison estaba como siempre flirteando con Stu, el camarero de los sábados, que esquivaba sus avances con su habitual aplomo. Perdería su trabajo si lo pillaban besuqueándose con las clientas.

Aquella idea del besuqueo hizo que Marcus volviera a pensar en la misteriosa mujer de rojo. Desde el primer momento en que la había visto en Palumbo's, había pensado en besarla. Le había parecido impresionante. Pero una vez había empezado a conversar con ella en el teatro, lo único que había deseado había sido seguir hablando con ella de ópera. Y no sólo porque compartiera sus opiniones, sino por el modo en que se había emocionado al hablar de ello. A pesar de lo guapa que estaba sentada sola en la mesa del restaurante, durante su conversación la había visto radiante.

Radiante, repitió mentalmente frunciendo el ceño. Aquélla era una palabra que nunca había usado para describir a una mujer. Quizá fuera porque nunca pasaba de la fase de encontrar guapa a una mujer. Una vez se acostaba con ellas, lo que solía pasar poco después de conocerlas, perdía interés. Eso se debía a que pocas mujeres merecían la pena ser conocidas más allá del sentido bíblico.

De pronto, surgió una voz en su cabeza que lo sacó de sus pensamientos. Era la voz rasgada de Charlotte por los muchos cigarrillos que había fumado en sus ochenta y dos años de vida. Más de una vez en las dos décadas que hacía que se habían conocido, había hecho algún comentario políticamente incorrecto sobre el sexo contrario, que ella había censurado.

La echaba de menos.

Miró el vaso con el combinado que estaba junto a su whisky. Llevaba tanto rato allí que el cristal se había cubierto del rocío de la condensación. La rosa había comenzado a marchitarse e incluso el programa de la ópera parecía manoseado. Ambos se veían viejos, al igual que Charlotte la última vez que había estado con ella en aquella misma mesa.

Habían pasado siete meses desde su funeral y Marcus todavía no se había acostumbrado a su pérdida.

Un reflejo rojo llamó su atención y Marcus alzó la mirada. Era Emma Stegman dirigiéndose al encuentro con su padre en el bar. Volvió a mirar a su alrededor, pero tan solo vio a las mismas personas de siempre. Conocía a todo el mundo allí, pensó. Pero entonces,

¿por qué se sentía solo? Stu, el camarero, no era el único al que Cynthia Harrison pretendía seducir. Si Marcus quería, podía acercarse sigilosamente a ella y llevársela al hotel Ambassador, próximo al club. Y desde luego que no perdería el trabajo por eso. Lo único que perdería sería aquella sensación de vacío desde la muerte de Charlotte. Claro que la sensación volvería al día siguiente, cuando volviera a estar solo.

Se llevó la copa a los labios y apuró el whisky que le quedaba. Cerró los ojos para disfrutar del sabor y cuando los volvió a abrir vio a una mujer vestida de rojo en una mesa al otro lado del salón. No podía creer su buena suerte. El encontrarla la primera vez había sido casual. La segunda, había sido suerte. La tercera, sólo podía ser cosa del destino.

Olvidándose de que no creía en esas cosas y antes de arriesgarse a perderla de nuevo, se dirigió hacia donde estaba ella, haciéndole una señal a Stu. Sin esperar a ser invitado, tomó la silla que había frente a ella y se sentó.

Ella alzó la vista y se sorprendió al verlo, pero sus labios dibujaron una falsa sonrisa como invitándolo. Aquello era algo nuevo para él. Nunca había necesitado que lo invitaran a nada. Al contrario, siempre se había hecho con lo que había querido. Era una de las cosas que pasaban cuando uno nacía en una de las familias más ilustres del país. Uno obtenía lo que quería, muchas veces sin ni siquiera pedirlo.

–Tenemos que dejar de vernos de esta manera.

Esta vez fue ella la que dijo las mismas palabras que Marcus le había dicho en la ópera.

–Empieza a gustarme verla de esta manera.

Ella se sonrojó ante su comentario y él sintió un nudo en el estómago. No recordaba la última vez que había hecho sonrojarse a

una mujer. Lo había conseguido alguna vez al sugerir hacer algo en el dormitorio que para la mayoría resultaría atrevido.

–¿Te importa si te acompaño?

–Creo que ya lo está haciendo.

Él fingió sorpresa.

–Cierto. Va a tener que dejar que la invite a una copa.

Ella abrió la boca para decir algo y él temió que lo rechazara. Otra experiencia nueva para Marcus. No sólo era el temor a ser rechazado, algo que pocas veces le había pasado, sino la sensación de decepción ante esa posibilidad. En esas raras ocasiones en que una mujer lo había rechazado, había hecho caso omiso y había buscado a la siguiente. Porque inevitablemente siempre había una siguiente. Pero con esa mujer…

Bueno, no podía imaginarse una siguiente. Ni siquiera con Cynthia Harrison a menos de cinco metros.

–Muy bien –dijo ella por fin al llegar Stu a su mesa–. Tomaré una copa de champán, por favor.

–Tráiganos una botella –le pidió Marcus al camarero antes de que se fuera–. Una de *Perrier-Jouët Cuvée Belle Epoque* del año 2002.

–De veras, no es necesario…

–Marcus, llámame Marcus… –añadió él dando su nombre y confiando en que le dijera el suyo.

–No me digas tu apellido.

Él se detuvo antes de decírselo, sorprendido por su petición.

–¿Por qué no?

–Porque no.

Iba a decírselo, pero por alguna razón decidió acceder a su petición.

–De acuerdo –dijo ofreciéndole su mano para estrecharla–. Y tú eres…

Ella dudó antes de tomar su mano, pero finalmente se la estrechó. Los dedos de Della eran delicados y finos comparados con los de él. Su piel era suave, cálida y tan clara como el marfil. Se sonrojó al sentir que le apretaba la mano, pero no la retiró.

–Della –dijo ella por fin–. Me llamo Della.

Tampoco le dijo su apellido, pero no le importó. Antes de que la noche acabara, no sólo conocería su apellido, sino otras cosas de ella, sobre todo sus zonas erógenas y los gemidos cada vez que descubriera una zona nueva.

Ninguno de los dos dijo nada más. Permanecieron mirándose mientras sus manos seguían unidas. Ella tenía unos ojos increíbles de color gris claro. Era la clase de ojos en los que un hombre podía

perderse para siempre. Ocultaban poco y decían mucho. Era una mirada sincera de alguien que siempre parecía hacer lo correcto.

Stu carraspeó junto a ellos y Della apartó su mano. A regañadientes, él la soltó.

–¿Quiere algo más, señor…?

Stu se detuvo antes de decir el apellido de Marcus. Era evidente que había escuchado su conversación.

Marcus agitó la mano en el aire y le pidió a Stu que les llevara algún aperitivo, sin especificar cuál. Le daba igual todo, a excepción de la intrigante mujer que estaba sentada frente a él.

–Bueno –dijo él iniciando de nuevo la conversación–, si estás aquí en el club Windsor, no puedes ser nueva en Chicago. Tienen una larga lista de espera de más de dos años para los nuevos socios. A menos que hayas venido invitada por alguno de los socios.

–Esta noche estoy sola –dijo.

Parecía estar sugiriendo que otras noches no estaba sola, pensó Marcus. Por primera vez se le ocurrió mirarle las manos. Ninguna alianza le había impedido seducir a una mujer.

Llevaba un anillo en la mano derecha, pero no era de compromiso.

–O quizá formes parte de una de las familias fundadoras del Windsor con derecho a ser socio desde su nacimiento –dijo sonriendo–. Como yo. A pesar de las veces que han intentado echarme de aquí, no han podido hacerlo.

–¿Y por qué iban a querer echar a alguien tan formal y decente como tú?

Él la miró arqueando las cejas.

–Si nadie te ha prevenido sobre mí, es que eres nueva en la ciudad. Es lo primero que les dicen a las mujeres jóvenes y guapas. De hecho, el noventa por ciento de los folletos turísticos recogen una advertencia para que se mantengan alejadas de mí. Algo así como: *Manténgase alejada de Marcus como quiera que se llame. Ese hombre sólo trae problemas.*

Ella rió. Tenía una risa bonita.

–¿Y qué dicen el diez por ciento restante?

–Bueno, esos citan los sitios menos recomendables de la ciudad –dijo y sonrió de nuevo–. En ellos ocupo un lugar destacado. A esos malditos fotógrafos no les importa a quién le hacen fotos.

Ella rió de nuevo, despertándole a Marcus una sensación cálida y efervescente que nunca antes había conocido.

–No te creo –dijo–. Me parece difícil compaginar la ópera con las juergas.

–Hay otras cosas aparte de la ópera –dijo mirándola a los ojos–.

Muchas más.

Ella se ruborizó, haciéndole sonreír de nuevo. De todas formas, no tuvo que responderle ya que llegó Stu con la botella de champán y una bandeja de queso y frutas. El camarero se esmeró en la presentación y apertura de la botella, probablemente porque él también se había dado cuenta de que Della no era una clienta más. En una palabra, era extraordinaria.

Stu sirvió una copa de champán a cada uno.

–Soy conocido en esta ciudad. Pregúntale a cualquiera.

Della se giró hacia el camarero, que estaba metiendo la botella de champán en un cubo de hielo.

–¿De veras es conocido?

El camarero miró primero a Marcus, que asintió discretamente para que contestara con sinceridad.

–Sí, señorita. No sólo en Chicago. Aparece en las páginas de sociedad de todo el país y es habitual verlo en muchas páginas web sobre famosos. Si le ven con él, probablemente usted también aparezca.

Della volvió a mirarlo. Esta vez, la expresión de sus ojos no era de diversión sino de…

¿miedo? No, probablemente no. ¿De qué iba a tener miedo?

–¿Es eso cierto? –preguntó ella.

–Me temo que sí. Pero no te preocupes. No dejan entrar a los paparazzi en el club.

Estás a salvo aquí. Nadie te verá conmigo.

Se le ocurrió que tal vez tuviera miedo precisamente de eso, de que la vieran con él.

Quizá no sólo por los paparazzi, sino por alguien en particular.

Al observarla detenidamente, reparó en su aspecto. Era cuidado y caprichoso, al menos en apariencia. Parecía la clase de mujer que se relacionaba con hombres que pudieran mantenerla. Todavía en la actualidad había muchas mujeres que se abrían paso en el mundo con su sexualidad. Solían mostrarse guapas, elegantes y reservadas, al menos en apariencia.

Aunque nunca había visto a Della entre esa clase de mujeres en el entorno social en el que él se movía. Eso aumentaba sus sospechas de que estaba en la ciudad de visita.

–Claro –dijo ella–. Quiero decir… Lo sabía. Estaba bromeando.

Él asintió, pero sin estar del todo convencido. Tal vez tenía una relación con alguien que no se alegraría de verla allí con otro hombre. Quizá temiera que su foto apareciera en alguna parte junto a Marcus y eso le creara problemas con ese alguien.

¿Quién era aquella misteriosa mujer de rojo? ¿Y por qué Marcus quería descubrirlo?

En un intento por relajar la tensión entre ellos, Marcus levantó la copa de champán para hacer un brindis.

–Salud.

Ella se quedó pensativa unos instantes antes de levantar su copa.

–Salud.

El brindis no hizo desaparecer la incomodidad que se había instalado en la mesa, pero al menos hizo que ella recuperara el color de las mejillas. Era suficiente, decidió Marcus. Al menos, por el momento.

Della dio un sorbo a su champán y miró al hombre que estaba sentado frente a ella. No sabía en qué momento el rumbo de la noche había cambiado para dirigirse a un túnel oscuro y tenebroso. La última parte de la noche había pasado de estar disfrutando de una última copa de champán en el conocido club Windsor de Chicago a estar sentada junto a aquel hombre atractivo que tanto le había intrigado en la ópera.

Marcus. El nombre le iba bien. Era extraño que se hubiera encontrado con él en todos los sitios en los que había estado esa noche. Claro que había elegido lugares frecuentados por ricos y poderosos, y él encajaba perfectamente en esa descripción. Además, acababa de descubrir que también le era de aplicación otro adjetivo, el de famoso, que era algo que ella quería evitar.

Así que, ¿de qué tenía miedo? Marcus tenía razón. Todo el mundo que estaba en el club pertenecía a aquel lugar, excepto ella. Nadie parecía haber reparado en ellos, por no mencionar que era sábado por la noche y que la mayoría de la gente se había ido. Había pronóstico de nieve, algo que no era extraño en una ciudad como Chicago. Probablemente todos estarían en sus casas, dispuestos a pasar el domingo aislados por la nieve sin nada que hacer.

A Della le gustaría disfrutar de algo así, pero se sentía como si llevara aislada por la nieve, sin nada que hacer, durante los últimos once meses. Al menos cuando no estaba a disposición de Geoffrey.

Pero esa noche no era el caso. Esa noche lo estaba pasando bien. Tenía que aprovechar la oportunidad de compartir las dos últimas horas de su cumpleaños con un hombre como Marcus.

–Así que… –comenzó, decidida a retomar el tono sugerente de su conversación–. ¿Qué clase de cosas has hecho para ser tan famoso?

Él saboreó otro sorbo de champán y dejó la copa en la mesa. Pero en vez de soltarla, acarició el pie y el contorno de la copa. Della se quedó hipnotizada por el recorrido de sus dedos, sobre todo cuando

deslizó el dedo corazón por el borde del cristal. Lentamente, Marcus siguió haciéndolo una y otra vez, hasta que una sensación de calor se expandió desde su vientre a todo el cuerpo.

De repente empezó a imaginarse a Marcus dibujando aquellos círculos en su cuerpo.

Por el hombro, el muslo… Aquellas caricias podían llevarla al borde de la locura.

Ante aquel pensamiento, cerró los ojos, como si al no ver lo que estaba haciendo, pudiera evitar aquellas imágenes en su cabeza. Pero al cerrar los ojos, las imágenes se hicieron más intensas, más eróticas, más… Abrió los ojos de nuevo en un intento por borrarlas completamente. Eso hizo que se encontrara con Marcus, que la miraba divertido como si se hubiera dado cuenta de lo que había llamado su atención y supiera exactamente lo que estaba pensando.

Al observarla, detuvo el dedo en el borde del cristal. Luego, rozó el borde del champán antes de hundir los dedos en el líquido. Luego los sacó y los llevó hasta los labios de Della.

Una sensación de ardor la inundó, haciendo que su estómago se encogiera y sus latidos se aceleraran. Sintió un cosquilleo en sus pechos y humedad en la entrepierna. Sin pensar en lo que hacía, separó los labios lo suficiente como para que metiera un dedo en su boca. Saboreó el champán junto a la esencia de Marcus, que le resultó mucho más embriagador.

Rápidamente echó la cabeza hacia atrás y apartó los labios de sus dedos. Aquello no sirvió para contener su excitación. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué se sentía atraída por aquel hombre? Apenas sabía nada de él, a excepción de su nombre, su gusto por la ópera y el buen champán, y el hecho de que hubiera comprado una rosa para alguien que…

La rosa, ¿cómo se había olvidado de la rosa? Quizá estuviera siendo objeto de las insinuaciones de un hombre casado. Lo último que quería era ser parte de un triángulo amoroso.

¿Dónde estaba la rosa? ¿La habría tirado en alguna papelera o la habría guardado entre las páginas del programa? Miró las otras mesas hasta que vio una vacía, con una rosa y un programa de ópera encima. ¿Habría aparecido por fin la mujer a la que esperaba? ¿Habría compartido un momento como aquél con otra? ¿Podía ser tan sinvergüenza?

–¿A quién esperabas esta noche?

Della lanzó la pregunta antes de que las palabras se uniesen en su cabeza. Marcus se sorprendió tanto como ella y arqueó las cejas.

–A nadie –dijo–. Ni siquiera a ti. Nunca me hubiera imaginado a

alguien como tú.

–Pero la rosa, esa bebida,…

Él se giró para mirar en la dirección de sus ojos y se fijó en la mesa que había estado ocupando hasta que ella llegó. Dejó caer los hombros y la cabeza, como si se pusiera a la defensiva. Cuando volvió a mirarla, sus ojos volvían a reflejar la tristeza que había visto antes.

–Compré la rosa y pedí esa bebida para alguien –dijo–. Y sí, ese alguien era especial.

–¿Era? –repitió Della–. Entonces, ¿ella y tú ya no estáis juntos?

–No –dijo, sin que su expresión revelara lo que pensaba.

Della quería saber más de la mujer, pero algo en su comportamiento le advirtió que no debía preguntar. No era asunto suyo, se recordó. Bastante mal había hecho ya al despertarle tristes recuerdos. Fuera quien fuese aquella mujer, ya no formaba parte de su vida, aunque era evidente que todavía sentía algo por ella.

Pero, ¿por qué le molestaba tanto? Seguramente no volvería a verlo después de aquella noche. Daba igual si sentía algo por alguien. Cuanto menos supiera de él, mejor. Así sería más fácil olvidarlo, aunque fuera la clase de hombre que una mujer nunca olvidaría.

–Sabía que no vendría esta noche, pero se me hacía raro no comprarle la rosa ni pedirle una copa, tal y como siempre hacía por ella. Siempre llegaba tarde –añadió–. Sentía como si la estuviera traicionando por no pedir por ella, cuando lo cierto es que era ella la que… –se detuvo y se encontró con los ojos de Della otra vez–. Sé que es demasiado sentimental por mi parte. Pero no, Della, no estoy con nadie. ¿Y tú?

Aquella era una pregunta complicada. Della no estaba con nadie, al menos de la manera que Marcus pensaba. Llevaba casi un año sin tener una relación. Su última pareja había sido Egan Collingwood, un hombre que resultó ser diferente a lo que parecía. Lo cierto era que Della estaba con alguien, pero de un modo diferente. Estaba con Geoffrey y mientras estuviera con él, no podía estar con nadie más.

No quería decirle eso a Marcus, así que se llevó la copa a los labios para dar un sorbo al champán. Después, siguió bebiendo hasta que se dio cuenta de que la copa estaba casi vacía. Cuando dejó la copa en la mesa, Marcus se la llenó.

–Marcus, ¿estás intentando emborracharme? –preguntó sonriendo.

–Sí.

Su sinceridad la sorprendió y rió. No recordaba la última vez que se había reído tanto.

–No funcionará –dijo y se llevó la copa a la boca–. Tengo un metabolismo especial.

–Cuento con eso –dijo sonriendo.

El tiro le iba a salir por la culata. Porque a pesar de que Marcus pensara que la noche iba a pasar de una cena casual a un maratón de sexo, de ninguna manera iba a ocurrir eso.

Della tenía que devolver la ropa alquilada al día siguiente, en cuanto la tienda abriera a mediodía ya que si no, perdería el depósito. Ni siquiera el sueño de disfrutar de un maratón de sexo con aquel hombre tan irresistible iba a hacer que lo olvidara.

Miró a Marcus y reparó en sus ojos ardientes y en su traviesa sonrisa. Un mechón de pelo se le había caído hacia la frente y parecía pedir el roce de unos dedos de mujer.

Eso no iba a impedir que recuperara el depósito. Además, no podía pasar la noche en cualquier parte. Si Geoffrey llamaba a su casa y no la encontraba, se enfadaría. Claro que también podía llamarla al teléfono móvil para saber si estaba bien, pero igualmente se pondría furioso si no estaba enclaustrada como se suponía que debía estar. Había tenido suerte de que nunca hubiera llamado a su casa en las pocas ocasiones en las que había salido muerta de aburrimiento. Pero no sabía cuánto tiempo más duraría su suerte. Si Geoffrey se enteraba de sus excursiones, querría retorcerle el cuello. Entonces, estaría más decidido que nunca a mantenerla escondida.

–Así que emborrachas a las mujeres y luego te aprovechas de ellas –dijo sin apartar la mirada de Marcus.

–Nunca he tenido que emborrachar a una mujer para aprovecharme de ella –dijo derrochando seguridad–. De hecho, nunca me he aprovechado de ninguna.

No tenía duda alguna de que eso era cierto. Acababa de conocer a aquel hombre y ya estaba teniendo pensamientos sobre él que no debía tener.

–Entonces, ¿por qué eres conocido?

Él se echó hacia delante, acortando la distancia que había entre ellos al apoyar los codos en la mesa.

–¿Por dónde empezar? ¿Tienes toda la noche?

Sin saber qué decir, volvió a dar otro sorbo a su champán. Estaba empezando a sentirse algo mareada.

Como si fuera consciente del giro que habían dado sus pensamientos, Marcus alargó la mano para rozar la de ella. Ante aquel inocente roce, Della sintió una chispa que se convirtió en llamas cuando sus manos se entrelazaron.

–Porque si tienes toda la noche –continuó él–, estaré encantado de darte las explicaciones necesarias.

¿Qué era lo que había pensado decir? Algo como que tenía que

volver a casa porque era casi medianoche y en cualquier momento iba a convertirse en calabaza.

Pensó qué decir, pero no se le ocurrió nada. Todas sus neuronas estaban ocupadas imaginándose escenas de ella con Marcus. Era un hombre increíblemente sexy y hacía mucho tiempo que no se sentía tan atraída por nadie. Además, seguramente pasaría tiempo hasta que encontrara a alguien con quien quisiera estar. No sabía qué pasaría una vez que Geoffrey acabara con ella. De lo único de lo que tenía seguridad era del presente, de aquel sitio, aquel momento y aquel hombre. No debía sucumbir ante Marcus puesto que la dejaría hechizada el resto de su vida. Pero por alguna razón, no podía alejarse de él todavía.

Capítulo Tres

Della se obligó a apartar la mirada de él y se fijó en las puertas de cristal que había no lejos de su mesa. La nieve que los meteorólogos habían pronosticado, había empezado a caer.

Como neoyorquina que era, la nieve no le era algo extraño. Y en Chicago había nevado ya unas cuantas veces esa temporada. Pero había algo mágico para ella en aquella nevada, como cuando era niña. Por entonces, cada vez que nevaba, su barrio pasaba de ser un paisaje de cemento y asfalto a un mundo blanco y encantado. La escalera de incendios a la que daba la ventana de su habitación se convertía en una escalera de diamantes que conducía a la torre en la que estaba prisionera una princesa. Los montones de basura en las aceras pasaban a ser montañas de polvo mágico y los coches desvencijados, carruajes plateados.

Resultaba muy apropiado que nevara esa noche, justo cuando se sentía en mitad de una aventura mágica como las que inventaba de niña. Era curioso ver caer aquellos copos blancos por detrás del príncipe azul que acababa de conocer.

–Está nevando.

Marcus se giró siguiendo su mirada y luego volvió a girarse hacia ella. Era evidente que para él la nieve no tenía el mismo encanto que para ella.

–Se esperan entre diez y quince centímetros.

Parecía molesto por el cambio de conversación.

Marcus reparó en sus manos unidas y, a regañadientes, apartó la suya. Era lo que ella quería, se dijo Della, un cambio de conversación para desviar sus intenciones. Pero entonces,

¿por qué había tenido el efecto contrario? ¿Por qué quería que volviera a tomarla de la mano y entrelazara sus dedos?

Aun así, él no se había apartado del todo. La punta de sus dedos seguía en contacto y podía sentir el calor de su piel. Eso fue suficiente para evitar que sus manos volvieran a unirse.

Era lo mejor, se dijo. Aquél era un encuentro puntual y con la nieve que había empezado a caer, debía pensar en irse. Además, le había dicho al conductor del coche que había alquilado que la recogiera en el club a medianoche. Era casi la hora. Tenía que poner fin a aquello que estaba pasando con Marcus y marcharse.

Pero, ¿por qué no lo hacía?

–Lo suficiente como para que todo se complique –dijo Marcus–. Al menos no habrá que soportar tráfico para ir a trabajar.

Eso le recordó que al día siguiente sería domingo, por lo que no tendría que levantarse tan temprano. Podía apurar unos minutos más.

–A mediodía –continuó él–, la ciudad estará llena de nieve sucia y medio derretida. La nieve no es más que una molestia que…

–A mí me gusta la nieve. Me parece muy bonita.

Marcus sonrió.

–Lo dice alguien que nunca ha tenido que lidiar con ella –replicó–. Con esa pista, puedo adivinar algo más de ti. No sólo hace poco que has llegado a Chicago, sino que vienes de un lugar cálido y soleado en el que nunca hay que preocuparse por las complicaciones que ocasiona la nieve.

No dijo nada que lo contradijese. Al fin y al cabo, permanecer en silencio no era mentir. Y cuantas más ideas equivocadas de ella se hiciera, mejor.

Al ver que permanecía en silencio, Marcus sonrió satisfecho.

–Tengo razón, ¿verdad? Vienes de un sitio en el que siempre hace calor, ¿no? –insistió él.

Si supiera… Desde luego que hacía calor cuando dejó Nueva York.

–Has dado en el clavo –dijo Della sonriendo.

Se sentía culpable por adornar la verdad en un intento de ser sincera con él. Culpable por dejarle creer que era alguien que no era. Culpable por despertar en él…

No, eso no lo estaba haciendo, se dijo. Ninguno de los dos estaba prometiendo nada.

Precisamente, ambos estaban evitando hacer promesas. Lo cierto era que todavía no sabía cuáles eran sus intenciones en lo que a Marcus se refería. Él estaba dispuesto a compartir más que champán, queso y fruta con ella. Estaba a la espera de que le enviara alguna señal de que también estaba interesada en algo más. Y aunque estaba interesada, había una parte en ella que se aferraba a la cordura.

Porque aunque por sucumbir a las artes seductoras de Marcus no fuera infiel a ningún hombre, sí se lo sería a sí misma. No había sobrevivido en las pocilgas de Wall Street y en una de las firmas de inversiones más poderosas y dinámicas creyendo en cuentos de hadas. Lo había conseguido siendo pragmática, trabajando mucho y concentrándose en su objetivo.

De esa misma manera era como estaba construyendo la vida que quería.

Suspiró para sus adentros. De nuevo estaba pensando en cosas en las que no debería acordarse esa noche. Analizar su vida pasada e inquietarse por la incertidumbre de la nueva no eran parte de la vida imaginaria que estaba viviendo en ese momento. Era su cumpleaños.

El único día del año en el que una persona podía permitirse ser egoísta y caprichosa. Tenía que limitarse a pensar y disfrutar del

momento que estaba viviendo. El presente era lo único de lo que estaba segura, lo único que podía controlar. Miró de nuevo a Marcus, cuyo papel en aquella noche todavía no estaba definido, se levantó de la silla y se acercó a la cristalera a ver caer la nieve.

Había una pequeña terraza que estaba a oscuras por la época fría del año y la hora tardía.

Della distinguió los contornos de un puñado de mesas y sillas, cubiertas durante el invierno, y algunas macetas. Una manta blanca cubría todo, señal de que debía de llevar nevando más tiempo del que pensaban. Claro que cuando una mujer estaba atenta a un hombre como Marcus, era difícil darse cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor.

Como por arte de magia, sintió que estaba detrás, lo suficientemente cerca como para estar pegado a ella. Pensó que estaba imaginando la sensación de calor de su cuerpo junto al suyo, pero su olor… Era demasiado real y maravilloso.

–Apenas eran unos copos cuando llegué –dijo ella–. Me sorprende lo mucho que ha caído.

Él no dijo nada durante unos segundos y permaneció irradiando su calor y su embriagadora fragancia.

–La nieve no es lo único sorprendente de esta noche –dijo él por fin.

Estaba de acuerdo. A pesar de lo inesperado de Marcus, su presencia había resultado perfecta. Un príncipe azul era lo único que le había faltado al cuento de hadas que había planeado para esa noche, aunque le fuera completamente desconocido. Claro que no le resultaba del todo desconocido. Hacía ya unas horas que se conocían. Habían compartido una cena agradable, una ópera espectacular, una entretenida conversación y algunas caricias. Se habían sacado algunas sonrisas y se estaban despertando algunas sensaciones entre ellos.

A Della le gustaba Marcus. A él le gustaba ella. Eso hacía que no fueran extraños.

Sin pensarlo, buscó el pomo de la puerta y comprobó que no estaba cerrado. Otra sorpresa o quizá más bien, un toque mágico. Incapaz de detenerse, abrió la puerta, salió a la terraza y empezó a dar vueltas bajo la nieve que caía.

–Della –dijo Marcus desde dentro–. ¿Qué estás haciendo? Hace mucho frío ahí fuera.

Lo curioso era que no sentía frío. A su lado, una sensación de calor emanaba desde su interior.

–No puedo evitarlo –dijo ella dejando de dar vueltas para mirarlo–. Es muy bonito y transmite tranquilidad. Escucha.

Como ocurría con la nieve, los sonidos de la ciudad que se extendía frente a la terraza se amortiguaban. Lo único que parecía oírse era el sonido de los copos cayendo. A su pesar, Marcus hundió las manos en los bolsillos de su pantalón y salió a la terraza mientras la miraba, sacudiendo la cabeza.

–Eres peor que una niña –dijo él.

De nuevo, aquella deliciosa sonrisa.

Mientras se acercaba, Della se fue apartando hasta que chocó con el borde de la terraza. Cuando su espalda dio con la pared, un puñado de nieve se le vino encima. Rió y agitó la cabeza para sacudirse la nieve. El recogido de su pelo se soltó, cayéndole sobre los hombros. Marcus se acercó a ella a toda prisa, patinando al hacerlo. Enseguida se agarró a la barandilla y sus risas se unieron a las de ella.

–Somos un desastre, ¿no? –dijo ella.

No le importaba. Hacía un año que su vida era un desastre. Al menos, aquello era divertido. Extendió la mano para tomar los copos en su palma. En cuanto tocaban su piel, se derretían.

–Mira, Marcus. ¿Cómo puede no parecerte bonito?

Marcus se acomodó en un rincón de la terraza.

–Hace frío –dijo–. Y te has dejado el abrigo dentro.

En un gesto de caballerosidad se quitó la chaqueta de su esmoquin y se la puso sobre los hombros. La prenda parecía querer tragársela, envolviéndola a la vez de su olor y calidez, por lo que no pudo evitar encogerse en ella.

–Ahora, tú pasarás frío.

–No he sentido frío desde que puse los ojos en ti. Ni la nieve ni esta temperatura gélida va a hacer que eso cambie.

Della tampoco sentía frío, aunque no por ello estaba dispuesta a devolverle la chaqueta. Le resultaba muy agradable envolverse en ella. Era como si el mismo Marcus la estuviera abrazando.

Como si una vez más le estuviera leyendo el pensamiento, empezó a inclinar la cabeza hacia la suya.

Consciente de que estaba a punto de besarla, Della se apartó sin saber muy bien por qué. Deseaba que la besara y quería besarlo, pero todavía no se atrevía a hacerlo. No era la mujer que él pensaba. Incluso estaba empezando a plantearse que ella misma no sabía quién era. Pronto sería otra persona. Y en un par de horas, Marcus y ella no serían más que un vago recuerdo en la mente del otro. ¿Qué clase de recuerdo quería ser para él? ¿Qué clase de recuerdo quería que fuera él?

Marcus no le dio tiempo para pensar puesto que en cuanto le dio la espalda, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él. Su pecho era más

ancho que los hombros de Della y su torso se acoplaba perfectamente al de ella. Pero donde más podía sentirlo era al final de la espalda.

Rozándose contra ella, su cuerpo parecía estar despertando a la vida.

El pulso de Della se aceleró al darse cuenta de que estaba tan excitado como ella. Una oleada de calor la invadió al sentir su boca junto a la oreja. Sentía su aliento cálido y húmedo junto a su piel, lo que alteró sus sentidos hasta encontrarse aturdida.

–No puedo decir que la nieve sea bonita porque esta noche estoy disfrutando de algo mucho más bonito. De hecho, tú, mi misteriosa Della, eres fascinante –dijo con voz ansiosa.

Della evitó contestar a aquello porque tenía miedo de lo que pudiera decir y mucho más de lo que pudiera hacer. Se inclinó sobre la barandilla para ver la nieve caer. Ofreció su rostro al aire gélido con la confianza de que fuera el antídoto que necesitaba para calmar aquellas sensaciones que se habían despertado en ella. Sin embargo, su nueva postura la acercaba aún más a Marcus y sintió con más intensidad su erección.

Tragó saliva y se aferró con fuerza a la barandilla metálica por miedo a que sus dedos se agarraran a otro sitio. No tuvo tanta suerte con sus pensamientos, ya que continuaron divagando sobre asuntos de los que no quería saber nada. Asuntos como que nunca conocería a un hombre como Marcus y cómo en cuestión de segundos podía salir de su vida. No había nada más triste en la vida que dejar pasar una oportunidad. Así que echó la cabeza hacia atrás para disfrutar de los copos de nieve que caían, confiando en que adormilaran su mente y la hicieran olvidar… todo: los tristes recuerdos del lugar donde se había criado, la desagradable verdad que había descubierto sobre Egan Collingwood, cada momento de angustia que había pasado en su trabajo, la sensación de soledad que en numerosas ocasiones la había asaltado en los últimos once meses... Todas las razones por las que no debía hacer lo que quería hacer con Marcus. Era el regalo sorpresa que el destino le había preparado por su cumpleaños.

De nuevo, como si estuviera leyendo su mente, le separó las manos y deslizó la suya bajo la chaqueta. Suavemente, como si estuviera afinando un instrumento, le acarició las costillas. Una oleada de placer la recorrió y suspiró. Incapaz de contenerse, se apoyó en él y enredó los dedos en su pelo.

–Oh, Marcus –murmuró al sentir su roce.

Él no dijo nada, limitándose a hundir la cabeza en el cuello de Della para besarlo. Con una mano tomó uno de sus pechos y con la otra empezó a aventurarse más abajo, moviéndose a lo largo de las

curvas de su cintura, sus caderas y sus muslos. Lentamente fue subiéndole el vestido hasta que Della sintió la nieve en las piernas. Debido al frío y al largo del vestido se había puesto unas medias hasta encima de las rodillas, dejando sus muslos desnudos. Jadeó al sentir el frío en su piel desnuda, pero no sólo por el ambiente frío sino por lo lejos que habían llegado las cosas entre ellos.

–Marcus… –comenzó a protestar.

Pero sus palabras no sonaron con la rotundidad que deberían.

–Calla –dijo él–. Sólo quiero acariciarte. Quiero sentir tu piel bajo mis dedos.

Iba a decirle que ya lo había hecho al tomarla de la mano, pero fue incapaz de articular palabra. Hacía mucho tiempo que no sentía las caricias de un hombre. Se le había olvidado lo agradable que era sentirse tan próxima a otro ser humano y lo necesario que era compartir aquella intimidad con otra persona. Era una experiencia placentera, que la hacía sentir llena de vida.

Marcus encontró el borde de sus bragas y deslizó los dedos por debajo para sentir su humedad.

Se le había olvidado también aquella sensación.

–Estás muy húmeda –murmuró él junto a su oreja, sorprendido por su reacción–.

Della, cariño… Es como si… Es como si estuvieras lista para recibirme.

Volvió a acariciarla con los dedos, provocándole un gemido. Ella volvió a aferrarse a la barandilla y comenzó a recorrerla del mismo modo en que tocaría a un hombre en su…

Marcus volvió a acariciarla y Della fue consciente de que se había dado cuenta del movimiento de sus manos sobre la barandilla. Estaba pensando y sintiendo lo mismo que ella. En el fondo, deseaban lo mismo.

Volvió a besarla en el cuello, esta vez mordiéndola suavemente. Aquello le pareció tremendamente erótico. A modo de respuesta, Della llevó una mano hacia atrás e intentó abrirle el cinturón y la cremallera del pantalón con sus dedos temblorosos.

¿Por qué no iba a hacerlo? Era su cumpleaños y estaba de celebración. Se había hecho varios regalos esa noche así que, ¿por qué no uno más? ¿Por qué no disfrutar con aquel hombre del modo en que ambos querían disfrutar?

Cuando Marcus se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se apartó para facilitarle la labor. Ella comenzó a darse la vuelta, pero él la sujetó por la cintura y la mantuvo de espaldas a él. Así que volvió a buscar con su mano por detrás de ella y lo encontró desnudo y

dispuesto. Él jadeó al sentir su mano fría, pero enseguida ambos entraron en calor. Della tomó su pene con una mano y se quedó sin respiración al recorrer su longitud.

No estaba segura de qué hacer a continuación y, en ese momento, Marcus parecía estar pensando lo mismo. Dejó caer una mano desde la cintura de Della y volvió a subirle el vestido, esta vez por detrás. Ella se aferró a la barandilla y Marcus le bajó las bragas. Della hizo el resto quitándoselas.

Él se agitó detrás de ella y se puso un preservativo que debía de tener a mano. Tan solo tuvo un segundo para pensar en lo preparado que estaba para practicar sexo, a la vez que era lo suficientemente responsable como para tomar dicha precaución. Entonces, mientras la nieve caía sobre ellos, Marcus se hundió en ella desde atrás.

Al sentir la penetración, Della dejó escapar un grito y Marcus le tapó la boca con la mano. A continuación, empezó a moverse dentro de ella, retirándose casi completamente antes de volver a embestirla. Della tuvo que morderse el labio para guardar silencio y Marcus se lo recompensó acariciándole los pliegues húmedos de su entrepierna. Aquello hacía que quisiera volver a gritar.

Pero no lo hizo y se limitó a dejarse llevar. Una ola de calor se extendió desde su vientre a todo su cuerpo. Una y otra vez disfrutó de cómo el hombre que estaba detrás de ella la llenaba y, entonces, sintió la sacudida del orgasmo, seguida inmediatamente de la de él.

Luego, se apartó de ella, se quitó el preservativo y arregló como pudo sus ropas antes de hacer que se diera la vuelta y besarla en los labios. Durante un largo rato, la besó una y otra vez. Finalmente, se separó lo suficiente para tomar su rostro entre las manos. Estaba nevando más fuerte y parecía que un tornado blanco los estuviera envolviendo.

Marcus inclinó la cabeza hasta que sus frentes se tocaron. –Nunca antes me había pasado algo así –dijo él entre jadeos–. Della, eres una droga.

No supo cómo responder a aquello, así que se quedó callada. Se limitó a tomar su camisa y aferrarse a ella. Permanecieron así largos segundos. Ninguno de los dos parecía saber qué decir o qué hacer. Della estaba segura de que nadie del club había visto lo que había pasado. No sólo no había nadie allí, sino que estaban ocultos por la oscuridad y la nieve que caía. Sonrió al reparar en que las ventanas que estaban detrás de ellos se habían empañado.

Marcus se apartó de ella lo suficiente como para mirarla a la cara. Parecía estar a punto de pedirle que le devolviera la chaqueta y poner alguna excusa para irse de allí.

Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió.

–¿Sabes que es lo que más me gusta del club Windsor? –preguntó acariciándole el pelo.

Sin confiar aún en su voz, Della sacudió la cabeza.

–Lo que más me gusta es que tiene acceso al hotel Ambassador. En noches como ésta, en las que conducir es peligroso por las condiciones meteorológicas, la oscuridad y el buen champán, se puede pasar la noche allí. No hace falta salir a la calle para llegar al hotel.

Simplemente hay que ir al vestíbulo, atravesar el corredor y en cuestión de minutos se accede al mostrador de recepción. Y gracias a que soy miembro platino del club, a los pocos minutos puedo estar en una lujosa suite pidiendo otra botella de champán al servicio de habitaciones.

–Pero yo no soy miembro platino del hotel Ambassador.

Marcus fingió no haber reparado en ese detalle.

–Tienes razón. Has llegado a Chicago hace poco, ¿verdad? Entonces, tendrás que sea miembro platino del club.

Ella sonrió.

–¿Y a quién podría conocer que lo fuera?

–¿No te supondría un problema pasar la noche en el Ambassador conmigo? ¿No tienes… ninguna obligación esperándote en otra parte?

Sólo la obligación de devolver la ropa antes del mediodía y hablar con Geoffrey a las nueve, como hacía cada mañana. Siempre se despertaba antes de las cinco, incluso sin despertador. Era una costumbre que tenía arraigada porque el señor Nathanson, su jefe, siempre había insistido en que estuviera en el trabajo a la vez que él, a las siete, antes de que los demás llegaran. En aquel momento, Della había pensado que se debía a que el hombre era un adicto al trabajo. Pero con el tiempo, había descubierto que era un corrupto.

Volvió a prestar atención a Marcus. Se recordó que era un regalo más. Una noche con él era el regalo de cumpleaños más increíble que jamás había tenido. Sería una lástima no disfrutar de un regalo así.

–No, no tengo ninguna… obligación –dijo acariciándole el pelo humedecido por la nieve–, hasta mañana. Una noche solo, Marcus –añadió–. Una noche es lo único que puedo prometerte.

Para Della era muy importante que supiera que eso sería todo lo que habría entre ellos.

A la vez, era la manera de convencerse a sí misma de que así tenía que ser.

–Una noche es todo lo que pido, Della.

Probablemente eso era lo que quería de toda mujer, pensó ella. Porque probablemente eso era todo lo que un hombre como él estaba

dispuesto a ofrecer.

Eso la hizo sentirse mejor. Ambos querían lo mismo. Ambos necesitaban lo mismo: dar y recibir a partes iguales. La noche sería tal y como llevaba años planeando: una noche mágica y única. Sería el regalo que se haría.

Marcus le acarició con un dedo la mejilla.

–Bueno, entonces, misteriosa Della, ¿por qué no nos damos un paseo a ver dónde acabamos?

Capítulo Cuatro

Marcus estaba frente al amplio ventanal de la habitación del hotel, vestido con un albornoz azul, viendo la nieve caer. No paraba de nevar. Caían copos gruesos y apenas se veían los edificios del otro lado de la avenida Michigan.

Lo que se suponía que iba a ser una nevada de no más de quince centímetros se había convertido en una intensa tormenta de nieve durante la noche. Toda la ciudad estaba paralizada hasta que las máquinas quitanieves salieran a hacer su trabajo. Dado que había pillado a todo el mundo por sorpresa, no podían hacer nada hasta que amainara.

Pero la nieve no parecía estar amainando en absoluto.

La situación iba a permanecer inalterable durante un tiempo. Nadie podría ir a ninguna parte hasta el día siguiente como muy pronto. Aunque a Marcus le daba igual porque eso suponía que la única noche que Della le había prometido darle, iban a tener que ser dos.

Eso era algo que sí le interesaba. Lo último que buscaba en una aventura de una noche era que durara más que esa noche. De hecho, muchas veces había vuelto a su casa antes de que la noche acabara. Una vez que se sentía sexualmente satisfecho de una mujer, no tenía ninguna razón para quedarse más tiempo. Ni siquiera la idea de satisfacerse una segunda vez había evitado que se fuera.

Pero con Della, ni siquiera después de la tercera vez había visto saciado su apetito.

Ambos habían estado insaciables durante la noche y sólo habían dormido lo suficiente para recuperarse y tomar fuerzas para la vez siguiente. Para esa tercera vez, habían tenido que recurrir a la gratificación oral para alcanzar el orgasmo, puesto que la segunda vez había sido muy intensa. Della se había mostrado tan salvaje y exigente como una tigresa y Marcus la había poseído como un gato salvaje.

Y ni siquiera eso había sido suficiente para satisfacerle. De hecho, eso sólo le había hecho desear más. Al despertarse por la mañana a su lado, sus cuerpos habían aparecido entrelazados, incapaces de distinguir dónde empezaba el de ella y dónde acababa el de él.

Marcus nunca dormía con una mujer después de tener sexo con ella. Nunca. Y desde luego nunca se había abrazado a una de aquella manera y con tanto sentido de la posesión. Durante un largo rato después de despertarse, había permanecido en silencio, tumbado, abrazado a ella, escuchando su respiración e inhalando su olor. Marcus se había excitado y había tenido que contenerse para no poseerla allí dormida. En vez de eso, se había levantado de la cama sin

despertarla, se había puesto el albornoz y había llamado al servicio de habitaciones.

Ni siquiera su visita había despertado a Della. Tal vez hubiera sido porque Marcus había interceptado al camarero en el pasillo al oír el sonido del carro acercándose. Él mismo lo había metido en la habitación. No quería que nada la despertara, pero no por dejarla dormir, sino porque le gustaba verla dormida.

Soltó las cortinas y se apartó de la ventana, dejando de nuevo la habitación a oscuras.

Le gustaba el lujo del Ambassador, los colores de sus paredes y el contraste de sus muebles clásicos con los azules y verdes de los cojines y de los cuadros abstractos. Prefería las suites, pero no había encontrado ninguna disponible. Al llegar, no le había parecido mal puesto que sólo iban a estar allí unas horas. Pero ahora que parecía que su estancia iba a alargarse, le habría gustado contar con más espacio.

Miró hacia la cama, donde ella seguía durmiendo, y sonrió. Incluso en aquella habitación pequeña se adivinaba que era un hotel de lujo.

Della estaba boca abajo, con la sábana verde enredada en su mitad inferior. Su espalda y sus hombros estaban desnudos. Sigilosamente, se acercó a la cama y se detuvo a su lado. Su pelo se esparcía por encima de su cabeza y a los lados de la almohada, y tenía una mano cerca de la boca. Tenía los labios hinchados por la fogosidad de sus besos y las mejillas sonrojadas allí donde la barba incipiente de su mentón la había rozado. Recordaba haber enredado sus dedos en su melena mientras la había poseído. Incluso en el ardor de sus actos, había reparado en lo suaves que eran sus mechones.

Estaba a punto de girarse para servir un par de tazas de café, cuando vio que se empezaba a estirar. Suavemente, emitió unos ligeros gemidos al despertarse. Con los ojos aún cerrados, se dio la vuelta y estiró los brazos por encima de la cabeza. Aquel movimiento dejó al descubierto sus generosos pechos, coronados por unos pezones rosados. Luego estiró las piernas y al separarlas, la sábana se cayó, dejando visible el vello oscuro de su entrepierna.

De nuevo, algo en Marcus recobró vida por el simple hecho de mirarla. Era casi perfecta, de una belleza tan pura que casi deseaba no haberla tocado.

Casi.

En vez de eso, incapaz de contenerse, se agachó y acarició con un dedo su pierna.

Ella gimió suavemente ante su roce y dibujó una tentadora sonrisa en sus labios, pero permaneció con los ojos cerrados.

Así que Marcus se echó en la cama y continuó recorriendo su muslo hasta casi la unión de sus piernas. En respuesta, Della separó un poco más las piernas. Marcus sonrió también y llevó la mano hasta el puñado de rizos que ocultaban su femineidad. Durante largos segundos le proporcionó movimientos suaves, lentos y contenidos. Intencionadamente, evitó tocar sus cálidos y húmedos pliegues, pero los rozó en un par de ocasiones, haciéndola gemir de placer. Cuando se apartó de nuevo, la penetró con uno de sus dedos suavemente, puesto que suponía que estaría dolorida de la noche anterior. Cuando levantó las caderas del colchón para atraerlo aún más, sacó el dedo y volvió a introducírselo otra vez. Y otra y otra…

Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, continuó acariciándola con el dedo gordo. Della empezó a sacudir las caderas y él siguió estimulándola con mayor insistencia. La penetró una última vez con su dedo, haciéndola gritar ante las sensaciones que la embargaban. Ella se arqueó y luego lentamente volvió a acomodarse en la cama.

Marcus acarició su torso desnudo, deteniéndose primero en un pezón y luego en el otro, antes de llegar a su cuello.

–Buenos días –dijo suavemente, como si no hubiera pasado nada durante los últimos minutos.

Todavía respiraba entrecortadamente y seguía temblando, pero se las arregló para poder hablar.

–Desde luego que el día es estupendo. Me gustaría despertarme así cada mañana.

Aquellas palabras deberían haber producido pánico a Marcus. Lo último que quería era que una mujer lo incluyera en su rutina diaria. Sin embargo, la idea de despertarla de aquella manera todos los días le resultó interesante. Sin duda alguna, un hombre que empezaba el día haciendo que una mujer alcanzara el orgasmo, tenía que sentirse poderoso, capaz de hacer cualquier cosa.

No tenía nada que ver con disfrutar de un momento íntimo con una mujer excepcional.

–Hay café –dijo él–. Y desayuno. No sé lo que te gusta, así que he pedido un poco de todo.

–Café –dijo ella, recuperando aún la respiración–. Solo –añadió rápidamente al ver que iba a preguntárselo.

De nuevo, era como si le leyera la mente. Eso también debería haberle puesto los pelos de punta. No le gustaba que las mujeres supieran lo que pensaba. Pocas de ellas aprobarían sus pensamientos, que generalmente consistían en trabajo, deportes y mujeres distintas a aquélla con la que estaba.

Pero le agradaba la relación con Della y no quería pensar en nada ni nadie más que en ella.

–Enseguida te lo sirvo –dijo.

Cuando acabó de servir las dos tazas y de retirar el envoltorio de los refrigerios que había llevado el camarero, Della ya se había levantado de la cama. Estaba envuelta en un albornoz como el suyo, junto al ventanal, tal y como él también había hecho. La nieve seguía cayendo con la misma intensidad y le pareció verla sacudir la cabeza.

–Parece que hay ventisca –murmuró Della sin poder creérselo.

–Hay ventisca –afirmó él, acercándose y dándole una taza de café solo, como el suyo.

Enseguida lo tomó, mientras seguía sujetando la cortina.

–¿Cómo vamos a llegar a… casa?

Marcus reparó en el tono indeciso de la última palabra. Otra pista más de que estaba allí de visita. Aun así, le había asegurado que nadie la echaría de menos. Ambos pensamientos le incomodaban más de lo que era de esperar. Por un lado, no debería importarle que Della estuviera unida a otro hombre, puesto que no quería nada con ella. Por otro, lo único que ambos querían era una noche. Eso debería haber sido más que suficiente para satisfacer los deseos de disfrutar el uno del otro. El hecho de que estuviera en Chicago temporalmente o de que tuviera una relación con un hombre no debería tener consecuencias.

De hecho, deberían ser garantía de que no habría ataduras entre ellos.

Por alguna razón, a Marcus no le gustaba la idea de que estuviera tan solo de visita en Chicago. Y menos aún le gustaba que tuviera una relación con otro hombre.

Marcus se dijo que estaba pensando demasiado para ser tan pronto. Además, era fin de semana. Por culpa de la nieve, estaba atrapado con una mujer espléndida e increíblemente sexy. ¿Por qué perdía el tiempo en pensar?

–Nadie va a ir a ninguna parte hoy –dijo antes de dar un sorbo a su café–. Las máquinas quitanieves no podrán salir hasta que deje de nevar.

Della se dio la vuelta para mirarlo. Marcus volvió a ver aquella mirada extraña y de pánico que había visto en sus ojos la noche anterior.

–No puedo quedarme aquí todo el día –dijo con tono de miedo en su voz–. Tengo que volver a… casa.

De nuevo, aquella indecisión en su voz. Y de nuevo, no le gustó.

–¿Tienes que estar hoy en algún sitio? –dijo y al ver que no

respondía, continuó–. O

dicho de otra manera: ¿hay alguien que te espere hoy en alguna parte?

Della bajó la mirada. Era la única reacción que necesitaba para confirmarlo. Así que sí había alguien en su vida. Alguien al que tendría que dar explicaciones por una ausencia prolongada.

–¿Tienes marido? –preguntó y se sorprendió por el tono despreocupado de su voz.

Su mirada se encontró con la suya. Parecía enfadada. Eso estaba bien. Era mejor que estuviera enfadada y no asustada.

–No estaría aquí contigo si tuviera un marido esperándome.

Marcus no supo por qué aquella respuesta le había gustado tanto.

–¿Y tú? –preguntó ella–. ¿Tienes esposa esperándote en alguna parte? ¿O acaso te permite esta clase de comportamiento?

Él sonrió.

–El día en que tenga una esposa esperándome en alguna parte será el día en que me metan en una cárcel –dijo y al ver que no se quedaba satisfecha con la respuesta, añadió–: No estoy casado, Della. Nadie me espera en parte alguna. Pero hay alguien que se preocupará por ti si no vuelves a casa, ¿verdad?

Intencionadamente, puso énfasis en la palabra «casa».

Ella respiró hondo y lentamente soltó el aire. Sujetaba la taza con ambas manos y al contestar, fijó la mirada a lo lejos en vez de mirarlo.

–Ahora mismo, el concepto de casa es muy vago para mí.

–¿Qué quieres decir?

–No puedo explicártelo –dijo y miró el café.

–¿No puedes o no quieres?

Lo miró, pero su expresión no decía nada.

–Ambas cosas.

–¿Por qué?

Ella se limitó a sacudir la cabeza. Se llevó la taza a los labios, dio un sorbo y disfrutó del sabor del café. Luego, se acercó a la bandeja del desayuno para ver las opciones. Marcus se dio cuenta de que al pasar se había fijado en el reloj y se había sorprendido al ver la hora.

Ni siquiera eran las ocho todavía. Y además era domingo. Era demasiado pronto para que alguien la echara de menos si no la había echado en falta durante toda la noche.

–Es cierto que has pedido un poco de todo –dijo mientras iba levantando las tapas de los platos–. Dulces, beicon, salchichas, huevos, fruta…

Pensó en decir algo acerca de que necesitaban recuperar las fuerzas después de la noche, pero por alguna razón, le pareció cruel hacer el

comentario. Otro extraño giro de los acontecimientos, puesto que a Marcus nunca le había importado ser cruel. Además, ¿de qué otra cosa iban a hablar después de la noche que habían pasado? Desde el principio, la atracción entre ellos había sido sexual. Apenas habían intercambiado una docena de palabras desde que dejaran el club la noche anterior hasta que se habían despertado esa mañana. El noventa por ciento del tiempo que habían pasado juntos había sido haciendo el amor y el resto, habían estado flirteando y aceptando el hecho de que querían hacer el amor. Así que,

¿cómo iban a hablar de otra cosa que no fuera sexo?

Della tomó un pastel de la bandeja y lo dejó en uno de los platos. Tras una pausa, tomó otro, y otro más. Luego, añadió unas fresas y unos trozos de melón. Después de todo, pensó, tenía que recuperar las fuerzas perdidas después de la noche que habían pasado. Pero, al igual que él, no quiso hacer ese comentario en voz alta.

–¿Golosa, eh? –preguntó Marcus mientras ella chupaba un poco de nata de su dedo.

–Sí, un poco.

Tomó el plato y la taza y los llevó hasta la mesilla de noche. Luego, se metió en la cama.

Aquello prometía.

Marcus se sirvió otro plato con huevos, beicon y un panecillo. Luego tomó su taza de café y se unió a ella, dejando su desayuno en la otra mesilla. Ella se sentó con las piernas cruzadas mirándolo y él se recostó en el cabecero de la cama.

El albornoz de Della dejaba entrever sus pechos. Eso le hizo darse cuenta de que ninguno de los dos tenía nada que ponerse más que la ropa que llevaban la noche anterior.

No era la clase de atuendo que alguien se pondría por el día para estar cómodo.

La observó comerse una fresa y se preguntó por qué le parecía tan excitante un acto tan inocente.

–Ya que no quieres contarme dónde tienes tu hogar, ¿me puedes decir al menos dónde tienes tu casa en estos momentos?

–No –contestó ella rápidamente.

Pensó insistir, pero decidió hacer otra pregunta.

–Entonces, ¿puedes decirme qué te ha traído a Chicago?

–No.

–¿Puedes decirme dónde naciste?

–No.

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

–No.

–¿Adónde irás a continuación?

–No.

–¿Cuántos años tienes?

–Desde luego que eso no voy a decírtelo.

–¿Te gusta la piña colada y caminar bajo la lluvia?

–No especialmente.

–¿Y los gatos, pasear por la playa, sentarte frente a la chimenea y leer novelas? ¿Cuál es tu signo del horóscopo?

Por fin, aquello la hizo sonreír. No fue una amplia sonrisa, pero no estuvo mal. Era algo para empezar.

–Sagitario –respondió.

Eso lo explicaba todo, pensó Marcus. Al menos, así debería ser, pero no sabía nada de astrología. ¿Cuándo era que habían nacido los sagitarios? ¿En junio, en octubre? Tal vez en marzo…

Sabía tan poco de ella como antes de empezar a hacerle preguntas. Ni siquiera sabía si le había dicho la verdad acerca de ser Sagitario, o de que le gustara la piña colada, o caminar bajo la lluvia.

Pero enseguida se dio cuenta de que decía la verdad. No sabía muy bien por qué, pero estaba seguro de que Della no era mentirosa. Era una mujer que no revelaría nada significativo sobre sí misma y que estaba escabulléndose de un amante. Si hubiera sido una mentirosa, habría respondido a sus preguntas, mostrándose como alguien que no era. Aun así, no podía olvidar que tenía frente a él una mujer completamente desconocida.

Pero eso tampoco era del todo cierto, pensó Marcus. Había muchas cosas que sabía de Della. Sabía que le gustaba una forma de arte que la mayoría de la gente de su edad apenas conocía. Sabía que lloraba en las partes tristes de una ópera y que la música la sobrecogía.

Había visto todas esas reacciones en su rostro la noche anterior, en lugar de prestar atención a *La Bohème*. También sabía que le gustaban el champán y la nieve, que reía con facilidad y que le sentaba muy bien el rojo. Todas esas cosas decían mucho sobre una persona.

Además, sabía que venía de un entorno adinerado, aunque en aquel momento alguien estuviera pagando sus gastos. Sólo había que echar un vistazo a sus joyas o a la marca de la ropa que llevaba para darse cuenta. Era lista, segura de sí misma y expresiva, y era evidente que se había educado en los mejores colegios. Se desenvolvía con sofisticación y elegancia, muestra de que había sido criada por unos padres para los que esos aspectos eran muy importantes. En todos los sitios donde se la había encontrado la noche anterior, la había visto a gusto. Si no era resultado de riqueza y refinamiento, Marcus estaba ciego.

No necesariamente la mezcla entre la riqueza y el refinamiento daban como resultado todas las cosas que Della era. Sólo tenía que fijarse en sí mismo para comprobarlo. Le habían echado de todos los colegios privados a los que sus padres le habían enviado hasta que al final su padre había sobornado al director del último con una generosa donación para la construcción de un nuevo centro multimedia. La misma donación había comprado el título de Marcus, puesto que no había podido conseguirlo con sus notas. Y no porque no fuera inteligente, sino porque no se esforzaba. Respecto a la sofisticación y elegancia, en su época adolescente había hecho todo lo posible por evitarlas y había avergonzado a su familia en cada evento social al que había asistido. Había robado en tiendas y coches, muchas veces en una misma noche, e incluso había sido arrestado a los dieciséis años. Si no hubiera sido por Charlotte…

Apartó aquellos recuerdos y se centró en Della. Si no hubiera sido por Charlotte, Marcus no estaría sentado allí con ella en aquel momento. Porque la ausencia de Charlotte la noche anterior, le había permitido iniciar una conversación con Della no en una ocasión, sino en tres. Porque si no hubiera sido por Charlotte habría sido desheredado por su familia o estaría en una prisión por causar estragos.

–¿En qué estás pensando?

La pregunta de Della lo devolvió a la realidad. Pero no era una pregunta que quisiera contestar. Además, ¿por qué iba a hacerlo si ella no había contestado ninguna de las suyas?

–Parecías estar lejos de aquí –añadió Della al ver que no contestaba.

–Estaba muy lejos.

–¿Dónde?

Marcus dio un sorbo a su café antes de mirarla a los ojos.

–No voy a decírtelo.

–¿Por qué no?

–Si tú no me cuentas nada de ti, no voy a contarte nada de mí.

Por unos instantes, Marcus pensó que accedería a contestar a alguna de sus preguntas para que así él hiciera lo mismo. Sin embargo, Della se limitó a asentir.

–Es mejor así.

–¿Para ti o para mí?

–Para los dos.

Cuanto más decía Della, más interés y curiosidad sentía Marcus. ¿Quién demonios era esa mujer? ¿Qué pretendía? ¿Por qué no le contaba nada de ella? ¿Y por qué deseaba tanto saber cosas sobre ella?

–Está bien, si de veras quieres saberlo, estaba pensando en cosas de trabajo –mintió.

Ella no dijo nada en respuesta y se limitó a tomar un pastel.

–¿No quieres saber al menos a qué me dedico? –preguntó Marcus.

–No.

De nuevo aquella palabra. Estaba empezando a odiarla.

–Trabajo en una agencia de corredores de bolsa –dijo él, sin dar detalles del puesto que ocupaba.

No estaba seguro de cuánto contar. Lo cierto era que quería contarle cosas de sí mismo, pero no por los motivos habituales. Normalmente, sólo hablaba de él para impresionar a una mujer, con el fin de llevársela cuanto antes a la cama. Pero ya se había llevado a Della a la cama y seguía deseando impresionarla. Aquello era muy raro. Incluso sospechaba que la mejor manera de impresionarla era no alardeando. Al menos, no todavía.

Della se atragantó cuando le dijo cuál era su trabajo. Debía de estar tragando saliva y se le había ido por mal camino, porque enseguida empezó a toser. Marcus hizo amago de darle unas palmadas en la espalda, pero ella lo detuvo alzando la mano y tomando su café.

Después de un par de sorbos, recuperó la normalidad, aunque su cara siguió pálida.

–Estoy bien –dijo antes de que le preguntara–. La saliva se me ha ido por otro camino.

Él asintió y al comprobar que estaba bien, retomó la conversación donde la había dejado.

–Trabajo en…

–Detente –dijo ella alzando la mano–. No me digas lo que haces ni dónde trabajas. Por favor, Marcus, hemos acordado que nada de información, ni apellidos, ni ataduras. No hay pasado, ni presente ni futuro.

–También dijimos que sería una sola noche –le recordó–, pero es evidente que no va a ser el caso. Vamos a estar aquí atrapados al menos veinticuatro horas más. No veo ningún inconveniente en que nos conozcamos mejor, a menos que tú sí.

Por su expresión, supo que ella sí veía inconvenientes. Nunca en su vida había conocido a una mujer cuyo rostro pareciera un libro abierto. Cualquier hombre podría descubrir mucho de Della con tan sólo mirarla. Y lo que Marcus había descubierto era que no le iba a contar nada de ella.

Aun así, eso no quería decir que él no le pudiera contar cosas.

–Trabajo en Fallon Brothers –dijo Marcus antes de que pudiera detenerlo.

Lo que no le dijo fue que el nombre de Fallon en la compañía para la que trabajaba era el apellido de su tatarabuelo ni que él era la cuarta generación del imperio Fallon y que algún día dirigiría la compañía junto a su primo Jonathan. Marcus se convertiría en el presidente de la compañía cuando su padre se jubilara al año siguiente y entonces trabajaría menos aún que como vicepresidente, cargo que ocupaba en aquel momento. Entonces, empezaría la buena vida.

–Marcus, por favor –dijo Della de nuevo–. No me cuentes…

–Mi casa está en Lakeshore Drive, junto al lago –continuó, ignorándola, y tomó un trozo de papel–. Toma, te lo anotaré aquí. También tengo casas en Londres, Hong Kong, Tokio y Aruba. Son todas las grandes capitales financieras.

Cuando acabó de anotar los teléfonos de su casa, de la oficina y el móvil, levantó la mirada y vio que lo estaba observando con expresión de consternación.

–¿Desde cuándo Aruba es una capital financiera? –preguntó ella.

–Desde que me gasté una fortuna en una casa allí y cada vez que me gasto otra en ron cuando voy.

–Ya veo.

–Tengo treinta y ocho años y soy de Chicago –dijo dejando la nota con su dirección y sus teléfonos sobre el colchón–. Fui a la universidad en Standford y estudié un MBA en Harvard. Sí, soy el típico hombre de negocios, aunque no fui de los primeros de la clase. Eso no quiere decir que no sea bueno en lo que hago. Me gusta sacar tiempo para hacer otras cosas –añadió.

Le dirigió una mirada pícara, por si acaso no se había dado cuenta. Pero enseguida se percató de que había entendido su comentario porque se ruborizó.

–Marcus, preferiría que no…

–Vamos a ver, ¿qué más debería mencionar? –la interrumpió–. Me rompí un brazo en un accidente esquiando cuando tenía ocho años y un tobillo montando en bicicleta cuando tenía diez. Tengo dos hermanas mayores, ambas casadas con hombres que mis padres eligieron por ellas, algo que nunca admitirán, y tengo dos sobrinas y tres sobrinos. Mi color favorito es el rojo. Me gusta la comida mediterránea, especialmente la griega. Suelo conducir un Bentley negro, pero también tengo un Jaguar y un Maserati rojo. Ya sabes que me gusta la ópera y mi segunda pasión es el vino de Oporto. Mi signo del horóscopo es Leo y… a mí tampoco me gusta la piña colada ni pasear bajo la lluvia.

Para cuando terminó, el enfado de Della era evidente. Mientras hablaba, se había dado cuenta de cómo había ido en aumento. Incluso

había llegado a creer que se taparía los oídos para evitar seguir escuchando.

Sin embargo, no había dejado de jugar nerviosa con el pastel, rompiéndolo en el plato.

Una vez terminó de hablar, bajó la mirada.

–Habría preferido que no me contaras esas cosas.

–¿Por qué no?

–Porque cada vez que descubro algo nuevo de ti, más difícil me resulta olvidarte.

Algo se agitó en él al oír aquellas palabras. No supo muy bien de qué se trataba. No era una sensación desagradable, pero tampoco era exactamente agradable. Era… diferente, algo que nunca antes había sentido.

–Curioso, porque yo no sé nada de ti y sé que me va a ser imposible olvidarte.

Della siguió mirando su plato e hizo una mueca como si acabara de darse cuenta de lo que había hecho con el pastel. Dejó el plato sobre el colchón, encima de la nota que le había escrito. Marcus estaba seguro de que la había leído antes de taparla. Con un poco de suerte, tendría memoria fotográfica. Y con más suerte todavía, más tarde descubriría que había guardado el trozo de papel en su bolso.

¡Su bolso! Los bolsos de las mujeres eran conocidos por guardar gran cantidad de información. Nunca antes había sentido curiosidad por registrar un bolso. De hecho, le parecía despreciable que un hombre fuera capaz incluso de pensarlo.

Pero estaba deseando poner las manos en el de Della.

–De acuerdo –dijo ella–. Te contaré algunas cosas.

Por fin estaba consiguiendo algo. Había avanzado algo en el camino por el que iban hasta hacía unos minutos. Deseaba saber si ese camino sería largo y lleno de colinas, valles y magníficas vistas o terminaría bruscamente al final de un puente.

Pero, ¿tanto le importaba? Nunca nada le había impedido conseguir aquello que quería. Y lo que ahora deseaba, y mucho, era a Della.

Capítulo Cinco

Della intentó no reparar en que Marcus se había acercado mientras conversaban. Aun así, no pudo evitar darse cuenta de otras cosas, como lo revuelto que estaba su pelo oscuro o la barba que sombreaba la parte inferior de su rostro. Ambas cosas le daban un aspecto peligroso. Tal vez fuera que se estaba dando cuenta en aquel instante de lo peligroso que era.

Ella misma se había arriesgado con su comportamiento la noche anterior. Era un atrevimiento seguir con él por la mañana sin posibilidad de irse a casa. No sólo porque corría el riesgo de que Geoffrey descubriera su ausencia, sino porque estaba empezando a sentir cosas por Marcus que no debería sentir. Eran cosas que harían que fuera difícil separarse de él cuando llegara el momento.

No debería haber sucumbido a sus deseos la noche anterior. ¿Acaso no había aprendido los problemas que eso podía acarrearle? La última vez que había tenido una relación con un hombre, su vida había quedado muy afectada. Y eso que Egan no había sido tan irresistible e inolvidable como Marcus.

–Provengo de la Costa Este –dijo, confiando en que aquella escasa información apaciguara su interés.

–¿De qué parte de la Costa Este?

Ella frunció el ceño.

–De la Costa Este –repitió.

–¿Del norte o del sur? –Es todo lo que voy a decirte, Marcus. No insistas o no sabrás nada más de mí.

Abrió la boca para decir algo, pero se calló. Probablemente se estaba acordando de que le había dicho que venía de un lugar cálido. Pero era evidente que no le agradaba tener que acceder a sus demandas.

No estaba segura de si revelar algo de su familia, sobre todo teniendo en cuenta que hacía años que no los veía. Incluso cuando todos vivían bajo el mismo techo, no se habían comportado como una familia. Aunque era algo triste de admitir, lo cierto era que no sentía nada por ellos. Aun así, si Marcus quería información, quizá fuera ésa la que le contara puesto que no le afectaba emocionalmente. Además sería confusa puesto que la mayoría de la gente mantenía el contacto con sus familias por lo que pensaría que no se había alejado demasiado.

–Tengo un hermano mayor –dijo ella–. Y otro pequeño.

El primero se había fugado al cumplir dieciséis años, cuando Della tenía catorce, y desde entonces, no lo había vuelto a ver. Del otro, lo último que había sabido de él hacía diez años, había sido que se había

unido a una banda de delincuentes a la edad de quince.

Tampoco sabía qué había sido de él.

En las pocas ocasiones en que Della pensaba en sus hermanos, trataba de convencerse de que habían recibido las mismas cosas que ella y de la misma manera. Se decía que habían dejado el barrio y encontrado vidas mejores, al igual que ella. A veces incluso se lo creía. Pero la mayoría de las veces, temía que hubieran estropeado sus vidas, al igual que había hecho ella.

–¿Tienes sobrinos? –preguntó Marcus.

A modo de respuesta, sacudió la cabeza. Para ella, aquel gesto significaba que no lo sabía. Para Marcus, podía significar lo que quisiera.

–¿Tuviste alguna caída importante de pequeña?

Podía contarle acerca de la vez que se había cortado un pie con una botella rota mientras jugaba en un aparcamiento y por el que le habían tenido que dar puntos. Pero eso no era nada comparado con los accidentes esquiando.

–Nada digno de mencionar –se limitó a contestar.

–¿Y los estudios?

Podía inventarse el nombre de su escuela o referirse al instituto con alta tasa de delincuencia al que había asistido. Pero no eran las respuestas que él estaba buscando.

Della sabía que buscaba respuestas concretas. Quería que fuera una clase concreta de mujer, una que proviniera de la misma clase social que él y que hubiera vivido con tanta comodidad como él.

No estaba segura de si giraría la cabeza disgustado al conocer sus verdaderos orígenes, pero sin ninguna duda, se sentiría defraudado. La encontraba glamurosa y así se lo había hecho saber. Le resultaba intrigante, misteriosa y erótica. Lo último que le gustaría oír era que se había criado en un tugurio, que no tenía educación superior, que había luchado por todo lo que tenía y que todo lo que sabía lo había aprendido imitando a otros.

–Sí, estudié.

Marcus sonrió al oír aquello.

–No, lo que quiero decir es que ¿dónde...?

–Mi color favorito es el azul. Y mi comida preferida son los *fruits de mer*.

Su francés sonaba tan bien como el italiano de Marcus. Por desgracia, aquellas eran las únicas palabras que podía decir en francés y sólo porque había practicado su pronunciación para la cena.

–Después de la ópera –continuó–, mi mayor pasión es…

Se detuvo bruscamente. Tenía un problema porque además de la

ópera no tenía ninguna otra pasión. Nunca había tenido oportunidad de encontrar otra. Después de encontrar trabajo en Whitworth and Stone con dieciocho años, se había esforzado por mantener su empleo. Había trabajado horas extra siempre que había podido para ganar más dinero y había pasado el resto del tiempo intentando mejorar en todo lo que había podido: leyendo novelas clásicas, imitando el tono de los actores en películas, estudiando revistas para saber de moda y protocolo. La ópera era el único capricho que se había permitido, tanto porque le gustaba como porque contribuía a la clase de persona que quería ser.

Aparte de eso, apenas le habían gustado otras cosas.

–Después de la ópera… –repitió Marcus, invitándola a continuar.

Ella lo miró, conteniendo otra oleada de pánico. Nunca antes se había sentido tan impostora como en aquel momento. Realmente no tenía nada. Por primera vez desde que dejara Nueva York, se había dado cuenta del vacío que había en su vida y de lo completamente sola que estaba.

–Después de la ópera… –empezó, pero las lágrimas llenaron sus ojos.

No, no quería llorar. Cualquier cosa antes que eso. Allí no y menos delante de Marcus.

No había llorado desde que había dejado de ser niña, ni siquiera cuando las cosas se habían estropeado en Nueva York, ni cuando Geoffrey le había dicho que tenía que irse con él. Ni siquiera en los últimos once meses, cuando había tenido que entregar su vida a otra persona.

¿Por qué en aquel momento? ¿Por qué allí? ¿Por qué delante de la última persona que quería que la viera llorar?

Levantó la mano para cubrirse el rostro y se levantó de la cama.

–Discúlpame. Creo que me ha entrado una pestaña en el ojo –dijo dirigiéndose al cuarto de baño–. Si no te importa, me ducharé primero –añadió y sin esperar respuesta, cerró la puerta y dejó correr el grifo de la ducha.

Luego, tomó una toalla, se sentó en el suelo y la apretó contra su boca.

«No voy a llorar», se repitió una y otra vez.

Tenía los ojos húmedos y los cerró con fuerza.

«No voy a llorar».

Y, gracias a algún milagro, Della contuvo las lágrimas a raya.

En el instante en que Marcus oyó correr la cortina de la ducha, se acercó a la cómoda en la que Della había dejado su bolso. Era uno de aquellos bolsos que las mujeres llevaban en los eventos formales y en

los que apenas cabía nada por su diminuto tamaño. Pero había sitio suficiente para el carné de conducir, dinero y un teléfono móvil, además de una barra de labios, un peine, un llavero con una llave y, curiosamente, una memoria USB. No había ninguna tarjeta de crédito, algo que le pareció extraño. Eso quería decir que había pagado por la cena y por cualquier otro gasto que hubiera hecho la noche anterior en metálico. Era un hecho interesante, aunque todavía no sabía en qué medida.

Se fijó primero en el carné de conducir y vio que era del estado de Nueva York. Así que había sido sincera cuando le había dicho que era de la Costa Este, pero no le había sacado de su error al asumir que era de algún sitio de clima cálido. Otro dato interesante, aunque de nuevo no sabía en qué medida. Su nombre completo era Della Louise Hannan y tenía treinta años. De hecho, los había cumplido el día anterior. Así que la noche anterior había estado celebrando ese aniversario tan especial. El hecho de que lo estuviera celebrando a solas lo entristecía más de lo que debería.

Reparó en su domicilio, pero era una de esas calles fuera de Manhattan que no conocía.

Conocía como la palma de la mano las mejores zonas de Manhattan y había imaginado que no le costaría ubicar su dirección, probablemente en la zona de la Quinta Avenida o de Central Park. Pero aquella calle no estaba cerca de ninguna de aquellas zonas. Memorizó la dirección para seguir investigando más tarde y guardó el carné en el bolso. Luego, sacó el teléfono móvil y lo encendió.

Por desgracia, era un teléfono sencillo a cuyo menú no era fácil de acceder. Así que tuvo que esmerarse para dar con lo que estaba buscando, las llamadas enviadas y recibidas.

Después de unos minutos averiguó que todas las llamadas provenían o habían sido hechas a la misma persona: alguien identificado como Geoffrey.

El optimismo que había empezado a sentir desapareció. Geoffrey podía ser un nombre o un apellido, pero por alguna razón estaba seguro de que era un hombre. Pasó por varias pantallas más hasta que encontró su agenda de contactos y buscó en la letra g. Tenía docenas de contactos, la mayoría de mujeres, y cuando por fin dio con Geoffrey, pinchó en el nombre.

Tenía asignados dos números, uno del trabajo y el otro del móvil. El prefijo del teléfono del trabajo correspondía a Chicago y el del móvil a los suburbios. Era una revelación que a Marcus no le aclaraba nada. Mucha gente trabajaba en la ciudad y vivía en los suburbios.

Enseguida se dijo que Geoffrey podía ser un hermano, un primo o

un amigo del instituto. No había ninguna razón para pensar que era su pareja o el hombre que la mantenía.

Excepto por el hecho de que era la única persona con la que tenía contacto y probablemente la que mejor la conocía.

Pero, ¿eso era lo que esa clase de hombres hacía, no? Apartaban a la mujer a la que deseaban de sus amigos y familiares hasta que sólo podían contar con él. Fuera quien fuese ese tal Geoffrey, a Marcus cada vez le gustaba menos. Había empezado a detestar a aquel hombre en la vida de Della sin siquiera estar seguro de su existencia.

Siguió recorriendo pantallas hasta que dio con su carpeta de fotografías. No había muchas, pero las suficientes para averiguar más de ella. Había unas cuantas fotos de Della con tres mujeres más, todas ellas de la misma edad. Tardó unos minutos en darse cuenta de que una de las mujeres era Della. Llevaba el pelo corto y negro en vez de largo y rubio como ahora. ¿Para qué iba a teñirse el pelo de aquel color o llevarlo corto?

¡Mujeres!

Por el largo actual de su melena, aquellas fotos debían de tener al menos un año. En algunas de las fotos, Della y las otras mujeres iban vestidas como para trabajar y estaban sentadas ante una mesa tomando copas, como si fuera el final de la jornada laboral. Así que Della tenía un trabajo y no era una mujer de la alta sociedad. Eso no quería decir que no proviniera de una familia adinerada. Podía ser la clienta de alguna de aquellas mujeres.

Siguió revisando las fotos y por fin encontró lo que estaba buscando. Había fotos de Della, con el pelo aún corto y negro, sentada en la playa con un hombre. Era un hombre lo suficientemente maduro como para ser su padre, aunque era guapo y atractivo, además de muy rico, poderoso y casado.

Marcus adivinó aquellas cosas porque conocía a hombres como él. Trabajaba y trataba a diario con ellos. Muchos de ellos eran sus amigos. Aquél tenía que ser Geoffrey. ¿Quién iba a ser si no? No había nadie más en la agenda de Della identificado sólo con el nombre de pila más que unas cuantas amigas.

Revisó la lista de llamadas y vio que la última vez que Geoffrey la había llamado había sido hacía tres noches. La última vez que ella lo había llamado había sido la mañana del día anterior. Y antes, la mañana previa y la anterior. Al parecer, llamaba a Geoffrey cada mañana, fuera día laborable o fin de semana, y siempre alrededor de las nueve.

Fuera quien fuera Geoffrey, la estaba vigilando. Y se aseguraba de que fuera ella la que lo llamara y no al revés. Otra manera de

mantener el control sobre ella. Della no había hecho ni recibido llamadas de nadie más en los últimos tres meses. Quien fuera aquel tipo, había conseguido apartarla de su familia y amigos mucho tiempo atrás.

¿Por eso había ido a Chicago? ¿Para escapar de un amante asfixiante? Le había dicho a Marcus la noche anterior que sólo podía darle una noche. También había llamado a Geoffrey el día anterior, por lo que aquel hombre todavía formaba parte de su vida.

Miró el reloj de la mesilla. Eran las nueve menos cuarto de la mañana. En quince minutos, Della tendría que hacer su habitual llamada. Lo más probable era que no la hiciera a menos que Marcus saliera de la habitación, para evitar que la escuchara. Había pensado en ducharse después de la llamada, pero estaba pensando esperar un poco. Sería interesante saber qué pensaría Geoffrey. Quizá la llamaría. Si así era, quería comprobarlo.

No era sólo que deseara confirmar sus sospechas de que Della tuviera una relación con otro hombre. La simple idea estaba haciendo que el desayuno que acababa de tomarse le estuviera cayendo mal. Era la posibilidad de que alguien estuviera maltratándola, bien fuera emocional o físicamente, de lo que Marcus quería enterarse. Después, quería saber el nombre completo de aquel hombre y su dirección. Así, en cuanto las carreteras estuvieran despejadas, podría ir a verlo y darle un escarmiento.

Cuando la ducha dejó de sonar, apagó el teléfono y volvió a meterlo en el bolso de Della junto al resto de sus cosas. Luego, dejó el bolso en la cómoda, en la misma posición que antes. Rápidamente, tomó el periódico que les habían llevado con el desayuno y volvió a la cama, tomó su taza de café y fingió estar leyendo.

Para cuando Della salió de la ducha con el albornoz azul y la cabeza envuelta en una toalla, Marcus había conseguido contener la rabia que sentía hacia aquel tal Geoffrey.

–La ducha es toda tuya –dijo ella al acercarse a la cama.

–Gracias –dijo Marcus sin apartar la vista del periódico.

Por el rabillo del ojo la observó mirar la hora. Apenas quedaban unos minutos para las nueve. Marcus continuó con la mirada puesta en el periódico.

La inquietud de Della ante su pasividad era casi palpable. No dejaba de cambiar el peso del cuerpo de una pierna a otra.

–Deberías darte prisa. No querrás quedarte sin agua caliente. Seguramente nadie dejará el hotel hoy. Ahora mismo debe de haber poca gente usándola.

Marcus continuó atento al periódico.

–No creo que un hotel como el Ambassador fuera la clase de hotel que es si se quedara sin agua caliente para sus huéspedes. No habrá problema, no te preocupes.

–Aun así…

–Antes quiero acabar este artículo sobre… –empezó sin saber muy bien qué decir–, sí, sobre el regreso de los collares metálicos –dijo refiriéndose a un artículo de la sección de moda–. Ah, y también hay un par de artículos sobre economía que quiero leer –añadió mirando a Della y reparando en su expresión de pánico–. No es que tenga que ir a ningún sitio. Además, hace tiempo que no leo el periódico tranquilamente.

–Pero… –dijo sin acabar–. De acuerdo. Entonces, voy a secarme el pelo. Tengo un cepillo en el bolso.

Marcus asintió fingiendo estar absorto en el artículo de moda sobre los collares metálicos.

En cuanto Della se dio la vuelta, la vio sacar el cepillo y el teléfono del bolso.

Rápidamente se guardó el móvil en el bolsillo del albornoz. Cuando vio que se volvía a girar, clavó de nuevo los ojos en el periódico.

–¿Sabes una cosa? –dijo ella de pronto–. Me gusta tomar el zumo de naranja con hielo, así que voy a salir al pasillo a ver si hay máquina de hielo.

Así podría contactar con el hombre que estaba controlando su vida, pensó Marcus.

–Pídeselo al servicio de habitaciones.

–No quiero molestar por algo así. Deben de estar muy ocupados preparando los desayunos.

–Entonces –dijo Marcus dejando el periódico–, yo te traeré el hielo.

–No –dijo ella algo alterada y rápidamente forzó una sonrisa–. Empiezo a sentir claustrofobia. Un paseo me vendrá bien.

–¿En albornoz y descalza? –preguntó mirando su atuendo.

–Nadie me verá –replicó ella, dirigiéndose hacia la puerta–. Probablemente todo el mundo esté durmiendo.

–No, si, como dices, están duchándose y haciendo trabajar al servicio de habitaciones.

–Ya sabes a lo que me refiero.

–Nosotros no estamos durmiendo –señaló él.

–Sí, pero nosotros… –dijo y se detuvo rápidamente para no mencionar el motivo por el que se habían despertado tan pronto–. Quiero decir que aunque alguien me vea, ¿qué más da? Es un hotel y es domingo por la mañana. Debe de haber mucha gente en albornoz y

descalza.

No cuando hay una tormenta de nieve fuera, pensó Marcus. La única razón por la que Della y él no estaban vestidos era porque no tenían qué ponerse. Pero no dijo nada. Si seguía intentando que no dejara la habitación, ella seguiría inventándose motivos por los que necesitaba salir. Y si insistía, levantaría sospechas.

–Muy bien –dijo volviendo su atención al periódico–. No te olvides la llave.

–Por supuesto –dijo ella tomándola de la cómoda–. Enseguida vuelvo.

Si era capaz de cumplir aquella promesa, eso significaba que sus conversaciones con Geoffrey no eran muy largas. Lo suficiente para que aquel hombre se asegurara de que ella hacía lo que le exigía.

Esperó a que cerrara la puerta y entonces se dio prisa en abrirla sigilosamente, lo necesario como para verla caminar por el pasillo. Ya había sacado el móvil del bolsillo y estaba marcando con una mano, lo que suponía que seguiría viéndola cuando empezara a hablar. Esperó impaciente a que desapareciera al final del pasillo y entonces dejó el pasador metálico entre la puerta y el marco y salió tras ella.

Cuando llegó al final del pasillo se asomó y la vio pasar por una puerta que daba a las escaleras. La oía hablar por teléfono, pero el tono de su voz era tan bajo que apenas distinguía palabra. Corrió tras ella y se detuvo junto a la puerta por la que había salido. Por desgracia, apenas la oía murmurar. Giró el pomo con cuidado y abrió un poco la puerta. Estaba sentada en el primer escalón, de espaldas a él, así que abrió aún más la puerta.

–De veras, Geoffrey, estoy bien –la oyó decir–. No hace falta que vengas. Si lo intentas, te quedarás atrapado en la nieve.

Marcus trató de reconocer temor en su voz, pero parecía estar bien.

–Lo que quiero decir es que la nieve es un inconveniente –continuó Della–. Además, no sueles dejarme ir a ningún sitio.

Así que no se suponía que debía haber salido, pensó Marcus confirmando sus sospechas.

–Está semana pedí que me trajeran la compra a casa. Además, he descargado dos libros de Internet. Por cierto, gracias por la suscripción a las revistas. Has sido muy amable.

Era lo menos que aquel indeseable podía hacer, teniendo en cuenta que no la dejaba ir a parte alguna.

–¿Qué? –la oyó preguntar y a continuación reír–. No, no es eso. Es lo último que necesito. Quiero algo ligero y que me sirva de entretenimiento.

Se quedó callada, pero Marcus no supo si era porque estaba

escuchando a Geoffrey o porque no sabía qué decir. Al cabo de unos segundos, siguió hablando.

–Está bien, si quieres saberlo te diré que son *El diario de Bridget Jones* y *Orgullo y prejuicio* –hizo otra pausa y volvió a reír antes de continuar–. Sí, me encanta Colin Firth. Y a tu esposa también.

No era la clase de conversación que Marcus esperaba que tuviera con un hombre casado que la tenía como a una prisionera. Pero tampoco desvaneció sus sospechas de que Della estaba siendo controlada. Lo que más le molestó fue que había algo en su voz al hablar con Geoffrey que no tenía cuando hablaba con él. Había tranquilidad y confianza, nada de las formalidades que mostraba con él. Como si se sintiera más cómoda con aquel hombre que con Marcus. Como si Geoffrey y ella compartieran una relación basada en la confianza.

¿Qué era ese hombre para ella?

Luego, Marcus la escuchó decir algo que lo dejó helado.

–Mira, Geoffrey, ¿durante cuánto tiempo más voy a tener que vivir así? Me dijiste que sólo tendría que hacer esto durante seis meses, pero ya han pasado once. Me dijiste que si hacía todo lo que me pedíais…

¿Pedíais? ¿Geoffrey no estaba solo? ¿Formaba parte de un grupo? ¿Estaba oyendo bien?

–… que entonces quedaría libre –continuó–. Pero todavía estoy…

El hombre debió de cortarla antes de que terminara de hablar porque Della se quedó escuchando obedientemente sin decir palabra durante unos minutos. La vio llevarse la mano a la cabeza y apartarse el pelo del rostro en un gesto que denotaba nerviosismo. Asintió varias veces y se llevó la mano libre a la rodilla.

–¿Dos semanas? –dijo por fin con cierto tono de pánico–. ¿Es ése todo el tiempo que me queda?

¿Hasta qué? ¿De qué demonios estaba hablando? ¿Qué quería aquel hombre que hiciera que no parecía agradarla?

–Entonces, así será –dijo resignada–. Voy a tener que hacerlo.

¿Hacer qué, por amor de Dios?

–No, lo entiendo. Acabaré con ello. No tengo otra elección, ¿verdad? –dijo e hizo otra pausa antes de continuar–. Sé que lo prometí y mantendré mi parte del acuerdo. Es solo que… No pensé que iba a ser así, Geoffrey. No pensé que me sentiría así. Bueno, no es nada importante, no te preocupes –añadió con voz melancólica.

Marcus sintió un nudo en el estómago. Lo que ella sintiera, parecía no tener importancia. Aquel hombre la había herido tanto que Della no era capaz de darse cuenta de que aquella relación no era buena.

Aunque lo que Della tenía con ese hombre no parecía una relación, sino más bien un acuerdo. Ella misma lo había dicho. Y evidentemente no era un buen acuerdo, al menos para ella.

–Así que en dos semanas –repitió–. Tengo dos semanas para prepararme y hacerme a la idea.

Marcus no quería ni pensar para qué tenía que prepararse y mucho menos para qué tenía que hacerse a la idea.

La oyó contestar sí o no a varias preguntas más antes de prometerle llamarlo al día siguiente a la hora habitual. Luego, la oyó colgar.

Estaba a punto de soltar la puerta y volver corriendo a la habitación antes de que lo viera, pero algo lo detuvo: el sonido de sus sollozos.

Algo se retorció dentro de él. No estaba acostumbrado a ver llorar a una mujer.

Probablemente sería porque solía relacionarse con mujeres tan superficiales como él.

Evidentemente a Della le preocupaba mucho su relación, aunque fuera con el hombre equivocado.

Olvidando que aquel adjetivo era aplicable tanto a Geoffrey como a él, Marcus abrió la puerta del todo y avanzó en silencio sin saber muy bien por qué. Lo mejor para ambos habría sido volver a la habitación y fingir que no sabía nada de aquella conversación. Habría sido preferible haber pasado el resto del fin de semana fingiendo que no había nada más entre ellos hasta que hubieran tenido que separarse.

Pero al verla sentada en el escalón, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza descansando en los brazos, con los hombros temblando ligeramente, supo que no podría seguir fingiendo. Todavía tenía el móvil en la mano, pero se le cayó y empezó a llorar con más intensidad, sin molestarse en contenerse. Se dejó llevar por el llanto. Estaba tan desesperada que no se había dado cuenta de que Marcus estaba detrás de ella.

Marcus no supo qué hacer ni qué decir. Estaba allí de pie sintiéndose impotente. Su intuición le decía que se fuera antes de que lo viera, pero su conciencia le decía que hiciera algo por consolarla. Estaba sorprendido de descubrir que tuviera conciencia.

Decidió acercarse y cuando estaba a punto de poner la mano sobre su hombro, ella se dio la vuelta. Al verlo allí, abrió los ojos asustada y rápidamente se puso de pie e hizo amago de marcharse escaleras abajo. Él la tomó de la muñeca y ninguno de los dos supo qué hacer o qué decir. Durante largos segundos, permanecieron mirándose.

Finalmente, Della volvió al rellano, junto a Marcus. Él la soltó y le secó una lágrima con la mano.

Marcus no tenía ni idea de qué decir. Nunca antes le habían faltado las palabras. Él, el hombre que siempre tenía un comentario para aliviar tensiones, que podía ver el lado bueno en las más difíciles circunstancias, no sabía cómo hacer desaparecer la tensión de aquel momento.

–¿Estás bien? –dijo por fin, acariciándole el pelo mojado.

Sus ojos parecían más grandes debido a las lágrimas. Se la veía frágil y vulnerable, pero sabía que no era ninguna de aquellas dos cosas. Al darse cuenta del estado en que se había quedado después de aquella conversación con Geoffrey no pudo evitar despreciarlo aún más.

Ella asintió, pero no dijo nada. Se secó los ojos y después metió las manos en los bolsillos del albornoz.

–No tienes buen aspecto –dijo Marcus y volvió a acariciarle el pelo hasta tomarla por la nuca.

–Estoy bien –dijo sin que su voz sonara convincente.

–¿Con quién estabas hablando?

No tenía sentido fingir que no la había oído hablando por teléfono.

Antes de contestar, Della miró el teléfono en el suelo y luego a Marcus.

–¿Qué es lo que has oído?

Estuvo a punto de contestarle que había oído lo suficiente como para saber que estaba con alguien con quien no debería estar y que la estaba obligando a hacer cosas que no quería hacer. Claro que tampoco debería estar con Marcus, siendo la clase de mujer que era, con unas emociones tan intensas.

–No mucho –mintió–. Al ver que no volvías estaba preocupado, así que vine a buscarte.

–¿Tanto tiempo he tardado?

Él sonrió, incapaz de contenerse.

–¿Con quién estabas hablado, Della? –volvió a preguntar al ver que no contestaba.

–Con nadie importante.

–Era la persona que no querías que te echara de menos hoy, ¿verdad?

–Pero no de la manera…

–¿De qué manera? –preguntó Marcus.

–Déjalo estar –dijo apartándose de él para recoger el teléfono–. Mira Marcus, ¿por qué no volvemos a la habitación y nos olvidamos de esto?

Al ver que no decía nada, lo miró arqueando las cejas.

–Por favor –insistió Della.

Él se cruzó de brazos.

–No sé, Della. ¿Podemos hacerlo?

Ella apartó la mirada.

–Yo puedo hacerlo si tú también puedes.

Por alguna razón, Marcus lo dudaba. Geoffrey no parecía la clase de hombre que le dejara olvidar nada.

A pesar de eso, Marcus asintió.

–De acuerdo. Olvidemos lo que ha pasado.

–¿Me lo prometes? –preguntó ella sin mirarlo.

–Sí.

Cuando lo miró de nuevo, la expresión de tristeza había desaparecido de su rostro.

Estaba cariacontecida y algo pálida.

–Te lo agradezco.

Fue entonces, al oírla hablar con tanta formalidad, cuando se dio cuenta de que por unos instantes, se había mostrado tan familiar con él como con el hombre de teléfono. Pero de nuevo se mostraba reservada.

Al estudiarla, se dio cuenta de que incluso su actitud lo evidenciaba. De nuevo, estaban fingiendo y debería sentirse aliviado por ello.

Sin embargo, por alguna razón, era Marcus el que quería llorar en aquel momento.

Capítulo Seis

Cuando volvieron a la habitación, Della no pudo evitar reparar en que el ambiente se había vuelto más lúgubre. Se dirigió directamente a la ventana y al descorrer las cortinas, sus temores se vieron confirmados. No lo habría creído posible, pero los copos de nieve caían más gruesos y más rápido que cuando se había despertado.

Nunca iba a salir de allí.

Pero, ¿qué más le daba? No tenía nada que la esperara fuera de allí excepto una casa en un barrio aburrido de los suburbios de Chicago lleno de familias anodinas. La zona había sido elegida precisamente por ser común y corriente. Della llevaba once meses viviendo allí y era incapaz de reconocer a sus vecinos. Era el último lugar donde quería estar y en el que alguien la buscaría.

Claro que ésa era precisamente la idea.

Lo peor era que le habían prohibido expresamente relacionarse con nadie y poner un pie fuera a menos que fuera inevitable y siempre, con el permiso previo de Geoffrey. Hasta el momento, no había encontrado motivos inevitables para hacerlo. De ahí que se hubiera escapado varias veces de la casa para evitar volverse loca.

Por desconcertante que fuera estar allí atrapada con Marcus hasta el día siguiente como pronto, en parte estaba encantada ante la perspectiva. Nunca antes se había sentido tan libre y desinhibida como con él. Apenas se había reconocido esa mañana. Nunca en su vida se había comportado con un hombre del modo en que se había comportado con él. No sólo porque nunca hubiera practicado sexo con alguien a quien acabara de conocer, sino por la clase de sexo que habían practicado. No había hecho cosas con otros hombres como las que había hecho con Marcus la noche anterior. Con él, no se sentía tímida ni reticente.

Seguramente porque él tampoco. Al contrario, Marcus había sabido pedir exactamente lo que quería a la vez que había sido generoso al entregarse a ella.

Algo cálido y efervescente bullía en su interior, una extraña mezcla de deseo, contención y satisfacción. Lo había sentido toda la noche mientras hacían el amor, cuando sus cuerpos estaban húmedos y entrelazados. Pero en aquel momento, Marcus estaba al otro lado de la habitación y la conversación que habían tenido en las escaleras no había sido agradable.

Seguía sintiendo lo mismo sólo por el hecho de que estaba en la misma habitación que él, consciente de que no iba a dejarla todavía.

Pero entonces, ¿por qué tenía tantas ganas de irse?

Quizá porque sabía que aquello no duraría para siempre y no veía

motivos para alargarlo. Cuanto más durara, más difícil resultaría para ambos separarse. Y pronto tendrían que separarse. La fantasía en la que habían participado la noche anterior tenía que haber terminado ya. Tenían que haberse ido antes de amanecer, antes de que la luz del día creara sombras en lo que habían compartido.

Ambos tenían obligaciones que no afectaban al otro, Della con Geoffrey y Marcus con la mujer sin rostro por la que parecía sentir algo. La posibilidad de incluir a alguien nuevo en su vida era imposible. Además, Della no estaba en aquel momento en posición de convertirse en ese alguien nuevo para él.

Della se apartó de la ventana y se preguntó qué habría escuchado de su conversación con Geoffrey mientras lo observaba servirse otra taza de café. Intentó recordar si había dicho algo que diera alguna pista de lo que había sido su vida, pero estaba segura de que nunca imaginaría la verdad, porque la verdad superaba la ficción.

De repente, él levantó la vista y al verla mirándolo, levantó la taza.

–¿Quieres que te sirva café?

Era una pregunta convencional de un hombre que parecía estar viviendo una típica mañana más en su vida. Pero Della sentía una fuerza que emanaba de él y que recorría toda la habitación, y no era convencional ni típica. Era fría y distante y estaba segura de que era el resultado de la conversación que habían tenido en las escaleras.

¿Pasarían de ese modo el resto del tiempo que les quedaba juntos? Confiaba en que no fuera así. Tenían que recuperar la magia como fuera, aunque fuese por un rato. Tenía que encontrar algún tema de conversación que fuera relajante.

–Sí –dijo ella, aunque su estómago era incapaz de tomar nada–. Por favor.

Della se acercó al carrito del desayuno y se quedó cerca de Marcus mientras le servía el café. Tenía manos fuertes y largos dedos. Por sus manos, nunca habría imaginado que trabajara en una agencia de corredores de bolsa. Parecían las manos de alguien que hacía otras cosas que no fueran apretar las teclas de un ordenador o de un teléfono móvil.

–¿Practicas algún deporte? –preguntó precipitadamente.

La miró sorprendido al darle la taza de café.

–Pensé que no querías saber nada de mí –respondió él.

Así era. Ya sabía más de lo que quería saber. Pero tampoco pasaba nada por saber más.

–He cambiado de opinión.

–Juego tres veces a la semana al squash, con otro… –se detuvo como si hubiera estado a punto de revelar algo que no quería que ella

supiese–, con un compañero –dijo y dio un sorbo a su café–. ¿Por qué lo preguntas?

–Por tus manos. Tienes unas manos fuertes, Marcus. No parecen las manos de alguien que trabaje en una oficina.

Los ojos de Marcus se oscurecieron al oír aquello y ella recordó que había otras cosas que sus manos hacían muy bien. Se dio la vuelta y empezó a caminar con piernas temblorosas. Pero cuando se dio cuenta de que iba hacia la cama, rápidamente cambió de dirección hacia las dos butacas que había junto a la ventana.

–Sigue nevando –dijo ella al sentarse–. Quizá más fuerte que antes.

Marcus se acercó a la ventana y apartó la cortina unos segundos antes de volver a soltarla.

–Creo que podríamos encender la televisión a ver qué están diciendo los chicos del tiempo sobre cuánto va a durar.

–Podíamos hacerlo.

Pero ninguno de los dos lo hizo. Se miraron expectantes, como si esperaran que el otro lo hiciera. Della sabía por qué no quería hacerlo y se preguntó si los motivos de él serían los mismos.

Finalmente, Marcus se sentó en la otra butaca y dejó la taza en la mesa. Cruzó las piernas, apoyó un codo en el reposabrazos y la barbilla sobre su mano.

–¿Quién es Geoffrey? –preguntó mirándola a los ojos.

Della sintió como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. Evidentemente había escuchado la conversación. No sabía cómo iba a explicar a Marcus su relación con Geoffrey. No podía ser imprecisa en algo como aquello.

Se dijo que no tenía que contarle nada a Marcus. Ni la verdad ni una mentira: nada.

Podía decirle que no era asunto suyo, recordarle su acuerdo de no hablar de cosas personales, a pesar de que lo habían incumplido varias veces, y cambiar de conversación.

Pero se sorprendió al darse cuenta de que quería contarle quién era Geoffrey y todas las cosas que habían pasado antes de conocerlo. Quería explicarle a Marcus todo aquel desastre que había comenzado el día de fin de año, de los meses de miedo e incertidumbre que habían seguido hasta conocerlo en Palumbo's. Quería contarle lo insegura e intranquila que se sentía desde hacía once meses y lo sola y desesperada que estaba.

Al menos hasta su encuentro con él en Palumbo's. En aquel momento se dio cuenta de que había dejado de tener aquellas sensaciones desde que había conocido a Marcus. Por primera vez en once meses, y quizá en toda su vida, se sentía libre de ansiedades y

tranquila.

Había pasado las últimas doce horas en una burbuja de plenitud, en donde nada podía causarle dolor. Y todo por un hombre cuyo apellido desconocía.

Pero eso tampoco podía decírselo.

No podía decir nada. Había hecho un voto de silencio sobre lo que había ocurrido en Nueva York y le habían dicho que si revelaba algo a alguien, podría estropearlo todo.

Entonces, los últimos once meses de vida oculta y soledad no habrían servido para nada.

Dos semanas, se dijo. Ése era el tiempo que Geoffrey le había pedido que esperara. En quince días todo se descubriría y saldría a la luz, y Della se libraría de todos ellos: de Geoffrey, de Egan Collingwood, de su jefe el señor Nathanson y de todos sus compañeros en Whitworth and Stone. Y aunque esa libertad supusiera perder todo lo que tenía en ese momento y empezar de nuevo en otra parte, aunque supusiera convertirse en una nueva persona, al menos acabaría con todo aquello. Estaría a salvo y sería libre. Tan solo tenía que esperar dos semanas más.

Abrió la boca para decirle a Marcus que Geoffrey no era asunto suyo y cambiar de tema.

–Bueno, olvidemos el episodio de las escaleras. Me lo has prometido –dijo.

–He hecho muchas promesas desde que te conozco –le recordó–. Y muchas no las he cumplido. Deberías saber eso sobre mí. Se me da bien hacer promesas, pero muy mal cumplirlas.

Ella asintió.

–Es bueno saberlo.

–Eso no me convierte en alguien terrible. Tan solo me convierte en alguien más humano.

Era una buena advertencia, pensó Della. Su comentario acerca de que no podía cumplir las promesas no hacía más que darle la razón de por qué no podía contarle nada de ella. Tal vez se convirtiera en tema de conversación en la siguiente fiesta a la que asistiera y la historia llegara a alguien que tuviera conexión con la vida de la que estaba intentando escapar. No porque fuera una mala persona, como él había dicho, sino porque era humano. Y

eso era algo de lo que Della había aprendido a desconfiar.

–Entonces, ¿quién es él, Della?

Ella se quedó pensativa y volvió a recordar las razones que tenía para no contarle a Marcus la verdad. Pero de repente, escuchó sus propias palabras.

–Geoffrey es un hombre que… –dijo y suspiró antes de continuar–, digamos que cuida de mí.

Marcus no dijo nada y se limitó a asentir lentamente. Parecía que lo hubiera entendido, pero era imposible puesto que había muchas cosas que Della todavía no entendía.

–Quieres decir que eres su amante –dijo Marcus dándolo por sentado–. Está bien, Della. Soy un hombre adulto. Puedes contármelo.

Tardó unos segundos en comprender lo que acababa de decir. Marcus pensaba que Geoffrey y ella tenían una relación sexual. Asumía que era un rico benefactor que le daba dinero y regalos a cambio de favores sexuales.

Debería haberse sentido insultada. Sin embargo, quiso reír. Porque comparado con su situación, su suposición era encantadoramente inocente.

Si fuera la amante de Geoffrey, su vida sería mucho más fácil. Pero en primer lugar, estaba casado. En segundo lugar, era lo suficientemente mayor como para ser su padre. En tercer lugar, parecía sacado de una serie de televisión de los años sesenta. Y por último, no había manera de que pudiera permitirse una amante teniendo dos hijos en la universidad y una hija a punto de casarse. Después de todo, los federales no eran los agentes mejor pagados.

Marcus debió de pensar que estaba ofendida ante su falta de respuesta.

–Mira, Della, a mí no me importa –continuó–. Soy la última persona que juzgaría el modo en que otra persona vive su vida. Tu situación no me parece horrible, ni mala, si sucia, ni vergonzosa, ni…

Marcus pareció darse cuenta de lo poco acertado de sus comentarios y sacudió la cabeza como si intentara aclararse las ideas.

–Además, yo mismo he mantenido a alguna mujer en el pasado –dijo y a Della le dio la impresión de que estaba a punto de ofrecerle ese puesto a ella–. Lo que intento decir es que no cambia mi opinión de ti. A veces, para sobrevivir en este mundo, la gente recurre a métodos poco convencionales. Eso no los convierte en peores personas que los demás.

Algunas veces son mejores que alguna gente que no ha tenido que luchar para abrirse camino en la vida, porque son… supervivientes. Eso es lo que hacen, sobrevivir. Eso es lo que tú eres también. Eres poco convencional y te estás abriendo paso en el mundo. Estás sobreviviendo.

Eres…

–No soy la amante de nadie –dijo interrumpiéndolo–. Así no es cómo Geoffrey me cuida, Marcus. No tenemos una relación sexual.

Geoffrey es su apellido. Ni siquiera lo llamo por su nombre de pila.

El alivio de Marcus era casi palpable. Della habría estallado en risas si no hubiera sido porque tenía razón en una cosa: estaba sobreviviendo. Y dependía de la presencia de Geoffrey en su vida para conseguirlo.

Della no podía contarle detalles a Marcus de lo que había pasado en Nueva York ni del hecho de que fuera testigo en un caso federal que afectaba a su antigua empresa de Wall Street, Whitworth and Stone, y a su anterior jefe, Donald Nathanson. Especialmente ahora que sabía que Marcus trabajaba para Fallon Brothers. No sería extraño que conociera a gente de su empresa y que se moviera en los mismos círculos. No temía que lo comentara con alguien, puesto que nadie sabía todavía que los federales estaban trabajando en el caso.

Respecto a Whitworth and Stone, la razón que Della alegaba para dejar de trabajar allí había sido por motivos personales que podían interferir en el desempeño de su trabajo. Después de todo, Egan había sido uno de los ejecutivos de Whitworth and Stone.

No tenía manera de saber cómo reaccionaría Marcus cuando supiera que Della, en su puesto de asistente de uno de los vicepresidentes de la compañía, había descubierto que blanqueaban dinero para grupos extranjeros y desviaban fondos gubernamentales. No podía contarle que había estado sacando expedientes durante dos semanas ni que había acudido al FBI con lo que había descubierto, ni cómo la habían puesto inmediatamente bajo custodia y la habían sacado de Nueva York para mantenerla oculta hasta la fecha del juicio. No podía decirle que había estado escondida durante once meses mientras los federales trabajaban en el caso.

Menos aún podía contarle que, una vez se celebrara el juicio, lo más probable fuera que ingresara en el programa de protección de testigos como medida de seguridad. Aunque su vida no había sido amenazada y ninguno de los delitos era violento, ser una chivata no era algo que se valorara. Iba a resultarle imposible volver a encontrar trabajo en el mundo financiero.

Y, aunque no fuera lo más probable, no había garantías de que no hubiera represalias contra ella. Algunos de los grupos para los que Whitworth and Stone había desviado fondos, habían hecho cosas terribles en otras partes del mundo. Lo mejor para ella sería empezar en otra parte como si fuera otra persona, con una nueva identidad y una nueva vida. Un lugar donde nadie conociera su nombre verdadero y donde no hubiera posibilidad de que fuera descubierta.

Un lugar completamente apartado del centro de atención en el que Marcus vivía. Lo último que Della necesitaba era que alguien la viera

con él y la reconociera. Y sería peor aún que la reconocieran después de declarar y de que mucha gente poderosa acabara entre rejas.

En definitiva, lo que tenía con Marcus no podía durar más allá de aquel fin de semana.

Él nunca renunciaría al estiloso modo de vida que llevaba. Y ella era una mujer que tenía que evitar llamar la atención a toda costa.

–Bueno, si Geoffrey no es tu… benefactor –dijo Marcus–, entonces, ¿quién es? ¿Un familiar? –¿Por qué quieres saberlo? ¿Qué más da? Una vez deje de nevar, tú y yo no vamos nunca a…

–Sólo quiero saberlo, Della.

–Pero, ¿por qué?

–Quizá porque rompiste a llorar nada más hablar con ese hombre.

Sí, aquello también había sorprendido a Della. Pero por alguna razón, después de la charla que había tenido con Geoffrey aquella mañana, había empezado a darse cuenta de lo sola que estaba. Geoffrey había sido su único enlace con el mundo exterior durante once meses, al menos hasta que había conocido a Marcus, y las conversaciones que había tenido con él nunca habían durado más que lo suficiente para decirle que estaba bien. Siempre quería charlar más, puesto que no tenía a nadie con quien hacerlo. Pero todas las veces, Geoffrey zanjaba la conversación porque no había motivo para alargarla, sobre todo en fines de semana, cuando estaba con su familia. Geoffrey siempre tenía cosas que hacer, sitios a los que ir y gente a la que ver después de colgar. Y Della siempre tenía que seguir esperando, a solas.

Pero aquella mañana, después de colgar, se había dado cuenta de que no tenía que volver a su soledad. Esa mañana, tenía a Marcus esperándola, alguien con quien hablar, con quien compartir el desayuno, con quien estar y a quien acariciar al menos por un tiempo. Y la idea de tener aquella relación, aunque fuera temporal y superficial, hacía que le resultara más difícil separarse de él. Por eso no había podido reprimir las lágrimas.

Volvió a sentir que las lágrimas amenazaban de nuevo y apartó aquellos pensamientos a un rincón de su cabeza.

–Tampoco es un familiar –dijo.

–Entonces, ¿cómo y por qué te está cuidando?

Della dejó escapar un suspiro de desesperación.

–Ya te he dicho que es complicado.

Él sacudió la cabeza.

–Las instrucciones para armar una cabeza nuclear son complicadas –dijo él–. ¿La vida?

No tanto.

Ella esbozó una sonrisa.

–Créeme, Marcus. Mi vida ahora mismo es muy complicada.

–¿En qué sentido?

No podía decírselo, ni siquiera darle una pista. Si no tuviera el trabajo que tenía…

Quizá si no fuera un millonario pendiente del pulso del mundo financiero… Si fuera un hombre corriente, con un trabajo corriente, que no entendiera los entresijos de Wall Street…

Aun así, no podía contarle nada.

–Tuve que dejar el sitio de la Costa Este del que provengo porque… Me metí en algunos líos.

Él ni se inmutó.

–¿Hiciste algo ilegal?

–No –le aseguró–. No es eso. Pero, sin pretenderlo, me vi envuelta en… en algo que no estaba bien. Así que Geoffrey me buscó un sitio en el que quedarme hasta que las cosas se calmen. Le llamo todos los días para que sepa que estoy bien.

–Eso suena complicado –dijo Marcus–. Por no decir peligroso.

Della abrió la boca para contradecirlo, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo sin mentirle. Las posibilidades de que estuviera en peligro eran escasas. La principal razón por la que los federales querían mantenerla oculta era para que nadie en Whitworth and Stone supiera que estaban siendo investigados. También para que Della no se echara atrás después de prometer declarar.

–Peligroso, no –dijo–. Ellos sólo quieren estar seguros.

–¿Ellos? ¿A quién te refieres? –preguntó Marcus–. ¿A la policía?

Della sacudió la cabeza, pero no dio más detalles. Técnicamente, no era la policía la que la custodiaba.

–Entonces, ¿quién? –insistió Marcus.

–No puedo contarte nada más –dijo–. Lo que te he contado es para que sepas quién es Geoffrey. No tengo ninguna relación con él.

Marcus se quedó pensativo unos segundos.

–¿Tienes alguna relación con alguien?

Debería decirle que sí, hacerle creer que tenía una relación con alguien que significaba mucho para ella. Quizá eso hiciera más sencillo el momento de separarse. Si Marcus pensaba que volvía a casa junto a otro hombre y la creía lo suficiente superficial como para acostarse con él estando con otro, quizá le resultara más fácil olvidarse de ella.

Algo que le gustaría poder hacer.

Pero en vez de mentir, su maldita sinceridad volvió a aflorar.

–No hay nadie –dijo–. No lo ha habido desde hace mucho tiempo.

Della suponía que quizá por eso la noche anterior se había entregado tan fácil y rápidamente a Marcus. Era la primera persona con la que tenía contacto cara a cara desde hacía meses. Era la primera persona con la que conversaba, con la que se había reído y que la había acariciado. Había pasado mucho tiempo sin una de las necesidades más básicas del ser humano: el contacto con otro. Las personas necesitaban estar con otras personas para sentirse completas y hacía mucho tiempo que Della no tenía eso.

Marcus se quedó mirándola pensativamente.

–Entonces, si no es un problema legal, ¿qué clase de problema es?

–No puedo contarte más de lo que ya te he dicho, Marcus.

–¿Por qué no?

–Porque… es complicado.

Marcus arrastró la silla hasta quedarse frente a ella y se sentó tan cerca que sus rodillas se tocaron. Luego, tomó sus manos entre las suyas.

–Escucha, es probable que pueda ayudarte. Conozco a mucha gente en la Costa Este, buenos amigos, gente en la que confío y que puede mover los hilos. Algunos me deben favores. De otros, sé algunas cosas que no querrían que se hicieran públicas y que estarían encantados de hacerme algún favor.

–Esos no me parecen amigos.

–Puede que no, pero confío en que harán lo que les pida. Muchos de ellos son gente con influencias. Conocen a gente que conoce a otra gente que puede hacer cosas.

Era precisamente esa red de gente que conocían a otra gente de lo que Della tenía miedo. Marcus podía acercarla sin querer a las personas que estaban siendo investigadas.

Podían incluso ser sus amigos. Eran como él, ricos, poderosos y disfrutaban de un estatus social que no querían abandonar. Trabajaban en el mismo sector. Quizá ni siquiera quisiera ayudarla si se enteraba de qué iba todo aquello.

–No puedes ayudarme –dijo–. Te agradezco el ofrecimiento, Marcus, pero no puedes.

–¿Cómo lo sabes?

–Simplemente lo sé.

Marcus se quedó mirándola de nuevo.

–Es porque no confías en mí, porque acabas de conocerme y no sabes nada de mí. Pero eso no tiene que ser el caso, Della. Yo…

–No es eso.

Para su sorpresa, era cierto. Confiaba en Marcus, a pesar de acabar de conocerlo. Sabía más de él en una noche de lo que sabía de muchas

personas de Nueva York a las que hacía años que conocía. Pero el dinero hacía que la gente hiciera cosas extrañas, cosas malas. Y

millones de dólares hacían que la gente hiciera cosas desesperadas.

–Tiene que haber algo que pueda hacer, Della –insistió–. No me agrada la idea de que tengas problemas.

Incapaz de contenerse, se inclinó hacia delante y lo tomó por la barbilla.

–Eres un hombre bueno, Marcus. Y es un detalle que me quieras ayudar. Pero esto es un asunto mío. Con el tiempo, las cosas mejorarán, pero ahora…

No terminó la frase porque quería olvidar. Tan solo le quedaba un día y una noche con Marcus en aquella habitación de hotel, en la que nada de fuera podía afectarles. De momento, sólo quería pensar en eso.

Él tomó su mano y la giró para besarla en el centro de la palma. Aquel gesto le resultó muy cálido y tierno.

–Tiene que haber algo que pueda hacer para ayudar –dijo de nuevo–. Por favor, Della, dime qué puedo hacer.

Ella le acarició el pelo, antes de recorrer con la mano su frente, su mejilla y sus labios.

–Puedes hacerme el amor otra vez –dijo suavemente–. Puedes abrazarme y acariciarme y decirme cosas sin sentido que ambos sabemos que no son ciertas fuera de esta habitación.

Hazme sentir querida y deseada. Hazme olvidar que hay más cosas en el mundo, además de nosotros. Haz eso y yo…

Se detuvo antes de decirle que le amaría para siempre.

Él sonrió, pero su expresión era apagada. El deseo oscurecía su mirada.

–Bueno, si insistes…

Capítulo Siete

Sin pensárselo dos veces, Marcus se inclinó y cubrió la boca de Della con la suya, mientras deslizaba la mano por el escote del albornoz para acariciar sus hombros desnudos.

Su piel olía bien tras la ducha que se acababa de dar, y estaba cálida. Recorrió su clavícula hasta la base del cuello antes de tomarla por la nuca y hundir los dedos en su pelo húmedo.

Deseó dejarlos enredados allí para siempre. Nunca se cansaría de acariciarla.

Della pareció leer sus pensamientos porque se llevó las manos al nudo del cinturón del albornoz y lo deshizo antes de tomar su rostro entre las manos. Animado por su invitación silenciosa, Marcus dejó caer la mano, acariciando con los nudillos la piel sensible de sus pechos. Della dejó escapar un suspiro al sentir que tomaba uno de sus pechos y abrió la boca incitándole a continuar.

El último pensamiento coherente de Marcus fue que estaba reaccionando de la misma manera que la noche anterior, entregándose a ella con la misma rapidez e intensidad y sobrepasando las demás sensaciones. En el instante en que la tocaba, todo lo demás parecía dejar de existir. Sólo había ansia y pasión, deseo y demanda, todo guiado por una insaciable satisfacción.

Della parecía entenderlo, quizá porque sentía lo mismo. De repente, estaba soltándole el cinturón del albornoz y deslizando sus manos por debajo para explorarlo. Por unos instantes sus dedos temblaron, pero enseguida se recuperó. Lo siguiente que vio Marcus fue que se arrodillaba frente a ella, con una mano sobre su muslo y la otra sobre su pene.

A punto estuvo de estallar al sentir su contacto. Cerró los ojos y respiró hondo mientras ella lo acariciaba suavemente. Durante largos segundos, Della continuó dándole placer de aquella manera, haciendo que su corazón latiera con fuerza y su sangre hirviera al ritmo de la pasión que sentía. Y al sentir el pene en su boca…

Cuando hundió los dedos en la melena de Della, ella debió de adivinar lo cerca que estaba de alcanzar el orgasmo porque se puso de pie, lo tomó de la mano y lo llevó hasta la cama. Le quitó el albornoz y lo empujó sobre la cama. Él se dejó hacer, observándola con gran interés mientras ella también se desprendía del albornoz. Luego, bajó las manos hasta sus caderas y se arrodilló por detrás. Acarició su espalda y lentamente la penetró. Después, se echó sobre ella hasta que apoyó el pecho sobre su espalda. Tomó sus pechos entre las manos y acarició sus pezones, haciéndola gemir de satisfacción. A continuación se apartó lentamente y volvió a embestirla.

Della gritó al sentir que la penetraba y se aferró a la sábana. Marcus volvió a empujar, provocándole una respuesta ardiente, erótica y ansiosa. ¿Qué otra cosa podía hacer Marcus más que obedecerla? Nunca antes había estado con una mujer tan desinhibida. Della dirigía a la vez que se rendía de una manera como ninguna otra había hecho. Lo rodeó con las piernas por la cintura, rogándole que la tomara una y otra vez. Hicieron el amor de rodillas, sentados y de pie. Alcanzaron el éxtasis a la vez, dejándose llevar por las sacudidas de sus orgasmos.

Después, se relajaron. Marcus se sentó en una silla y ella sobre su regazo. Ninguno de los dos era capaz de articular palabra. Della apoyó la mano sobre el pecho de Marcus y él la imitó, sintiendo que su corazón latía tan rápido como el suyo. Lentamente sus ritmos volvieron a la normalidad. Al menos por el momento. Marcus sospechó que no pasaría demasiado tiempo antes de que sus deseos volvieran a arrastrarlos otra vez.

Pero había habido algo diferente esta vez al hacer el amor. Marcus no sabía qué era o lo que implicaba, pero ahí estaba. Sí, el sexo había sido ardiente, intenso y carnal. Sí, ambos se habían dejado llevar por una incontrolable pasión. Sí, habían dicho y hecho cosas que no harían con otras parejas.

Pero había habido algo más que Marcus no había tenido con otras mujeres. No sólo una falta de inhibición, sino una falta de temor. Como si llegar al orgasmo a la vez que Della fuera una reacción natural a los sentimientos que desde hacía tanto tiempo albergaba. No conocía otra manera de describirlo, a pesar de que hacía horas que se conocían. Por algún motivo, el sexo con Della le parecía algo adecuado. Como si todo lo demás hasta el momento hubiera sido un ensayo. Por alguna razón, Della le parecía adecuada. Como si todas las mujeres que había habido antes hubieran sido una manera de practicar. Significaba algo, estaba seguro. Si al menos pudiera saber el qué…

***

En cuanto se despertó, a pesar de que estaba oscuro en la habitación del hotel, Marcus supo que se había ido. Aún se percibía su olor en la almohada y las sábanas seguían calientes en donde había estado tumbada. Quizá había sido el sonido al cerrar la puerta del hotel lo que lo había despertado. Tal vez si se daba prisa podía pillarla antes de que tomara el ascensor o incluso en el vestíbulo, antes de que abandonara el edificio.

Pero a pesar de que aquellos pensamientos saltaban con rapidez en su mente, sabía que ninguno de ellos era cierto. Porque ningún sonido lo había despertado. Lo que lo había despertado había sido la alerta, aún en un nivel de subconsciencia, de que Della se había ido y de que estaba irrevocablemente solo.

Se revolvió en la cama y se frotó los ojos. La soledad era un estado que le resultaba familiar, pero nunca la había sentido así. Nunca le había importado vivir, comer, trabajar o hacer cualquier otra cosa solo. Al contrario, siempre había preferido su propia compañía a la de los demás. Excepto por Charlotte, pero porque era una persona solitaria. Nunca había sentido que tuviera nada en común con otros. Cuando quería compañía, le resultaba fácil encontrarla. Siempre había alguien a quien llamar o algún sitio al que ir y en el que, en cuestión de minutos, podía estar acompañado.

Pero aquella mañana, la soledad no le agradaba. La ausencia de Della lo asfixiaba.

Se levantó, se puso el albornoz y se acercó a la ventana. A través de la luz de la luna que se filtraba por las cortinas, vio un trozo de papel en la mesa que había entre las sillas en las que habían estado sentados unas horas antes. Sintió que se le encogía el pecho al acercarse, pensando que era una nota de ella. Pero era el papel en el que le había escrito su número de teléfono el día anterior. Se lo había dejado. Posiblemente era su manera de decirle que no se pondría en contacto con él.

Le había dicho que había tenido problemas en Nueva York. No podía imaginarse qué clase de problemas podía tener una mujer como ella. Pero si Della decía que tenía problemas, tenía que ser cierto. Y si decía que no podía ayudarla…

Quizá se equivocara.

Marcus arrugó el papel y lo tiró a la mesa. Luego, apartó la cortina. El cielo estaba oscuro y las estrellas brillaban con intensidad. Sin importarle el frío, abrió la ventana y contempló la avenida Michigan. Nunca antes había visto la calle tan desierta, a pesar de que las máquinas quitanieves ya habían pasado. Aun así, era complicado salir fuera y probablemente seguiría siendo así hasta que saliera el sol.

Por alguna razón, Marcus miró a la derecha y vio las luces rojas de la parte trasera de un coche al doblar la esquina. Estaba seguro de que era el taxi de Della.

Lo único que sabía de ella era su nombre.

Nunca antes se había sentido tan bien por su falta de educación como en aquel momento. Si no hubiera hurgado en su bolso, no tendría nada más que su nombre de pila.

Bueno, eso y un fin de semana inolvidable. Ahora, había otra razón por la que no lo olvidaría ya que sabía dónde encontrar a Della Hannan. Quizá no en Chicago, pero sí en Nueva York, y eso valía su peso en oro, suponiendo que conociera a las personas adecuadas.

Y sin duda alguna, Marcus conocía a las personas adecuadas.

Al empezar a sentir frío, cerró la ventana y se metió en la habitación. Al pasar junto a la silla, tomó su chaqueta. Luego se sentó en el borde de la cama y sacó su teléfono del bolsillo interior. Della y él habían apagado sus teléfonos móviles al poco de llegar a la habitación y habían prometido mantenerlos apagados. Así lo había hecho él. Ahora que su breve encuentro había acabado, volvió a encenderlo. Una docena de mensajes lo aguardaban. No les hizo caso y fue directamente a la agenda a buscar el único número que en aquel momento le interesaba: el de un detective privado que había usado varias veces para asuntos de trabajo.

Apretó el botón de llamada y al tercer timbre, una voz contestó al otro extremo.

–Damien, soy Marcus Fallon –dijo y le dio unos segundos al hombre para que su cerebro trabajara, especialmente teniendo en cuenta la hora de la noche que era.

–Ah, sí –dijo Damien por fin–. ¿Qué necesita?

–Necesito sus servicios para un asunto algo diferente a los que le suelo encargar.

–No hay problema.

–Tengo un nombre, una descripción y una antigua dirección de Nueva York. Con eso,

¿puede encontrar a una persona que actualmente está viviendo en Chicago?

–Claro.

–¿Puede hacerlo pronto?

–Depende.

–¿De qué? –preguntó Marcus.

–De lo mucho que esa persona quiera que lo encuentren.

–¿Y si soy yo el que está deseando encontrarla?

Hicieron falta unos segundos para entender el significado de aquellas palabras.

–¿Tan difícil es? –preguntó Damien.

Marcus se relajó. Aquello era lo que mejor hacía en el mundo. Bueno, eso y lo que había estado haciendo todo el fin de semana con Della. Hizo amago de encender la luz, pero cayó en la cuenta de que lo único que vería sería una habitación vacía.

–Mire, lleguemos a un acuerdo.

Della había sido obligada a separarse de muchas cosas en su vida. Al marcharse de su viejo barrio con dieciocho años, había tenido que dejar a su familia, a sus amigos y su hogar.

También había dejado atrás empleos, oficinas y amistades al escalar profesionalmente. Se había labrado una nueva vida en Manhattan. Y en breve, tendría que dejar todo lo que había llegado a serle familiar en Chicago.

Pero nada le resultaría tan doloroso como separarse del vestido de terciopelo de Carolina Herrera y de los zapatos de Dolce & Gabbana, además de los pendientes y el collar de Bulgari y el abrigo de seda de Valentino. Y no sólo porque fueran bonitos y caros, sino porque eran los únicos recuerdos que tenía del tiempo que había pasado con Marcus.

Eran los únicos recuerdos materiales, puesto que se había dejado el papel que le había dado con todos sus números de teléfono. Se odiaba por ello a pesar de haberlos memorizado.

Habría estado bien quedarse con algo que él hubiera tocado, algo tan personal como una nota manuscrita.

¿Desde cuándo se había convertido en una sentimental? Nunca en su vida había querido tener un recuerdo personal de alguien, ni siquiera de Egan Collingwood.

Probablemente eso quería decir algo, pero se negaba a adivinar el qué.

Además, tenía otros recuerdos de Marcus, pensó mientras observaba a Ava Brenner, la dueña de la tienda de ropa de alquiler, tomar nota de la devolución de lo alquilado. Eran unos recuerdos que la acompañarían de por vida: la manera en que Marcus había acariciado el tallo de la copa de champán, cómo sus ojos marrones brillaban cuando reía, cómo la nieve había cubierto su pelo en la terraza, su voz ronca junto a su oído al hacer el amor…

Pero lo que más iba a recordar era lo guapo que lo había visto dormido en la cama antes de salir de la habitación. Estaba tumbado de lado, con el brazo estirado sobre su lado del colchón y bañado con la luz de la luna que se colaba por la ventana. Tenía el pelo revuelto y su expresión era relajada. Parecía contento, feliz, como si hubiera descubierto la respuesta a algún antiguo dilema.

Había intentado dejarle una nota, poner por escrito lo que tanto deseaba decirle. Pero al darse cuenta de qué era lo que quería decirle, había roto el papel y había guardado los pedazos en el diminuto bolso que en ese momento estaba entre Ava y ella. Los sentimientos que había empezado a sentir por él eran una tontería, algo imposible. No sólo porque hiciera cuarenta y ocho horas que lo conocía, sino porque

Della no era de la clase de mujer que se enamoraba. El amor era para soñadores y ella no lo era.

–Aquí tiene –dijo Ava después de tomar nota de todo–. Firme aquí como que todo lo devuelve en buen estado y le devolveré el depósito.

–Pero se lo he devuelto más tarde de lo acordado –dijo Della–. Tenía que habérselo traído el domingo, no el lunes.

Ava agitó la mano en el aire.

–Se suponía que tenía que haber estado aquí ayer domingo, pero la madre naturaleza tenía otros planes para nosotras, ¿no? Así que no importa que lo haya traído hoy lunes.

Además, le agradezco que haya venido tan pronto.

Sí, así era Della, siempre en el momento perfecto, especialmente cuando tenía que ver con algo que podía trastocar su vida. Si hubiera tardado cinco minutos más en encontrarse con Egan en Nochevieja, no lo habría visto con la mujer que era su esposa. Si hubiera llegado a la oficina diez minutos más tarde aquel día de Año Nuevo, no habría visto aquella nota de su jefe que había desencadenado todo. Todavía seguiría llevando la misma vida en Nueva York. Aunque hubiera descubierto que Egan estaba casado e incluso si hubiera dejado su empleo, habría encontrado otro en Wall Street enseguida. Todavía estaría tomado café a diario en el puesto de Vijay y disfrutando de los sábados en Central Park e incluso yendo a la ópera de vez en cuando.

Y nunca habría conocido a Marcus.

No sabía si eso era bueno o malo. Se solía decir que era mejor haber amado y haber perdido que no haber amado nunca, pero no estaba segura de que así fuera. Quizá era mejor no saber lo que uno se perdía. Claro que no estaba enamorada de Marcus, pero aun así…

–¿Le gustó *La Bohème,* señorita Hannan? –preguntó Ava.

Della volvió de sus pensamientos y sonrió.

–Fue maravilloso –contestó–. No recuerdo la última velada en la que disfruté tanto.

Ni todo lo demás que le siguió.

–Nunca he estado en la ópera –dijo Ava–. Y mucho menos en un evento de alfombra roja como un estreno. Ha debido de ser emocionante ver a esa gran compañía en un entorno tan fantástico y con todo el mundo luciendo sus mejores galas.

Aquel comentario sorprendió a Della, aunque no sabía muy bien por qué. Había mucha gente, sobre todo de la edad de Ava, a la que le daba igual la ópera. Era el comentario de la alfombra roja y el tono de burla que había empleado. Había un inequívoco aire de refinamiento en Ava que indicaba que debía moverse en la clase de círculo social que promovía la asistencia a la ópera y a los eventos de alfombra roja,

pero a la que le daba igual los magníficos decorados y vestuarios.

En las dos ocasiones en que había visto a Ava, la mujer rebosaba elegancia y buena educación, algo que se adivinaba en su atuendo. Ese día llevaba un traje marrón perfectamente entallado con botones de perlas y como única joya un par de pendientes de diamantes que debían de haberle costado una fortuna. Tenía el pelo recogido en un moño y sus ojos verdes transmitían inteligencia y sofisticación.

Observándola desde el otro lado del mostrador, Della fue consciente más que nunca de sus orígenes humildes. Aunque iba vestida con unos pantalones marrones y un jersey claro de cachemir bajo su abrigo marrón oscuro, se sentía una impostora. Ava Brenner provenía de la clase de entorno adinerado que Della siempre tenía que fingir y al que nunca había pertenecido.

Una vez más se preguntó por qué una mujer como aquélla llevaba una tienda así.

Probablemente era lo suficientemente rica como para no tener que trabajar, pero allí había estado el sábado por la tarde cuando Della había ido a recoger la ropa y allí estaba el lunes a primera hora de la mañana. Por alguna razón, Della se fijó en sus manos. No llevaba ninguna alianza ni ningún anillo y no pudo evitar preguntarse si Ava había estado alguna vez enamorada.

Della apartó aquel pensamiento. Mujeres como Ava podían elegir y tener al hombre que quisieran por pareja. Era guapa, lista, exitosa y tenía estilo. Una vez se fijara en un hombre, él caería rendido a sus pies. Él la amaría para siempre y la convertiría en el centro de su universo. No se la imaginaba teniendo una aventura de una noche con un hombre al que no fuera a ver jamás.

–Bueno –dijo Ava, mientras le devolvía el depósito–. Espero que se acuerde de mi tienda la próxima vez que tenga que estar impecable.

Esa próxima vez iba a ser en dos semanas, cuando Della tuviera que declarar ante un jurado. Aunque para entonces, había pensado ponerse uno de los trajes que usaba para trabajar en su vida anterior. Quizá en su nueva vida…

Apartó aquel pensamiento también. Su nueva vida estaría a kilómetros de Chicago. Y

había pocas probabilidades de que fuera a necesitar alta costura. No necesitaría ropa más que para trabajar, puesto que tendría que buscar un nuevo empleo y empezar de cero. Iba a pasar mucho tiempo hasta que pudiera llevar la clase de vida que llevaba en Nueva York.

Incluso pasaría más tiempo antes de que confiara en un hombre lo suficiente como para tener una relación con él.

«Ése había sido el caso con Marcus. Te diste mucha prisa en

acercarte a él y confiaste lo suficiente como para acostarte con él», dijo una voz en su cabeza.

Pero Marcus era diferente. Había sido una aventura de una noche. Era fácil confiar en alguien a quien no iba a volver a ver.

«¿De veras? ¿Es eso lo que quieres creer?», preguntó la voz.

Por supuesto que sí, contestó Della a la voz.

«Muy bien, pero sabes que te estás engañando».

Della decidió ignorar aquella voz de su interior.

–Tenga cuidado ahí fuera –le dijo Ava, sacándola de sus pensamientos–. Aunque haya dejado de nevar, las aceras todavía están resbaladizas, y podría caerse y hacerse daño.

No hacía falta que la advirtiera de eso.

–No se preocupe –dijo–. Tendré cuidado.

Por supuesto que lo tendría. Llevaba toda la vida cuidándose ella sola y eso no iba a cambiar por el hecho de que llevase una nueva vida. Teniendo en cuenta, además, que no iba a haber ningún Marcus en su futuro. Los hombres como él sólo aparecían una vez en la vida.

Era imposible que un hombre como él se presentara dos veces.

En dos semanas, Della empezaría una nueva vida en la que de nuevo estaría sola.

Aunque lo cierto era que siempre lo había estado, puesto que Egan nunca había formado parte de su vida del modo en que debería haberlo hecho.

Sólo había habido una vez en la que había sentido que compartía su vida con alguien.

Y ese alguien era una persona a la que nunca volvería a ver.

Capítulo Ocho

Nueve días después de devolver el vestido rojo, Della todavía intentaba volver a su vida habitual. Le era imposible volver a su rutina ya que los recuerdos de Marcus no hacían más que asaltar sus pensamientos. La casa refugio que le habían proporcionado los federales era una casa típica de clase media: muebles en colores neutros y tejidos sintéticos, paredes blancas y piezas de decoración compradas en cualquier mercadillo. La falta de personalidad de la casa había contribuido a que Della se sintiera prisionera allí y esa sensación se había incrementado desde que se separara de Marcus. El puñado de días que le quedaban allí, se le estaban haciendo eternos.

Y tenía más miedo que antes ante la incertidumbre de su futuro. Antes, se había sentido preparada para afrontar la vida ella sola y segura de que se las arreglaría. Pero ahora sabía lo que habría ocurrido en otras y mejores circunstancias. Todo habría sido maravilloso, porque él era maravilloso. Ningún otro hombre le haría sombra.

Suspiró. Ahí estaba de nuevo, ocupando sus pensamientos. Trató de convencerse de que la única razón por la que pensaba que era tan maravilloso era porque sabía muy poco de él. Cualquiera podía ser maravilloso durante treinta y seis horas encerrado en una habitación sin nadie mirando. El tiempo que había pasado con él había sido una fantasía. Él era una fantasía. Ambos habían estado interpretando el papel del amante perfecto. Una vez fuera de la habitación del hotel, quizá fuera la misma clase de hombre que Egan había resultado ser.

¿Por qué estaba tan segura de que Marcus no había mentido acerca de todo durante el fin de semana? Le había dicho que la mujer a la que había estado esperando había salido de su vida, pero ¿y si lo había dicho sólo para seducir a Della? ¿Por qué creer que había sido sincero y honesto cuando ella no lo había sido? Una vez supiera más de él, una vez descubriera la clase de persona que realmente era…

Pero, ¿cómo iba a hacerlo si no iba a verlo nunca más, cuando ni siquiera sabía su nombre? Siempre sería una fantasía para ella y, a medida que pasara el tiempo, se convertiría en un amante legendario, en un hombre estupendo y entonces, nunca podría enamorarse de alguien compatible con ella.

Enseguida se le ocurrió una manera de contrarrestar esa posibilidad, aunque no era la primera vez que aquella idea asaltaba su cabeza. Rápidamente se fue al ordenador que tenía en su habitación.

Quizá no supiera el apellido de Marcus, pero sabía dónde trabajaba: en Fallon Brothers. Aunque esa compañía debía de tener miles de empleados en todo el país, Marcus no era un nombre común

y podía limitar la búsqueda a Chicago. Él mismo le había contado que aparecía en un montón de páginas web, así que podría encontrarlo si buscaba en Internet su nombre unido a Fallon Brothers y Chicago. Quizá si aparecía en varias páginas web junto a mujeres atractivas y en situaciones comprometidas, podría darse cuenta de que no era la clase de hombre que quería en su vida. Si conseguía verlo en su habitual estado de desenfreno, sería más fácil olvidarlo.

¿Qué daño podría causarle? Nunca más volvería a verlo. Nunca podría dar con ella por mucho que lo intentara. En cuestión de días, sería engullida por el sistema con un nuevo nombre, dirección y número de identidad. Entonces, sería muy difícil para él encontrarla.

Al meterse en la cama y encender el ordenador portátil, Della sintió que los latidos de su corazón se aceleraban y que se le encogía el estómago de los nervios. No sabía qué esperaba encontrar. No estaba segura de qué era lo que le afectaba más, si la idea de averiguar más acerca de Marcus o de volver a ver su rostro otra vez, aunque fuera en una foto en Internet.

Abrió la página de un buscador y pulsó la opción de imágenes antes de escribir las palabras Marcus, Chicago y Fallon Brothers entre comillas. En un abrir y cerrar de ojos tuvo delante las tres primeras líneas de una página que anunciaba cientos de imágenes. Marcus aparecía en algunas de ellas, a veces solo, pero en la mayoría acompañado de mujeres, todas ellas atractivas y sonrientes.

Al mover la mano para pasar el dedo por el ratón, Della se dio cuenta de que estaba temblando. Toda ella estaba temblando y no sabía por qué. Quizá fuera porque al verlo era consciente de que el fin de semana que habían compartido había sido real. Desde ese momento en adelante, estuviera donde estuviese e hiciera lo que hiciera, sería capaz de dar con él. Tendría fotos reales de él, además de las que tenía mentalmente. No sería algo efímero como había temido, sino que podría tenerlo para siempre.

Cerró los dedos para relajarse y eligió una foto de Marcus. Era un retrato posado y formal, seguramente tomado para fines profesionales. Tal vez fuera de la página web de Fallon Brothers. Al pasar el cursor por encima, la fotografía se hizo más grande y apareció una descripción que lo identificaba como Marcus Fallon, Director General de Inversiones de Fallon Brothers Chicago.

Las manos de Della empezaron a temblar de nuevo y sintió náuseas.

Marcus Fallon. Era miembro de la familia Fallon y uno de los más altos ejecutivos de la compañía. Debería haber adivinado que tenía buenas conexiones en los negocios. No hacía falta verlo en el club

Windsor para darse cuenta de que tenía buenos ingresos. Era descendiente de las personas que habían diseñado el modo en que se hacían los negocios en el país. Sus antecesores habían sido el equivalente a la realeza en la sociedad capitalista. Por ello, a todos los efectos, era un príncipe.

Recordó cuando le dijo que tenía amigos con contactos en la Costa Este que podían ayudarla y su corazón se encogió de nuevo. Esos amigos probablemente fueran de su mismo rango en el distrito financiero de Nueva York. Era posible que algunos de ellos trabajaran en Whitworth and Stone. No le sorprendería que esos amigos acabaran en la cárcel por culpa de ella. Habría querido ayudarla hasta que hubiera sabido la clase de lío en el que estaba metida.

Entonces, habría descolgado el teléfono inmediatamente y habría llamado a todo aquél que estuviera en peligro.

Cualquier pequeña esperanza que Della pudiera aún albergar acerca de que Marcus y ella todavía tenían una posibilidad se desvaneció. En cuanto declarara ante el gran jurado, sería una exiliada del mundo financiero. No importaba que estuviera sacando a la luz actividades ilegales que tenían que cesar y ser castigadas. Nadie en Wall Street iba a aplaudirla y todas las puertas se le cerrarían. La gente como Marcus, al igual que el propio Marcus, no querría saber nada de ella. Iba a hacer caer a gente muy poderosa y eso era algo que a los poderosos no les gustaba, especialmente cuando era un don nadie el que lo provocaba.

Incapaz de contenerse, Della picó en el enlace y se quedó mirando una versión en gran tamaño de la foto de Marcus. Era la foto de la página web de Fallon Brothers, en la que se explicaba que era el mayor de los bisnietos de uno de los fundadores y que en un futuro cercano ocuparía el puesto de presidente sustituyendo a su padre. También se detallaban sus aficiones y sus pasatiempos favoritos. Ya sabía de la ópera, el squash y el oporto, pero la vela y el polo fueron toda una sorpresa. Había estudiado en los mejores colegios del país. Era una versión organizada del Marcus que conocía y no le resultaba especialmente de ayuda.

Regresó a la página del buscador y empezó a picar en otras fotos. Había una de Marcus con una antigua Miss Illinois tomada en la fiesta de Nochevieja del año anterior. Ésa debía de ser la época en la que el mundo de Della había empezado a venirse abajo. En otra, se le veía junto a una atractiva pelirroja en un acto benéfico para un hospital infantil. Había una más en la que aparecía en la cubierta de un yate, con el lago Michigan al fondo y una rubia muy guapa sentada sobre su regazo. La siguiente era una instantánea tomada sobre una alfombra

roja con una mujer que se parecía mucho a una estrella de Hollywood conocida por mostrarse en público sin ropa interior.

Así era como tenía que recordarlo, se dijo Della. Aquellas fotos habían sido tomadas con pocos meses de diferencia y en cada una de ellas estaba con una mujer distinta. Tenía que dejar de pensar en él como en un príncipe azul y empezar a asumir el hecho de que era otro millonario que se aprovechaba de todo aquel que se cruzaba en su camino. Seguramente, en lo único en lo que pensaba era en disfrutar de su vida. Habría dejado de pensar en ella nada más despertarse y descubrir que se había ido.

No era el príncipe azul de un castillo mágico en una tierra encantada. Era un enorme sapo proveniente de un asqueroso pantano. Cuanto antes se olvidara de él, mejor.

Se repitió lo mismo cada vez que vio una foto nueva. Pero no pudo hacerlo. Recordó su sonrisa y sus suaves caricias, y la expresión de tristeza en sus ojos al hablar de la mujer que no lo había acompañado aquella noche. Aquél era el verdadero Marcus Fallon. Quizá no fuera un príncipe azul, pero desde luego, no era ningún sapo.

Tan solo esperaba que, estuviera donde estuviera, la recordara también con cariño.

Marcus se sentó en el despacho de su ático de Lakeshore Drive, con la bata negra de seda abierta sobre los pantalones del pijama. Estaba disfrutando de una copa de oporto y revisando un puñado de documentos que le habían enviado aquella tarde. Detrás de la enorme cristalera que tenía a su derecha se veía el lago Michigan tan oscuro como el cielo.

Tan solo había algunos puntos de luz de los barcos que en aquel momento estaban navegando.

Sin embargo, no se fijó en la vista, acomodado como estaba en una butaca. En aquella habitación destacaban los tonos ámbar, desde la tapicería de la butaca hasta los dorados y oros de la alfombra, pasando por las esculturas de bronce sobre las estanterías. A Marcus le gustaban los colores cálidos. Le hacían sentirse tranquilo.

Pero esa noche, no estaba tranquilo. El sobre que pensaba que vendría lleno de información sobre Della Louise Hannan de Nueva York apenas contenía unos cuantos datos.

Eso no hacía que la información fuera menos interesante, especialmente la relativa a que hubiera trabajado en Whitworth and Stone, una de las compañías más importantes de Wall Street. Marcus conocía a unas cuantas personas que trabajaban allí. Al día siguiente, tan pronto empezara la jornada laboral en la Costa Este, haría unas cuantas llamadas.

No le sería de mucha ayuda la información que pudiera obtener puesto que hacía un año que ya no trabajaba allí. De hecho, Della Hannan había desaparecido del mapa a mediados de enero y se había dejado ver poco desde entonces. El apartamento en el que vivía estaba alquilado desde marzo a un matrimonio. Se había alquilado amueblado porque Della había dejado allí todas sus pertenencias y el propietario se las había quedado alegando que no había cumplido los términos del contrato. Había dejado el trabajo precipitadamente, dejando de acudir a su puesto de un día para otro.

Lo que era todavía más extraño era que nadie había denunciado su repentina desaparición. Ni su familia, ni ninguna amiga o vecina, ni su jefe… Tampoco había ningún expediente policial, ninguna queja de su casero, ni nada en su expediente de Whitworth and Stone sobre por qué había dejado de acudir al trabajo después de más de una década sin faltar ni un solo día.

Sí que había rumores de lo que podía haber pasado. Se decía que había estado saliendo con un ejecutivo de otro departamento que había resultado ser un hombre casado. Si Della había sabido que estaba casado, no quedaba muy claro. O bien lo había sabido y se había enfadado ante la negativa del hombre a dejar a su esposa o no lo había sabido y se había marchado al descubrir la verdad. En cualquier caso, aquella aventura parecía ser la razón que todo el mundo mencionaba para haber dejado de trabajar allí.

Era una explicación razonable, incluso podía ser el motivo por el que habría dejado Nueva York. Excepto porque era una neoyorquina que no tenía familia ni amigos en otra parte del país a los que acudir en busca de ayuda. Además, tampoco había empezado a trabajar en otro sitio ni había hecho nada desde aquel dieciséis de enero. No había solicitado el carné de conducir de ningún otro estado, ni había usado sus tarjetas de crédito ni sus cuentas bancarias. Su teléfono móvil había sido dado de baja al no haber pagado las facturas, a pesar de disponer de dinero en sus cuentas.

Los pensamientos de Marcus se detuvieron ahí un momento. Recordaba haber revisado la información de su teléfono móvil en el hotel, sus fotos y los números que aún tenía en la memoria a pesar de que no había llamado a ninguno de ellos. Era evidente que estaba usando un número diferente al que le habían dado de baja, pero ¿por qué no había constancia de que hubiera solicitado un número nuevo? Aunque hubiera solicitado que no figurara en el listín telefónico, Damien habría sido capaz de averiguarlo. ¿Por qué no lo había hecho?

¿Por qué había pasado toda su agenda de contactos del teléfono viejo al nuevo? Estaba claro que quería guardarla a pesar de no estar

usándola. Marcus se arrepintió por no haber obtenido el número de su teléfono cuando pudo hacerlo. Claro que había tenido que darse prisa para ver las fotos que había descubierto. Si hubiera conseguido su número, las cosas habrían sido mucho más fáciles.

Siguió leyendo el informe del detective. Marcus podía haberse cuestionado si la mujer que había conocido era Della Hannan si no hubiera sido por las fotografías que contenía el expediente con toda la información. Tenía la foto de su tarjeta de identificación de Whitworth and Stone, además de las del anuario del instituto y las de sus anteriores carnés de conducir.

La mujer que había conocido era sin duda alguna la misma que en aquellas fotos, solo que aparecía con el pelo más oscuro y corto, como en las imágenes que había visto en su teléfono móvil.

Había cambiado su aspecto después de desaparecer, pero no su nombre. Tampoco el detective había encontrado pruebas de que usase algún alias. Así que había pocas probabilidades de que fuese una estafadora y muchas de que fuese cierto lo que le había dicho acerca de tener problemas. En el expediente también había información sobre la vida previa de Della que corroboraba lo que le había contado. Había detalles sobre los dos hermanos que le había dicho que tenía, uno mayor y el otro menor que ella. Lo que no había mencionado era que provenía de un conocido barrio conflictivo y no de un entorno adinerado.

Al final del informe, había una nota manuscrita de Damien: *La única razón por la que alguien desaparece así de la faz de la tierra es porque está en manos de los federales. O porque está evitando a los federales y se aprovecha de la ayuda de alguna red. Tengo un amigo que trabaja para el gobierno y que me debe un favor. Le avisaré en cuanto sepa algo.*

Marcus se llevó la copa a los labios, pero el licor apenas hizo nada por calmar sus pensamientos confusos. Así que los problemas que había tenido Della en Nueva York eran delictivos después de todo. ¿Qué habría ocurrido? ¿Estaría ayudando a las autoridades o escondiéndose de ellas?

¿Quién demonios era? Por un lado, ahora le parecía una desconocida. Por otro, la sentía más cercana que nunca.

Pero, ¿cómo y por qué había desaparecido no una sino dos veces? Porque había vuelto a desaparecer otra vez. Damien no había podido encontrar ninguna pista acerca de dónde estaba viviendo en Chicago, cuánto tiempo llevaba allí o cuándo planeaba marcharse. La propia Della había dicho que estaba metida en un lío. Tanto si estaba colaborando como si se estaba ocultando, debía de ser algo bastante

serio para haberse vuelto tan invisible.

Cerró la carpeta y se volvió a llevar la copa a los labios. Esta vez estaba vacía. Sonrió y dejó la carpeta y la copa en un extremo de la mesa, y luego se levantó. Comenzó a caminar, pero se detuvo y volvió a por la copa para dejarla en el lavavajillas antes de irse a la cama.

También tomó el informe y volvió a abrirlo. Sacó la foto de la tarjeta de identificación de Whitworth and Stone. En ella aparecía seria, sin maquillaje y con el pelo corto peinado hacia atrás. No tenía el mismo aspecto que cuando había estado con él. Incluso después de quitarse el maquillaje, seguía estando guapa. Incluso ante el contratiempo de la nieve, seguía estando feliz.

Y él también.

Fue entonces cuando Marcus comenzó a entender su obsesión por encontrarla. No porque fuera una misteriosa mujer de rojo en la que no pudiera dejar de pensar, sino porque en el tiempo que había pasado con ella, había sido realmente feliz. No sabía bien por qué, cuándo o cómo, pero de lo que estaba seguro era de que se sentía diferente con Della. Del mismo modo en que Charlotte había entrado en su vida siendo un adolescente y le había mostrado cómo encontrar satisfacción en uno mismo, Della había entrado en su vida siendo adulto y le había enseñado a encontrar satisfacción junto a otra persona.

Compartir era algo que nunca había tenido. Había compartido su vida con Charlotte mientras vivió y eso había hecho que su vida fuera mucho mejor. Con Della, se había entregado y se había convertido en mejor persona. Se había quedado triste desde la muerte de Charlotte, no sólo por su muerte sino por el vacío que su ausencia había traído a su vida.

Durante el fin de semana que había compartido con Della, ese vacío se había vuelto a llenar.

El hueco que había dejado Charlotte había empezado a cerrarse. La herida había empezado a sanar. Con Della, Marcus había vuelto a sentir. Y los sentimientos que tenía…

Hizo amago de volver a guardar la foto, pero se detuvo. Después de dejar la copa en la cocina, se llevó todo a su habitación. Dejó la foto de Della en la cómoda, delante de la lámpara. Aunque la mujer que aparecía en ella no se parecía a la que recordaba, le gustaba tenerla en su casa. Y le gustaba mucho.

Capítulo Nueve

Dos noches después de encontrar información de Marcus en Internet, Della todavía tenía cabos sueltos de lo que había pasado y de todo lo que estaba por llegar. La locura que había temido que se desencadenaría tras el anuncio de los arrestos en Whitworth and Stone en la prensa había sido bastante contenida. Geoffrey le había dicho que no era de extrañar puesto que cuando se trataba de gente tan rica y poderosa, era fácil para sus abogados controlar la información que se facilitaba a la prensa. No sería hasta después de comparecer ante el gran jurado, cuando se presentaran las pruebas en las que se basaban los cargos, cuando la tormenta mediática estallaría. Geoffrey le había asegurado que para cuando eso ocurriera, Della estaría instalada en su nueva vida en otra parte, lejos de las repercusiones.

Escondida de todo.

Pero se estaba esforzando en no pensar en eso todavía. Era viernes por la noche, víspera de su último fin de semana en Chicago. El lunes volvería a Nueva York y el martes comparecería ante el gran jurado. En una semana aproximadamente, habría dejado su vida para comenzar una nueva.

Una semana. Eso era todo lo que le quedaba a Della Hannan. Después…

Necesitaba tomar una copa de vino.

Se puso el pijama, se sirvió una copa de vino tinto y tomó el libro que había llegado esa mañana por correo. Estaba acomodándose en una silla del comedor cuando sonó el timbre de la puerta. El sonido la sobresaltó y derramó el vino sobre el libro y el pijama, dejando una mancha roja en el centro de su pecho.

Nadie antes había llamado al timbre de aquella casa en la que estaba oculta. Ni siquiera Geoffrey en las pocas ocasiones en las que la había visitado. Siempre la avisaba antes de ir y cuando llegaba, llamaba con los nudillos antes de decir su nombre.

No tenía ni idea de quién estaba al otro lado de la puerta. De lo que estaba segura era de que no era Geoffrey. Podía ser alguien que se hubiera equivocado de dirección. Podían ser niños del vecindario gastándole una broma a la extraña vecina que nunca salía de casa. Podía ser cualquiera de aquellas posibilidades, pero lo dudaba.

Cerró el libro sigilosamente y lo dejó junto a la copa de vino, sobre la mesa, antes de levantarse. El timbre volvió a sonar. Se dio prisa en llegar a su habitación, tomó el teléfono y marcó el teléfono de la casa de Geoffrey, sin llegar a hacer la llamada. Si era el repartidor de pizza que se había equivocado, no quería molestar a Geoffrey por nada.

El timbre sonó por tercera vez cuando estaba llegando al salón.

Esta vez sonaron también unos golpes en la puerta. Como cada noche, las cortinas estaban echadas y no había luces encendidas en la habitación. Della sujetó con fuerza el teléfono móvil en una mano mientras se detenía frente a la puerta. Luego, llevó la otra mano al interruptor de la luz y se acercó a la mirilla para ver quién estaba al otro lado de la puerta.

Aquella oscura figura podía ser cualquiera. Debió de sentir su cercanía porque al apartarse, la llamó.

–¿Della? ¿Estás en casa? Déjame pasar. Tenemos que hablar.

La voz profunda de Marcus la sobresaltó incluso más que el timbre. El teléfono se le cayó de la mano al suelo. El corazón empezó a latirle con fuerza y la cabeza a dar vueltas.

¿Cómo la había encontrado? ¿Por qué estaba allí? Si la había encontrado, ¿sabía alguien más que estaba allí? ¿Pondría en peligro el caso por estar allí? ¿Llegarían tan lejos los federales como para arrestar a Marcus para mantenerlo también a él oculto?

¿Qué debería hacer?

–¿Della? –volvió a llamarla–. ¿Estás ahí?

¿Cómo la había encontrado? ¿Por qué la había encontrado? Si sabía dónde vivía,

¿sabría también todo lo demás que había pasado?

¿Qué debería hacer?

En vez de asustarse, una extraña corriente de calma la invadió a pesar de todas las preguntas, de toda la confusión y de todos los miedos y recelos que sentía. Aunque no sabía qué debía hacer, sí sabía lo que quería hacer.

La cadena estaba echada, como de costumbre, e, ignorando el teléfono en el suelo, Della abrió los tres cerrojos. Estaba demasiado oscuro fuera para poder ver a Marcus con claridad, pero la ausencia de luz la tranquilizaba. Si no lo podía ver bien, él tampoco la vería a ella. Pero no era por una cuestión de vanidad, por estar en pijama, sin maquillaje y con el pelo recogido en una coleta. Era porque sabía que Marcus no podía ver a la verdadera Della Hannan de aquella manera. Confiaba en que la siguiera recordando como una fantasía.

–¿Della? –dijo de nuevo.

No parecía seguro de haberla encontrado.

–Hola, Marcus –fue todo lo que pudo decir a modo de respuesta.

Al oír su saludo pareció relajarse.

–¿De veras eres tú?

Su comentario no invitaba a responder, así que Della no dijo nada. Lo cierto era que no sabía qué decir. Si Marcus sabía que estaba allí, también debería conocer los motivos. Los federales la habían

mantenido oculta allí durante once meses sin problemas. Y en menos de dos semanas, Marcus había dado con ella, teniendo como único dato su nombre de pila.

Debía de saber todo lo que había pasado hasta la fecha.

Durante largos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Ni siquiera se atrevieron a mover un músculo. El frío viento del invierno sopló tras él, haciendo que su abrigo se agitara alrededor de las piernas y que se le revolviera el pelo. Aunque en la oscuridad no distinguía sus facciones, recordaba el elegante perfil de su rostro. El viento volvió a soplar y le trajo la fragancia que tan bien recordaba. Al olerlo de nuevo, volvió a sentir ansiedad y deseo. Estaba deseando descorrer la cadena, abrir de par en par la puerta y darle la bienvenida a su casa y a su vida.

Pero no podía hacerlo. No era la mujer que pensaba que era. Quizá él tampoco fuera el hombre que ella pensaba que era. E incluso aunque ambos fueran lo que el otro quería, en cuestión de días, Della cambiaría a una vida de la que Marcus no formaría parte. Su nueva vida sería serena y discreta. La vida de él era intensa y ajetreada. Sus vidas eran tan distintas que nunca podrían cruzarse.

–¿Puedo pasar? –preguntó él.

–No –respondió ella rápidamente.

–Della, por favor, tenemos que hablar.

–Estamos hablando.

–No, sólo estamos guardando las formas.

–Entonces, empieza a hablar.

–Hace frío. Déjame pasar.

Tenía razón. Sentía que se le estaban congelando los dedos de los pies. Además, se había dejado la bata en la otra habitación.

Además, estaba deseando volver a verlo de cerca y bajo una buena luz. Quería estar cerca de él para sentir su calor y disfrutar de su olor. Y quería creer otra vez, aunque tan solo fuera por un rato, que nada en su vida volvería a ir mal.

Incapaz de detenerse, cerró la puerta, descorrió la cadena y volvió a abrir. Marcus no entró inmediatamente. En vez de eso, se quedó en el umbral esperando que ella hiciera alguna señal.

–A menos que seas un vampiro, no necesitas una invitación formal.

–Me gusta que me inviten –dijo él después de unos segundos.

Della recordó la noche en el club, cómo se había sentado en su mesa sin preguntar y cómo había tomado la iniciativa desde ese momento. No había dejado de mostrarse seguro durante aquella noche de hacía dos semanas. Pero esa noche, era como si estuviera tan inseguro acerca de todo como ella. Por alguna razón, eso la hacía

sentirse más segura.

–¿Quieres entrar? –preguntó ella.

Él asintió y avanzó unos pasos. Al apartarse para dejarlo pasar, su pie golpeó el teléfono en el suelo lanzándolo al otro lado del vestíbulo. Della se agachó para recogerlo, mientras Marcus cerraba la puerta. En aquella oscuridad, seguía sin adivinar lo que él estaba sintiendo o pensando, así que lo condujo al cuarto de estar. Mientras caminaba, se quitó la goma del pelo y se lo atusó. No había nada que pudiera hacer con respecto al pijama, así que se cruzó de brazos para ocultar la mancha de vino y se dijo que aquella postura no era para ponerse a la defensiva.

–Siéntate –dijo, señalándole el sofá mientras ella se sentaba en una silla.

Pero Marcus no se sentó. Se quedó de pie, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, mirándola.

Estaba muy guapo. Lo veía diferente a la última vez, pero a la vez había algo que no había cambiado. Lo había visto vestido con esmoquin y con albornoz, y en aquel momento estaba a medio camino entre ambos. Llevaba unos pantalones grises a juego con un jersey y un abrigo negros. De la manera en que había entrado desde la oscuridad, lo había encontrado tan irresistible como la primera vez que lo había visto. Pero la expresión de su mirada era de ansiedad. Llevaba el pelo revuelto y lucía una barba de días. Su aspecto era tenso y fatigado a la vez. Parecía un hombre muy preocupado.

Al ver que no se sentaba, Della se puso de pie automáticamente.

–¿Quieres vino? –preguntó–. Acabo de abrir una botella de vino tinto. Va bien en una noche como ésta. Te traeré una copa.

Sin esperar respuesta, tomó su copa y se dirigió a la cocina para buscar otra. Su cabeza empezó a dar vueltas, analizando las repercusiones de su visita. ¿Por qué le había dejado entrar? ¿Por qué no había llamado a Geoffrey nada más oír los golpes en la puerta? ¿Y si no hubiera sido Marcus?

Cuando se dio la vuelta para volver al cuarto de estar, lo vio bajo el marco de la puerta de la cocina. Se había quitado el abrigo y se había pasado la mano por el pelo, pero se le veía tan intranquilo como ella. Bajo su escrutinio, Della apartó la vista, dejó las copas en la encimera y se sentó a la mesa. Marcus tomó la silla que había junto a ella y se sentó tan cerca que sus muslos se rozaron. Durante unos segundos, ninguno de los dos habló. Tampoco se miraron ni se movieron. Finalmente, incapaz de soportar por más tiempo el silencio, Della tomó la iniciativa.

–¿Cómo me has encontrado?

Marcus se quedó mirando la mesa y acarició la madera con un dedo.

–Tengo buenos contactos –dijo por fin.

–Nadie tiene contactos tan buenos, Marcus. Llevo once meses aquí sin que nadie lo sepa. Todo lo que tenías era mi nombre y te las has arreglado para encontrarme dos semanas después de que…

Se detuvo al ver que sus mejillas se ruborizaban. Aquel rubor no estaba al llegar, así que no podía ser como consecuencia del frío. Eso quería decir que había dicho algo que lo había hecho sentir incómodo. Al ver que había dejado de hablar, la miró y cuando vio que tenía los ojos fijos en él, volvió a apartar la mirada.

–Marcus, ¿cómo me has encontrado si sólo sabías mi nombre de pila?

–Sí, bueno, lo cierto es que sabía algo más que tu nombre –respondió sin mirarla–. Me tomé la libertad de revisar tu bolso mientras estabas en la ducha y conseguí tu apellido y tu dirección del carné de conducir.

Della cerró los ojos. ¿Cómo había podido ser tan descuidada? Nunca salía de la casa sin su carné de conducir por si tenía un accidente. La idea de morir sin ser identificada la atormentaba. Sabía que debía usar dinero en metálico en vez de sus tarjetas de crédito para evitar tener que identificarse y el teléfono que le había entregado Geoffrey no podía ser rastreado.

El hecho de que no se le hubiera ocurrido ser prudente mientras estaba con Marcus, era otra prueba más de la confianza que había puesto en él.

–Así que tenía más datos aparte de tu nombre para darle a… a mi contacto –confesó Marcus.

–La dirección que figura en mi carné de conducir no es la actual –dijo–. Hace más de un año que dejé de vivir en Nueva York.

–Lo sé. Pero con tu nombre y apellido y tu última dirección conocida, el hombre al que le encargué dar contigo pudo hacerlo.

Della tardó unos segundos en asimilar aquello. Habría sido así de fácil para cualquiera dar con ella. Geoffrey le había dicho a Della que a todos los acusados se les había informado durante los interrogatorios que había un testigo en custodia deseoso de testificar contra ellos.

Y que había documentos que ese testigo había obtenido que corroboraban los cargos contra ellos.

Después de enterarse de aquello, no había podido dormir ni comer bien, pensando que alguien en Whitworth and Stone pudiera pensar que era ella la testigo protegida, al caer en la cuenta de que había desaparecido durante la investigación.

Pero nadie lo había hecho o, si alguien lo había hecho, no la había localizado, excepto Marcus. Entonces recordó que Marcus formaba parte de aquel mundo al que iba a dejar patas arriba. ¿Y si estaba allí por el motivo que más temía?

No, se dijo enseguida. A pesar de todo, confiaba en él. A pesar de todo… sentía algo por él.

–¿Contrataste a alguien para que diera conmigo?

–Sí –contestó él sin vacilar.

–¿Por qué?

Esta vez su respuesta no fue tan rápida.

–Porque no podía soportar la idea de no volver a verte.

El nudo que Della sentía en el estómago comenzó a aflojarse al oír aquellas palabras, hasta que recordó lo imposible que era para ellos estar juntos.

Marcus fue a decir algo más, pero Della se lo impidió, alzando la mano para detenerlo.

–¿Qué sabes de mis problemas? Me refiero a que la persona que contrataste ha debido descubrir mucha otra información sobre mí.

Marcus se quedó contrariado al ver que cambiaba el tema de conversación.

–Sé que estás bajo la custodia de los federales. Sé que eres testigo en un caso federal.

Pero no he pedido más detalles salvo tu dirección actual.

Ella sacudió la cabeza.

–Sigo sin creer que me hayas encontrado con tanta facilidad. Si no, ¿qué clase de trabajo están haciendo los federales?

–No me ha sido fácil encontrarte –replicó Marcus–. El detective privado que siempre uso para conseguir la información que necesito suele facilitármela en menos de cuarenta y ocho horas.

–¿Aunque sea información protegida?

–No hay nada infalible, Della. Mi hombre trabajó para el gobierno. Puede encontrar cosas que otros no pueden porque sigue teniendo contactos en las altas esferas.

–Debe costar una fortuna –murmuró ella.

–Así es.

Se tomó unos segundos para recrearse en la idea de que Marcus se había gastado una fortuna para encontrarla, pero enseguida volvió a ponerse seria al pensar en cómo había dado con ella.

–Pero esta vez ha tardado más de lo habitual y todavía no ha conseguido información de todo lo que le he pedido.

No sabía a qué información se refería Marcus, pero decidió no decir nada que pudiera comprometer el juicio de la semana siguiente.

No podía soportar la idea de que todo por lo que había tenido que pasar en los últimos once meses, pudiera acabar en nada.

Claro que sin los últimos once meses, nunca habría disfrutado de aquel fin de semana con Marcus. Así que pasara lo que pasase en el futuro, aquellos tediosos e interminables meses nunca habrían sido inútiles.

–Escucha, Marcus, no puedo darte detalles sobre el asunto en el que estoy metida. Ni siquiera sé si tu presencia aquí va a estropearlo todo. Basta decir que un día estaba haciendo mi trabajo y llevando una vida normal y al siguiente descubrí que la compañía para la que trabajaba estaba haciendo algo ilegal y decidí denunciarlo a las autoridades. Lo siguiente fue que me dijeron que no podía volver al trabajo y que me iban a poner bajo custodia mientras el Gobierno se encargaba de la investigación. Me dijeron que serían seis meses y ya van once.

–Y para explicar tu desaparición –intervino Marcus–, decidieron inventarse esa historia acerca de que tenías un lío con un compañero de trabajo casado.

Esta vez fue Della la que se sonrojó y desvió la mirada.

–No fue una invención. Y si sabes eso, entontes sabes mucho acerca de mis problemas.

La expresión de Marcus cambió y se quedó callado contemplándola. Luego la miró comprensivo.

–Whitworth and Stone –dijo–. Ésa era la empresa para la que trabajabas.

–Sí.

Marcus abrió la boca para decir algo más, pero volvió a cerrarla. Se quedó mirándola otra vez en silencio y volvió a hacer amago de decir algo. Pero de nuevo, se tomó unos segundos antes de hablar.

–Leí en la prensa lo de las detenciones. Tú fuiste la causante, ¿verdad?

Se le hizo un nudo en el estómago y sacudió la cabeza.

–No puedo hablar de eso.

–No tienes por qué hacerlo –dijo–. Hasta ahora no había caído en la cuenta. Tampoco se ha hablado tanto en las noticias sobre lo que ha ocurrido. Ha sido todo tan confuso que la mayoría pensábamos que las acusaciones eran falsas, que lo único que pretendía el Gobierno era dar un escarmiento a Wall Street. Nos imaginábamos que un par de personas pagarían por pequeñas infracciones a modo de castigo ejemplar. Nunca se me ocurrió que los federales estuvieran detrás de esto.

Della no dijo nada, pero no pudo apartar la mirada de él. Era

evidente que estaba atando cabos y llegando a conclusiones. Un hombre como él, tan bien situado entre la comunidad financiera, debía darse cuenta de lo que había en juego y del problema que se le venía encima a una compañía como Whitworth and Stone. Tenía que saber lo importante que era el papel de Della en lo que estaba pasando y el impacto tan devastador que tendría.

Asintió lentamente.

–La razón por la que la prensa no está dando una amplia cobertura del caso es porque va a salpicar a mucha gente. Los altos ejecutivos, con todo su dinero y todos los recursos que tienen a su disposición, por no mencionar todo lo que se arriesgan a perder, pueden permitirse contratar a abogados para que mantengan las cosas en calma –dijo Marcus y al ver que no decía nada, continuó–. Nunca habría relacionado esas detenciones con tu desaparición. La historia con el compañero de trabajo casado es más creíble.

–No sabía que estuviera casado –dijo ella, aliviada de poder hablar de otra cosa que no fuera el caso–. Iba a encontrarme con él en Nochevieja después de la medianoche porque me dijo que tenía una cena de trabajo a la que asistir. Llegué pronto y lo vi besándose en la boca con una mujer, antes de despedirla y meterla en un taxi. Cuando le pregunté quién era, me dijo que era su esposa, a quien no tenía ninguna intención de dejar. También me contó que tenía tres hijos y que la familia de su esposa tenía buenos contactos tanto en el ámbito social como en el financiero, y que no podía perder esos contactos.

Era evidente por la expresión de Marcus que seguía dándole vueltas a la historia, esta vez en otra dirección.

–Desapareciste a mediados de enero, lo que quiere decir que descubriste las fechorías de Whitworth and Stone antes.

–El día de Año Nuevo –contestó sin pensar.

Pero no era información comprometida, ¿no?

Marcus asintió lentamente, como si estuviera cayendo en la cuenta de algo.

–¿Así que en Nochevieja te enteraste de que el hombre con el que salías estaba casado y luego, horas más tarde, descubriste que la empresa para la que trabajabas estaba implicada en un asunto que afectaba la seguridad nacional?

–Así es.

–¡Vaya manera de empezar el año!

Deseó poder reírse y se preguntó si alguna vez volvería a ser capaz de divertirse otra vez.

–Sí.

–Cualquier otra persona se habría sentido destrozada por

cualquiera de las dos cosas, pero mantuviste la frialdad suficiente y el coraje para hacer lo correcto.

Della nunca había pensado en ello de aquella manera.

–Hice lo que cualquier otra persona hubiera hecho en mi lugar.

–No, no es así. Muchas personas se habrían marchado sintiéndose hundidas. O

hubieran permanecido calladas y no se hubieran arriesgado a perder su trabajo o a que su vida se viera afectada.

–Tal vez…

–En su lugar, arriesgaste todo para que las personas que se estaban aprovechando de otras a las que ni siquiera conocías, no quedaran inmunes por lo que estaban haciendo.

–Sí.

Marcus alzó la mano para tocarla, pero se contuvo por miedo a su reacción y dejó caer la mano sobre la mesa.

–¿No quieres saber por qué he venido a buscarte?

–No deberías haber venido, Marcus.

–¿Por qué no?

–Porque me marcho de Chicago dentro de tres días y no volveré.

–Sé que ésa era tu intención, pero ahora…

–Sigue siendo mi intención. No puedo quedarme aquí, Marcus.

–¿Por qué no?

¿Cómo decirle aquello sin parecer melodramática y paranoica?

–Porque una vez que testifique ante el gran jurado, voy a ser una de las personas más odiadas en Wall Street. Nadie va a darme un trabajo. La gente a la que voy a ayudar a que encierren tiene contactos en todas partes. No sólo en las casas de corretaje, sino en bancos y todo tipo de negocios. Tienen a las compañías más importantes del país comiendo de sus manos. Nadie me contratará. Los soplones están bien vistos en las películas, pero en el mundo real sus vidas quedan destrozadas. Pierden sus empleos, no pueden mantener a sus familias y lo pierden todo.

Por la manera que la miraba, era evidente que no entendía lo que estaba diciendo. Así que Della continuó explicándose.

–Cuando acabe todo esto, el Gobierno me dará una nueva identidad: nuevo nombre, nuevo número de identificación, nuevo pasado… todo nuevo. Van a trasladarme a algún lugar en el que pueda empezar de nuevo, donde nadie me conozca y donde nadie pueda reconocerme. Podré encontrar un trabajo que me guste, algo que se me dé bien. Dejaré de ser Della Hannan.

Marcus se acomodó en su silla y la miró fijamente.

–Entonces, ¿quién serás? ¿Adónde irás?

–Todavía no lo sé. Pero no me quedaré.

–¿Por qué no? Es más fácil empezar desde cero en Chicago que en cualquier otro sitio.

Hay una importante actividad financiera aquí. ¿Dónde vas a encontrar eso? Cambia tu nombre y tu pasado, pero no dejes de ser Della. Seguirás siendo la mujer con la que pasé el fin de semana más increíble de mi vida. Seguirás siendo la mujer que yo…

Se detuvo antes de terminar, probablemente porque Della estaba sacudiendo la cabeza.

–Si me quedo aquí, Marcus, querré estar contigo.

–¿Y eso es un problema?

–¡Sí! Porque eres muy… conocido. Estás siempre en las páginas de las revistas y en un montón de páginas web sobre celebridades. Tú mismo lo dijiste.

Se quedó callado. Della estaba segura de que había empezado a comprender.

–Llevas una vida a lo grande, Marcus –continuó Della–. Eso te hace feliz. Te gusta ser conocido y no te culpo. Naciste para ser centro de atención, pero yo…

–dijo y se encogió de hombros–. A mí no me gusta llamar la atención y ahora más que nunca, necesito pasar desapercibida. Es la única manera en la que puedo rehacer mi vida y recuperar todo lo que he perdido.

–En otras palabras, no quieres que te vean conmigo.

–No pueden verme contigo –lo corrigió–. ¿Y si alguien me reconoce? ¿Y si alguien de tu entorno descubre quién soy realmente? Podrían acabar con todo lo que tengo –dijo y tragó el nudo que se le había formado en la garganta–. Y podrían hacerte daño también. Teniendo en cuenta a lo que te dedicas, si alguien te ve con la mujer que acabó con Whitworth and Stone, no volverán a confiar en ti. Entonces tu vida también quedará destrozada. No puedo permitir que pase eso. No puedo ser responsable de algo así.

–Nunca me preocuparía por algo así.

–Yo sí –dijo ella–. Lo nuestro nunca funcionaría, Marcus. Sería un error quedarme.

Además, ya no tiene sentido. Después del lunes, me iré.

Marcus se echó hacia adelante y la tomó de las manos.

–No, Della, no puedes irte. Tenemos que hablar de…

Esta vez, cuando Marcus dejó de hablar, no fue porque ella lo cortara. Esta vez fue por el enorme ruido proveniente del salón y los gritos que lo siguieron.

–¡Della, soy Geoffrey! ¿Estás bien?

Y entonces, como en las películas, todo se volvió un caos.

Capítulo Diez

Marcus se sentó en el sofá de la casa de Della, o más bien la casa del Gobierno, y se preguntó cuándo su vida se había convertido en una película de Quentin Tarantino. En cuestión de segundos había pasado de estar sentado a la mesa de la cocina intentando explicarle sus sentimientos, a estar tumbado en el suelo con la rodilla de un hombre en la espalda, gritándole que dejara las manos en un sitio donde pudiera verlas.

Al menos el hombre, al que Della había presentado como el federal encargado de vigilarla, le había quitado las esposas después de empujar a Marcus al sofá. Después se frotó las muñecas y trató de girar la cabeza para mirar a Della, pero el hombre se interpuso en su campo de visión.

–Geoffrey, está bien –dijo Della de nuevo.

Por la rápida conversación que habían mantenido Della y el agente, Marcus se había enterado de que ella había marcado el teléfono de Geoffrey sin apretar el botón de llamada, pero que al caérsele el teléfono al suelo, se había hecho la llamada. Geoffrey había contestado al ver el nombre de Della en la pantalla y la había oído hablar de fondo. Aunque no había percibido amenaza en la conversación ni le había parecido que estuviese en peligro, se suponía que no debía de estar hablando con nadie, así que se había puesto en marcha y había conducido hasta la casa para asegurarse de que todo estuviera bien. Luego, había confundido la mancha de vino en su camisa con sangre…

Entonces había sido cuando había estado a punto de romperle a Marcus la espalda con su rodilla.

En aquel momento, todo parecía estar bien. El agente lo estaba mirando como si planeara dispararle a las rodillas con el arma que no había tenido la decencia de enfundar. Al menos, ya no estaba apuntando a Marcus.

–Dígame qué demonios ha venido a hacer aquí –dijo Geoffrey.

Marcus ya se lo había dicho dos veces, pero Geoffrey no parecía satisfecho. Marcus lo entendía, puesto que no había sido del todo sincero con él. Pero no quería contarle a un completo desconocido que había ido porque estaba enamorado de Della Hannan cuando todavía no se lo había dicho a ella.

–Es un amigo –dijo Della una vez más.

Marcus se quedó mirando a Geoffrey para comprobar si aquella respuesta lo convencía.

–Pensé que no tenías amigos en Chicago –le dijo Geoffrey a Della sin dejar de mirar Marcus.

Al ver que Della no decía nada, el agente la miró y rápidamente devolvió la atención a Marcus. Como si se diera cuenta de su incomodidad al no poder verlos a la vez, Della también se sentó en el sofá. Marcus intentó no pensar en que se había sentado apartada de él.

Della miró a Geoffrey y luego bajó la mirada, como si fuera una niña de doce años a la que hubieran pillado fumando.

–Lo conocí hace dos semanas –dijo.

Geoffrey entornó los ojos para mirarla.

–¿Cómo has podido conocerlo hace dos semanas si no puedes salir de la casa?

Della se mordió el labio, pero no dijo nada.

–¿Della? –dijo Geoffrey.

–Sí, déjame que te cuente –dijo y empezó su narración.

Le habló de cómo se había escapado de la casa cada vez que se había sentido encerrada y luego sobre una promesa que se había hecho de niña. También se extendió relatando su gusto por la ópera y por *La Bohème* en particular, y mencionó una tienda de la avenida Michigan en la que se alquilaba ropa de alta costura. Luego habló de la cena y después de Marcus y entonces…

Se detuvo bruscamente. Probablemente, pensó Marcus, porque había llegado a la parte relativa al hotel Ambassador.

Geoffrey estaba muy sorprendido.

–No puedo creer que hayas salido varias veces de la casa sin decirme a dónde ibas.

–Han sido pocas veces –replicó ella, poniéndose a la defensiva–. Está bien, seis veces.

Pero eso ha sido todo. Y si te lo hubiera dicho, no me habrías dejado. Siempre tuve mucho cuidado.

Geoffrey la regañó como si de una niña se tratara y Della se sintió aún más culpable.

Poco podía decir para justificarse.

–Déjelo estar, Geoffrey –dijo Marcus, interrumpiéndolo–. Es culpa de los federales por mantenerla encerrada aquí durante once mese.

Tanto Geoffrey como Della lo miraron. El enfado de Geoffrey era comprensible, pero

¿el de Della?

–No lo compliques más –dijo ella–. Geoffrey tiene razón. No debería haber salido de la casa.

Por el modo en que lo dijo, Marcus pensó que su comentario tenía más que ver con las repercusiones de sus actos que con el hecho de que hubiera incumplido las reglas. Al menos esperaba que no se arrepintiera de haberlo conocido y de haber pasado el fin de semana

con él.

A punto estuvo de decirle que no había habido nada malo en el fin de semana que habían compartido, pero Geoffrey se lo impidió.

–Como siga así, Fallon, va a acabar también bajo custodia federal –dijo Geoffrey mostrándole las esposas–. Pero en su caso no será oculto en una casa.

Marcus estuvo a punto de saltar. Conocía cuáles eran sus derechos.

–Lo que quería decir…

–Me da igual lo que quería decir –lo interrumpió Geoffrey–. Debería mantenerlo bajo vigilancia, al menos hasta que Della deje la ciudad.

–Pero…

–Pero dado que Della responde por usted y teniendo en cuenta que, como ha dicho, es un dechado de virtudes y un ejemplo para la sociedad –dijo exagerando el tono irónico–, voy a dejarlo marchar.

Marcus contuvo la indignación que sentía y trató de controlarse.

–Gracias.

–Pero tendrá que irse de aquí ahora mismo y no volver.

–¿Cómo? –dijo sin poder dominarse–. Acaba de decir que Della responde por mí, así que el peligro de…

–No tiene que explicarme nada –dijo Geoffrey–.

Ninguno de los dos tiene que hacerlo. Ahora mismo no hay nada que temer por Della, pero esta semana tiene un gran papel que desempeñar y no podemos estropearlo porque se haya puesto algo histérica al estar encerrada.

Marcus y Della empezaron a hablar a la vez y Geoffrey alzó la mano para hacerlos callar. Al ver que ninguno de los dos se callaba, el agente levantó la voz.

–Esto es lo que vamos a hacer. Fallon, se va a ir a casa y a olvidar que vio a Della Hannan aquí en Chicago.

–Ah, no, de eso nada –dijo Marcus sin importarle lo alto que estuviera hablando el otro hombre.

–Claro que sí –dijo Geoffrey–. Y Della –añadió girándose hacia ella–, vas a hacer las maletas mientras espero.

–¿Cómo? Pero, ¿por qué? –preguntó Della tan sorprendida como Marcus.

–Porque esta noche vas a dejar esta casa. Se ha comprometido la seguridad –contestó Geoffrey–. No puedes quedarte aquí.

–Pero Marcus es el único que sabe que…

–Se ha comprometido la seguridad de esta casa –repitió Geoffrey–. No puedes quedarte aquí. Ahora, ve a hacer las maletas. Buscaremos un sitio para que pases las dos próximas noches y no voy a perderte de

vista. Eso quiere decir que voy a perderme el cumpleaños de mi sobrino favorito. El lunes tomarás el avión de regreso a Nueva York como estaba previsto.

Por unos segundos, Marcus pensó que Della iba a negarse. Estaba muy rígida, con las manos cerradas en puños y los ojos llenos de ira. Pero de pronto, su pose cambió. Sus hombros se relajaron, su mirada se fijó en el suelo y sus dedos se abrieron.

–De acuerdo. Creo que es inevitable.

–Ah, Della, quiero que me devuelvas el teléfono móvil que te dejé –dijo Geoffrey–. No vas a tener contacto con nadie hasta después de que testifiques ante el gran jurado. Vas a tener un escolta, mejor dicho, dos, veinticuatro horas al día, hasta que los jefes nos digan que podemos meterte en el programa.

–¿El programa? –preguntó Marcus.

Geoffrey se giró hacia él.

–El programa de seguridad de testigos –contestó–. Probablemente lo conozca mejor como protección de testigos, gracias a Hollywood.

Marcus miró a Della.

–¿Es eso cierto?

–Sí –contestó ella sin apartar la mirada del suelo.

–¿Vas a entrar en el programa de protección de testigos?

–Ya te dije que tenía que empezar una nueva vida en otra parte donde nadie me conociera. Así podré tener una nueva identidad.

–Lo sé, pero pensé que…

–¿Qué pensaste? –preguntó, esta vez mirándolo.

Marcus se quedó pensativo, buscando las palabras adecuadas.

–Pensé que… Imaginé que después de todo lo que había pasado entre tú y yo… –dijo y respiró hondo antes de continuar–. Si entras en el programa de protección de testigos no podrás mantener contacto con nadie de tu vida anterior. Eso quiere decir que no podré encontrarte. Ni siquiera el detective con todos sus contactos podrá dar contigo.

–¿Qué detective y qué contactos? –preguntó Geoffrey con suspicacia.

Marcus lo ignoró. Della había vuelto a bajar la vista al suelo.

–Della, no lo hagas –le rogó.

–¿Qué detective y qué contactos? –repitió Geoffrey–. Si sabe moverse por las cortinas de humo del Gobierno, tenemos que saber de quién se trata.

–Ya me preguntará luego cuando lleguemos a mi casa –dijo Marcus sin ni siquiera mirar al agente federal.

–Lo haremos, señor Fallon.

Della permaneció en silencio.

Marcus sabía que no podría encontrarla una vez desapareciera. Era evidente que la preocupación de Geoffrey iba más allá de lo que era de esperar en un federal. Desde que apareciera en la cocina, se había comportado con aire paternalista. Estaba protegiendo a Della de la misma manera que lo haría con una hija.

–Della, por favor –dijo Marcus de nuevo–. Tú y yo tenemos que hablar.

–Esta noche no –intervino Geoffrey y se giró a Della–. Ve y recoge tus cosas. Haré unas llamadas y buscaré un sitio para que te quedes. Un sitio seguro –añadió mirando a Marcus, de quien desconfiaba.

Della alzó la cabeza y miró a Marcus con los ojos llenos de lágrimas.

–Lo siento. No puedo… –dijo y sacudió la cabeza–. Adiós, Marcus.

Se levantó del sofá y desapareció por el pasillo. Sin pensarlo, Marcus se puso de pie para seguirla, pero una mano sobre su hombro lo detuvo.

–La puerta principal está por ahí –le dijo Geoffrey–. Úsela.

Marcus no tuvo otra opción más que obedecer. Dio dos pasos hacia la entrada, pero se detuvo a mirar hacia el pasillo. Había luz en uno de los dormitorios del fondo y pudo ver la sombra de Della moviéndose en su interior. Eso era ahora para ella: una sombra. Justo lo que había sido antes de que apareciera en su vida.

De repente se formó en su cabeza una idea. De ninguna manera era como antes. Antes no había reconocido la sensación de vacío porque había sido capaz de llenarlo con mujeres superficiales. Antes se había engañado pensando que tenía todo lo que deseaba y que en su vida no faltaba nada. Antes había sido capaz de fingir que era feliz. Pero ahora…

Ahora sabía lo que era la felicidad porque la había sentido con Della. Sabía lo divertida y fantástica que podía ser la vida. Ahora se daba cuenta de que era más placentero compartirla con alguien. Estar enamorado no era sólo algo que se hacía, sino algo en lo que la persona se convertía. Marcus estaba enamorado de Della y eso lo hacía sentirse completo como persona. Era algo que le producía una enorme alegría que nunca habría imaginado. Si Della se iba…

Seguiría enamorado de ella. Siempre la amaría. Si se iba, una parte de él también desaparecería. A menos que tuviera a Della a su lado.

Pero los federales se llevarían a Della allí donde pensaran que nunca podría ser encontrada.

***

Aunque las vistas ante el gran jurado duraron menos de una semana, a Della se le hicieron interminables y emocionalmente más duras que los once meses que había pasado escondida en Chicago. Dado que era la única testigo que los abogados federales tenían, su testimonio se alargó y cada día fue interrogada durante horas. Incluso llegó a pensar que se quedaría sin palabras y sin voz por los nervios. Al final de las sesiones, lo único que quería era escapar a su nueva vida para que la dejaran en paz.

Hasta que recordó que eso supondría estar sola. Si al menos pudiera llevarse a Marcus con ella…

Pero no podía hacerlo. Lo que hacía que las cosas fueran aún más difíciles era saber que cuando concluyera la comparecencia ante el gran jurado, no la dejarían en paz todavía.

En algún momento tendría que volver a Nueva York y volver a contar todo lo que había dicho porque el gran jurado tenía una enorme cantidad de pruebas contra Whitworth and Stone y algunos de sus ejecutivos mejor pagados. Sin duda alguna intentarían que hubiera un juicio y, de nuevo, ella sería el testigo principal. Sólo después podría asumir su nueva identidad y esta vez sería para siempre.

Por alguna razón la expresión «para siempre» le hacía pensar en Marcus. Claro que todo le hacía pensar en Marcus. Cada vez que alguien le traía una taza de café, se acordaba de cuando se la había servido en el hotel. Cada vez que el servicio de habitaciones del hotel en el que estaba en Nueva York le traía la cena, pensaba en el desayuno que Marcus había pedido para ella. Cada vez que veía hombres con abrigos largos en las calles de Nueva York, se acordaba de él.

Pero lo peor de todo fue el viernes por la tarde, cuando al salir de la corte federal de la ciudad de Nueva York, vestida con un abrigo color claro, gorro y guantes, con un escolta a cada lado, empezó a nevar. Quizá no nevaba con tanta fuerza como lo había hecho la noche en que había conocido a Marcus en Chicago, pero el ver los copos le había traído recuerdos de lo ocurrido en la terraza del club Windsor, cuando había tenido la experiencia sexual más increíble de su vida con un misterioso amante llamado Marcus.

Enseguida había dejado de ser un misterio. Della había llegado a conocerlo muy bien durante el tiempo que habían pasado juntos. En el tiempo que había transcurrido desde aquel fin de semana juntos, e incluso más desde que se separaran en Chicago, había llegado a entender lo bien que conocía a Marcus y lo que sentía por él. No sabía en qué momento del fin de semana que habían compartido había ocurrido, si cuando le había secado las lágrimas o cuando le había

servido café o cuando le había acariciado el hombro desnudo, pero lo cierto era que se había enamorado de Marcus. Lo que había empezado como una atracción física se había convertido en cuestión de horas en un vínculo emocional. Tan solo deseaba haberlo reconocido cuando todavía había tenido la oportunidad de decírselo.

Amaba a Marcus. Quizá no lo había admitido antes porque era un sentimiento tan nuevo que le resultaba desconocido. Pero era esa novedad y ese desconocimiento lo que le había hecho darse cuenta de que estaba enamorada. El estar con Marcus había hecho que se sintiera por primera vez en su vida completa. Estando con él sentía que era capaz de cualquier cosa. Con Marcus había sentido menos miedo y ansiedad y, sobre todo, había sido feliz. Desde que lo dejó…

Desde que lo dejó, nada le parecía bien. Ni siquiera la nieve que caía a su alrededor le parecía tener la magia de hacía unas semanas

–Detengámonos –dijo a los dos escoltas y se detuvo a mitad de las escaleras del juzgado.

El hombre de su derecha, Willoughby, se detuvo, pero la mujer de su izquierda, Carson, bajó dos escalones más y miró a un lado y a otro antes de mirar a Della.

–¿Qué ocurre? –preguntó Carson.

–Nada. Es sólo que… está nevando –dijo Della, como si eso lo explicara todo.

–¿Y?

–Quiero parar aquí un momento y disfrutar.

«O al menos intentarlo», pensó.

Oyó a Willoughby suspirar y vio a Carson poner los ojos en blanco. A Della no le importó. Había hecho mucho por su país esa semana. Había sacrificado el último año de su vida. Lo menos que podía hacer su país por ella era dejarla disfrutar durante un momento de la nieve.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejando que los copos cayeran en sus mejillas, en su nariz y en su boca. Dejó escapar un suspiro mientras dejaba que se derritieran y cayeran otros nuevos. Oyó el claxon de un taxi y los murmullos de la gente que la rodeaba.

Sonrió. Amaba aquella ciudad y no le importaba lo que otros dijeran del ruido, la multitud y el tráfico. Aquellas cosas eran tan solo la muestra de que la ciudad estaba viva. Había crecido allí, era parte de ella. Por muy mal que la hubiera tratado, tanto de niña como de adulta, no se imaginaba viviendo en otra parte. Esperaba que su nueva vida fuese en una ciudad grande.

Porque, estando rodeada de otras personas, aunque fueran desconocidas, podría sentirse menos sola.

–Della.

Al oír aquella voz familiar, abrió los ojos. Lo primero que vio fue la espalda de Carson.

Ya que la mujer se había puesto justo delante de ella. Lo siguiente que vio fue a Willoughby buscando bajo su abrigo lo que sería un arma. Y por último vio a Marcus.

Al principio, pensó que se lo estaba imaginando, puesto que su aspecto era tan misterioso como aquella noche en el club Windsor. La única diferencia era que en vez de llevar esmoquin llevaba un traje oscuro. Eso y el hecho de que parecía perdido y solitario.

–Marcus –dijo y apoyó una mano en el hombro de Carson mientras con la otra, tomaba a Willoughby del brazo–. Está bien, es un amigo mío.

–Señorita Hannan, tenemos órdenes de…

–Me haré responsable de todo lo que ocurra –dijo Della.

–Ése no es el problema –dijo Carson–. El problema es que…

Della no la dejó terminar. Se abrió paso entre los dos escoltas y bajó los escalones hasta quedarse cara a cara con Marcus. Entonces se dio cuenta de que llevaba una maleta. Debía de haber ido directamente desde el aeropuerto. Debía de haber estado siguiendo las vistas del juzgado y sabía que ese día terminaban.

–Hola –dijo ella.

–Hola –contestó él.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada más. Marcus dejó su maleta en el suelo y se metió las manos en los bolsillos. Della tomó la iniciativa, se acercó a él y lo besó en los labios. Se dijo que lo hacía porque no había tenido ocasión de despedirse de él, ni en el hotel ni en la casa refugio. Así que aquello era una manera de despedirse de él.

Lo curioso fue que en cuanto sus labios rozaron los suyos, no le pareció un beso de despedida porque lo siguiente fue que Marcus la rodeó por la cintura, la atrajo hacia él y la levantó del suelo. Enseguida sintió una oleada de calor explotando en su interior. Los recuerdos que llevaban torturándola toda la semana, fueron sustituidos por la realidad. Sintió sus brazos alrededor de la cintura y le costó creer que estuviera allí.

Pero, ¿qué estaba haciendo allí?

Aquella pregunta hizo que se apartara de él, pero Marcus volvió a tomar su boca.

Aunque la dejó de nuevo en el suelo, la tomó por las caderas para impedir que se moviera, y la besó apasionadamente. Della se dejó llevar por aquellas sensaciones unos segundos más.

Pero cuando oyó que los escoltas que tenía al lado carraspeaban,

volvió a apartarse de él.

Marcus debió de oír también la reacción de los agentes porque esta vez no retuvo a Della. Aun así, pasó el brazo por los hombros de Della como si temiera que sus guardianes fueran a apartarla de él.

Pero ninguno de los agentes parecía dispuesto a separarlos. De hecho, ambos estaban sonriendo.

–A mí me parece que es algo más que un amigo –dijo Carson.

–Sí, yo no tengo amigas de esa clase –convino Willoughby–. No creo que a mi mujer le gustara demasiado la idea.

Della se dio cuenta de que Marcus se relajaba, pero seguía abrazándola.

–¿Podrían darme unos minutos para hablar con mi… amigo? –preguntó Della a los escoltas.

Carson y Willoughby se miraron antes de girarse hacia Della.

–Lo siento, señorita Hannan –dijo Carson–, pero una de las cosas que los testigos tienen limitadas es la privacidad. Y todavía sigue bajo protección. Si quiere hablar con su amigo, va a tener que ser delante de Willoughby y de mí.

–Está bien, Della –dijo Marcus.

Della dirigió una mirada suplicante a sus escoltas, que rápidamente negaron con la cabeza, y se giró hacia Marcus. Él le acarició la mejilla, la nariz y los labios. No parecía importarle el público que tenían. Por su parte, Della estaba tan feliz de verlo que no le importaba quién los estuviera observando.

–Voy a tener que acostumbrarme a esto de la protección de testigos –dijo Marcus–. Así que será mejor que lo haga cuanto antes.

El comentario la sorprendió.

–¿Por qué tienes que acostumbrarte a ello?

Marcus respiró hondo y soltó el aire lentamente. Luego, le quitó un guante, tomó su mano entre las suyas y entrelazó sus dedos.

–Tengo que acostumbrarme porque me voy contigo.

Al oír aquello, Della se quedó boquiabierta.

–¿De qué estás hablando?

–Me voy contigo.

Ella sacudió la cabeza.

–Marcus, eso es una locura. No sabes lo que dices.

–Sé exactamente lo que estoy diciendo –dijo tomando su mano y besándola–. Me voy contigo.

–Pero no puedes –insistió Della–. Tienes tu vida en Chicago, una vida estupenda.

Mucha gente te echará de menos si desapareces.

–Nada de eso me importa tanto como tú.

–Pero tus amigos…

–…no son amigos íntimos –dijo terminando la frase por ella–. No me importan tanto como tú.

–Tu familia…

–… es más una empresa que una familia –le aseguró–. He pasado el noventa por ciento de mi vida rebelándome contra ellos y el diez por ciento restante aprovechándome de ellos.

Tampoco estamos tan unidos. Y tampoco me importan más que tú.

–Pero tu negocio. Tu trabajo es…

–…decorativo. Eso es lo que menos me importa –dijo apretándole la mano–. Ahora ya no tengo tanta responsabilidad en Fallon Brothers y una vez esté al mando, tendré menos todavía. Tan solo ganaré más dinero por hacer menos. Curioso, ¿verdad?

–El dinero. No puedes dejarlo todo. Es…

–… dinero –concluyó él–. Eso es todo, es sólo dinero. Eres más importante tú.

–Marcus, estás hablando de mucho dinero, de millones de dólares –dijo ella incrédula.

Él se limitó a sonreír, le quitó el otro guante y le besó la otra mano.

–Realmente, de billones de dólares.

Della sólo pudo ahogar una exclamación a modo de respuesta. Eso le hizo sonreír a Marcus.

–Della, pensé que tú más que nadie entenderías la cantidad de problemas que el dinero puede causar en la vida de cualquier persona. No es tan difícil dejarlo atrás.

–Eso es fácil de decir para alguien a quien nunca en su vida le ha faltado el dinero.

–Hay más cosas en la vida que dinero –afirmó–. Las mejores no tienen precio. Los placeres simples son los mejores. El dinero es el germen de todo mal.

Ella sacudió la cabeza, sin poder evitar sonreír por las agradables sensaciones que la embargaban.

–Además –continuó Marcus–, la mujer con la que tengo intención de pasar el resto de mi vida está decidida a reconstruir su carrera. Se ocupará de mí. Después de todo, me ama con locura.

Incapaz de contenerse, Della apoyó la frente en el hombro de Marcus. Él la abrazó y apoyó la barbilla en su cabeza.

–¿Ves? Me amas, ¿no es cierto?

Della se sorprendió al escucharlo hablar con tanta certeza.

–Sí –susurró.

Él la besó en el pelo.

–Bien, porque yo también te amo.

Él también la amaba. Aquellas palabras resonaron en su cabeza, rompiendo todos los maleficios de su antigua vida y despertando ilusiones para la nueva. Él también la amaba.

–Pero Marcus, hay muchas cosas que tienes que tener en cuenta antes de…

–Della, eres lo único que tengo que tener en cuenta y ¿sabes qué creo que es lo más importante?

–¿El qué? –preguntó ella sin mover la cabeza del pecho de Marcus.

–Lo más importante es que no me han hecho falta semanas para darme cuenta. No tuve ni que pensarlo. Sólo tuve que dejarme llevar. Lo que siento por ti, Della…

Al ver que no terminaba la frase, Della inclinó hacia atrás la cabeza para mirarlo.

Todavía estaba sonriendo, pero había algo en su rostro que no había visto antes. Era una mezcla de paz, de tranquilidad, de alegría… Reconoció todo aquello porque, a su lado, ella sentía lo mismo.

–Lo que siento por ti es algo que no había sentido nunca en mi vida. Y me gusta mucho. Quiero sentirme así siempre –continuó Marcus, y volvió a besarla en la cabeza–. Así que me voy contigo.

Della no sabía por qué insistía en objetar, pero volvió a hacerlo una vez más.

–Pero, ¿y si…?

Marcus la hizo callar, apoyando un dedo en sus labios.

–No importa nada –dijo él–. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos. Estaremos juntos y eso es todo lo que importa.

–Pero…

–Shh.

Luego apartó la mano de sus labios y la besó. Fue todo lo que hizo falta para que olvidara sus reservas. Tenía razón, se dijo Della. No importaba lo que el futuro les deparara, siempre y cuando estuvieran juntos. Sus orígenes habían sido difíciles, pero había llegado a tener una vida decente antes de que todo se echara a perder en Whitworth and Stone. Y se las había arreglado para ver el lado positivo durante los once meses que había pasado en Chicago. El lugar donde su vida empezaría de nuevo sería mucho mejor que los lugares en los que había estado antes. Y esta vez, no se embarcaría sola en la aventura. Esta vez estaría con Marcus.

Él le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y acercó la boca a su oído. Su aliento cálido la hizo estremecerse. O quizá fuera tan solo su cercanía. Al igual que había hecho con sus labios, le dio un beso en el lóbulo de la oreja.

–Además, el treinta por ciento de mi riqueza es líquida y fácilmente accesible. Está en cuentas de bancos suizos y puedo disponer de ello cuando quiera. No nos moriremos de hambre, cariño. Confía en mí.

Lo cual quería decir que nunca más tendría que alquilar ropa. Pero eso tampoco importaba. Como había dicho Marcus, lo único que importaba era que estarían juntos para siempre.

Della miró la maleta que Marcus tenía a los pies. Era pequeña, del tamaño permitido en la cabina de un avión. No cabía mucho en ella.

–¿Es eso todo lo que te llevas para tu nueva vida?

Marcus miró la maleta, antes de volver la vista a Della.

–Es más de lo que necesito, porque todo lo que necesito está aquí.

Entonces, volvió a besarla una y otra vez. Sólo cuando se dio cuenta de que Carson y Willoughby estaban al lado se detuvo. Della tardó unos segundos más en caer en la cuenta de lo que les rodeaba. Cuando vio a los dos agentes federales sonriendo, volvió a la realidad.

Había acabado de hacer lo que la había llevado a Nueva York. Ahora, había llegado el momento de empezar un nuevo capítulo en su vida.

–Carson, Willoughby –dijo Della a los agentes–, díganle a su jefe que ha habido un pequeño cambio de planes –añadió y se giró a Marcus–. Díganle que voy a llevar más equipaje del que había pensado.

Marcus era la clase de equipaje con el que cargaría felizmente de por vida.